

Una semana de lujo

C. J. Benito

DOLCE
BOOKS



Una semana de Lujo

C. J. BENITO

Título: Una semana de lujo

©C.J. Benito

©Dolce Books

Primera edición: agosto, 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos .



ÍNDICE

DEDICATORIA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

Capítulo 1

Sentado en una pequeña sala del tanatorio, observaba la urna de porcelana que contenía las cenizas de su tío. Parecía mentira, qué poco había quedado de lo que apenas unas horas antes, fuera un hombre de metro noventa. Las lágrimas resbalaban por su mejilla, era un dolor inconsolable.

Un hombre pequeño se acercó a él. Llevaba puesta una gabardina negra y un traje de aspecto caro, aunque antiguo. Estaba prácticamente calvo, pero trataba de ocultarlo peinándose hacia un lado. Debía tener unos sesenta años. Tras los cristales de sus gafas se podían ver unos ojos cansados, posiblemente por las continuas noches en vela a las que debía estar sometido por culpa de su trabajo, tenía pinta de, abogado, notario, o algo así.

— ¿Clark Evans?

—Sí.

—Mi nombre es Leo Michelle, era el abogado de su tío. Antes de nada, quiero darle mi más sentido pésame. Su tío me pidió que le entregara este sobre cuando él, ya no estuviera.

— ¿Qué es?

El hombre se tocó el pelo en una actitud que demostraba nerviosismo e incomodidad.

—Es la comunicación de que debe abandonar la casa de su tío, mañana a primera hora, junto con su testamento y otros documentos.

— ¿Mi tío? ¿Me ha echado de casa?

—No exactamente, pero él me pidió que no le diera más detalles.

Aquel extraño hombre inclinó la cabeza a modo de saludo, le entregó un voluminoso sobre y se marchó.

Clark introdujo la urna en una mochila que le había proporcionado la funeraria, se levantó del pequeño sillón acolchado y se alejó de aquella sala de espera.

Fuera, la noche había hecho acto de presencia. La suave brisa de verano acariciaba su cuerpo. Las ramas de los árboles que bordeaban sendos lados del camino, se mecían a su paso como caballeros que alzarán sus espadas formando un pasillo de honor.

Acababa de vender su coche para pagar las últimas facturas médicas de su tío, por lo que le esperaba una larga caminata, seguía sin poder asimilar que ya no estuviera, más que un tío, siempre fue como un padre.

Se sentía abandonado, y nunca mejor dicho, desahuciado. Al día siguiente estaría en la calle, sin familia, sin apenas dinero, no tenía ni idea de qué sería de él.

Dos horas más tarde, estaba ante la puerta de la que pronto dejaría de ser su casa. Metió la mano en el bolsillo y sacó la llave, siempre le costaba dar con la adecuada. Abrió la puerta, entró por el estrecho pasillo y soltó con cuidado la mochila encima de un aparador. Regresó, cerró la puerta con llave y agarró de nuevo la mochila. Abrió la cremallera y con sumo cuidado cogió la urna. La colocó en el que fuera el sillón preferido de su tío. Se sentó en el sofá y fue justo entonces cuando se acordó del sobre. Era un sobre marrón y bastante grande, lo cierto es que pesaba. Rasgó la solapa y vació el contenido

en la mesita del salón. Había varios fajos de billetes, una carta, pasajes de avión y un colgante de oro con las iniciales CM grabadas. El medallón era ovalado, colgaba de una delicada cadena de finos eslabones y tenía un aspecto caro y sofisticado. Cogió la carta y se recostó sobre los cojines.

Querido Clark:

En estos momentos, debes sentirte confundido y extrañado por mi comportamiento. Yo que siempre alardeé de tener una mente racional, vendo la casa y te dejo en la calle.

Pero, aunque ahora no comprendas las razones, algún día lo harás.

Te crié lo mejor que supe, te quise como a mi propio hijo y quiero que sepas que siempre estaré cerca de ti, cuidándote y velando por ti.

Aunque la vida nos haya separado, siempre podrás sentirme cerca.

Tengo que pedirte que hagas una última cosa por mí. Sé que te parecerá absurdo, pero es muy importante para mí.

Pedí a mi abogado que después de mi muerte, reservara para ti una de las mejores suites del hotel Senador, en Hawái. El hotel ya está pagado y en el sobre encontrarás dinero extra para tus gastos. Quiero que por una semana, vivas como lo haría un millonario, que te sientas alguien poderoso y te codees con personas influyentes.

Estoy seguro que la sangre que corre por tus venas hará el resto y te abrirá las puertas que te llevarán a la que debió ser tu verdadera vida. La vida que te robaron...

Clark soltó la carta.

No podía entender aquellas palabras.

—“¿La vida qué me robaron?”

Volvió a coger la carta y continuó la lectura.

Me gustaría que arrojaras mis cenizas a las bellas aguas del Océano. Disfruta al máximo esa semana, hazlo por ti y por mí. Demuestra al mundo lo que yo, ya sé que vales. Me voy en paz porque sé que saldrás adelante, que cumplirás tu destino y serás feliz.

Te quiere, tu tío Rob.

Clark miró la urna.

— ¿Por qué me has dejado, ahora que más te necesito?

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Clark había terminado de empacar todos sus efectos personales. Por suerte, su tío pagó a una empresa de transporte la cual, se encargaría tanto del resto de la mudanza, como de la conservación de todas sus pertenencias, en un almacén durante dos meses. Eso le daría tiempo suficiente para encontrar un apartamento en alquiler.

Cogió la maleta y una pequeña mochila. El taxi que había llamado tocó el claxon, había llegado el momento de marcharse. Cerró la puerta, no sin antes, echar una última y nostálgica mirada al interior.

El taxista cogió su equipaje y lo introdujo en el maletero. Clark no pudo evitar mirar de nuevo la casa, demasiados recuerdos, demasiadas vivencias. Abrió la puerta del taxi y se sentó detrás con aire apesadumbrado.

—Al aeropuerto. Ordenó Clark.

— ¡Ahora mismo señor!

El trayecto hacia el aeropuerto fue bastante rápido, a las nueve de la mañana de un domingo no había mucho tráfico, por lo que la mayoría de las carreteras por las que pasaron estaban desiertas. Cuando llegó a su destino, pagó al taxista y miró la hora.

—¡Mierdaaaaaa! —Gritó.

Si no corría se arriesgaba a perder el avión. Los pasillos se sucedían uno tras otro, corriendo entre la gente, esquivando maletas y saltando alguna que otra fila de asientos. Cuando llegó a la cola de facturación de equipajes, facturó la maleta y voló hacia la puerta de embarque donde una azafata le sonreía a la vez que con las manos le instaba a darse prisa. Tras él, cerraron el acceso.

Entrar en el avión no le resultó muy agradable, tenía miedo a las alturas. La azafata que se encontraba junto a la puerta, le pidió el pasaje que para su sorpresa, era de primera clase. Vestido con unos vaqueros y un polo gris, se sentía fuera de lugar. De haber sabido que viajaría en primera, se habría puesto un traje o al menos algo más decente. ¡Maldito idiota despistado!

La azafata le acompañó hasta su asiento. En primera clase solo había una fila de asientos a cada lado del pasillo, el espacio era abrumador. Guardó la pequeña mochila en el compartimento de equipajes y se sentó. La luz que avisaba que debía abrocharse el cinturón, se encendió. Clark se puso nervioso, por más que tiraba no conseguía abrochárselo, estaba atorado. Estar dentro de un avión le producía cierta claustrofobia y cualquier pequeño problema, se convertía en una catástrofe para él. Fue entonces, cuando unas manos muy suaves rozaron las suyas. En un primer momento pensó que se trataba de una azafata, pero cuando levantó la mirada, tenía ante él a una mujer rubia, de ojos verdes y un físico que le hizo tragar saliva. La mujer pulsó un botón en el asiento y el cinturón se liberó, lo que permitió abrocharlo.

Ella le sonrió.

Él, apenas si consiguió articular un estúpido, gracias, con una voz temblorosa. Después, en frío, se sintió como un memo por no haber sido más

locuaz.

En el respaldo del asiento delantero había instalada una televisión led táctil, que cobró vida por sí sola. Un icono se iluminó avisándole que debía conectar los auriculares, que para no variar, tampoco sabía dónde estaban. Rebuscó en un compartimento del asiento y, los encontró. Rápidamente los conectó. Un mensaje de bienvenida de la compañía y un vídeo con las instrucciones típicas de los vuelos, chaleco salvavidas, salidas de emergencia y otras normas de seguridad de la compañía, etc.

—Tanto correr para esto... —refunfuñó.

En la pantalla pulsó en menú, opciones de usuario, ocio, cine, música, noticias.

—Cine.

Pulsó varias veces hasta que apareció una ventana emergente con una selección de películas.

— ¡Sin límites! ¡Esta me gusta! —Gritó.

Todo el mundo le miró. Él sonrió avergonzado, no se acordaba que tenía los auriculares puestos. A su lado una mujer con un vestido gris y un repeinado moño, lo miraba de forma despectiva. Debía pensar que era uno de esos nuevos ricos, pero al menos él, no tenía cerca de setenta años y cara de amargada.

Después del despegue, una azafata le ofreció café. Lo tomó gustoso, mientras procuraba no perderse la película. Fue en ese instante cuando cayó en la cuenta de quién era la mujer que le ayudó con el cinturón. Charlize Spence, hija del multimillonario Martin Spence. Se dio una palmada en la frente. La

mujer de gris le volvió a mirar con idéntica expresión de desagrado. Desde luego no era su fan.

Se inclinó en el asiento y miró por el pasillo en dirección hacia donde creía que ella estaría sentada. Un hombre en la primera fila de asientos, no paraba de hablar, hasta él con los auriculares puestos, podía escucharlo. Allí estaba ella con expresión de aburrimiento y la mirada perdida. Aquella mujer rezumaba belleza por cada poro de su piel, cómo le gustaría conocer a alguien así. Poderosa, bella... Posiblemente harta de aguantar tan aburrida conversación, se levantó en un intento de cortar a su interlocutor y caminó por el pasillo. Cuando llegó a la altura de Clark, se inclinó hacia él. Podía sentir su cálido aliento en la mejilla. Le quitó uno de los auriculares y le habló.

—Ya puede quitarse el cinturón, tardaremos varias horas en llegar a Hawái.

Clark la miró con una expresión que dejaba claro que por segunda vez, había hecho el ridículo.

Ella, se alejó disimulando una sonrisa.

Cuando terminó la película, se quedó profundamente dormido. Una azafata tuvo que despertarlo, pero no era de extrañar teniendo en cuenta que se había pasado toda la noche embalando trastos.

Cogió su mochila y salió del avión. Esperó pacientemente a que su maleta llegara por la cinta transportadora, y a paso desganado cruzó el pasillo central en dirección a la parada de taxis. Allí un taxista gordo, de aspecto desaliñado, extremadamente moreno y de pelo largo, le agarró la maleta antes siquiera de que él tuviera tiempo de abrir la boca. Tenía unos dientes tan blancos que parecía como si una colonia de luciérnagas habitara en su boca.

— ¿A dónde le llevo señor?

—Hotel Senador.

— ¡Buen hotel! ¿Negocios o placer? —preguntó el taxista.

—Se supone que placer. —respondió Clark.

Al ajustarse el polo, notó que algo se arrugaba en el bolsillo que tenía en el pecho. Metió la mano y sacó un trozo de papel. Era una hoja de bloc de notas que estaba doblada por la mitad. La desplegó con cuidado y leyó.

Felices sueños.

Charlize

Como dicen, no hay dos sin tres. Bueno, al menos tenía el consuelo de que difícilmente volverían a encontrarse.

El camino hacia el hotel resultó ser un auténtico placer. Los paisajes eran simplemente espectaculares. El taxista no paraba de hablar, pero él estaba entusiasmado con las vistas y apenas si le hacía caso.

El hotel no era un edificio modesto precisamente. Con cuarenta plantas y un hall con columnas de estilo dórico, imponía bastante a alguien como él, acostumbrado a frecuentar sitios más humildes. Todo el hotel brillaba como una perla, no tenía ni idea de qué tipo de materiales debían haber usado para causar ese efecto, pero era de lo más llamativo. Pagó al taxista que se despidió alegremente.

Antes de que pudiera coger la maleta, un botones corrió para hacerse cargo de su equipaje, cosa que le incomodó.

Si la fachada era fastuosa, la recepción era colosal. Suelos de mármol blanco

pulidos al extremo, techos altos decorados con pinturas renacentistas y paredes ricamente ornamentadas. Habían dispuesto una serie de hileras de cómodos sillones, que formaban un mosaico con el logotipo del hotel, junto a la cafetería. Embriagado por aquel ambiente de lujo, se acercó tímidamente al mostrador. Mostró su documentación y su reserva. El recepcionista era un hombre alto que tenía la tez blanca, algo que resultaba chocante dado lo soleado del lugar. Le saludó con altivez mientras tomaba sus documentos y los cotejaba con el programa de reservas en el ordenador.

—Suite Otoño. —dijo el recepcionista con voz monótona y casi inaudible. Hizo un ademán al botones que se aproximó.

—Señor, nuestro botones le acompañará a su suite en la planta 39.

— ¿Planta 39?

—Sí, Señor.

— ¿Algún problema? —preguntó el recepcionista.

— No, ninguno... —respondió Clark.

Con el vértigo que tenía, no podían haberle dado peor suite. Entró en el ascensor y sintió que le faltaba el aire al ver como los números de las plantas pasaban velozmente. Cuando la puerta se abrió, casi saltó afuera. El botones no pudo reprimir una sonrisa. Clark lo miró.

—No puedo con las alturas. —dijo Clark con ojos desencajados.

—No se preocupe Señor, cuando se asome al balcón, disfrutará de unas vistas inigualables. Créame, estará seguro de que mereció la pena disponer de una suite en esta planta.

Cuando llegaron a la puerta de su suite, Clark sacó la cartera y le dio una generosa propina. El botones inclinó la cabeza y se dirigió al ascensor. Clark, cerró la puerta y paseó por la habitación admirando su grandeza y curioseando. Tenía un enorme salón con lujosos sofás de tres y cuatro plazas, una televisión de cuarenta pulgadas, un baño con ducha y jacuzzi, vestidor, una terraza impresionante y un dormitorio cuyas dimensiones le recordaban al salón de su vieja casa.

Pensó en acostarse y descansar, pero recordó un pequeñísimo detalle, no tenía ropa acorde a su nueva situación. Caminó hasta la salita, descolgó el teléfono y marcó el 0, que según un cartel, era el número de recepción.

—Recepción ¿En qué puedo ayudarle, Señor? —respondió una mujer de voz juvenil.

—Me gustaría saber si hay alguna tienda de ropa de firma, cerca del hotel.

—En la primera planta del hotel dispone usted de numerosos establecimientos de prestigio.

—Gracias. Contestó y colgó el teléfono.

— ¡Otra vez a salir con lo cansado que estoy!

Caminó nuevamente hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada. Las puertas se abrieron en cuestión de segundos. Marcó en el teclado digital a la primera planta.

Aquella planta, era un auténtico centro comercial para millonarios. Todos eran productos cuyas firmas, solo unos privilegiados se podían permitir el lujo. Armani, Dior, Dolce&Gabbana, y otras que ni siquiera conocía. Cada

tienda parecía una proclama a la espectacularidad y el lujo. La opulencia del lugar resultaba ya cargante para él.

Deambuló un poco, sin rumbo, se sentía extraño a la vez que ridículo, no se atrevía a entrar en ninguna tienda. Se quedó mirando el expositor de Armani. En el interior, un hombre de aspecto distinguido salió de la tienda y se acercó a él. No era muy alto, pero su pelo finamente peinado y su bigote re peinado al estilo inglés, resultaba cuanto menos curioso. Parecía un Lord.

— ¿Le puedo ayudar en algo Señor?

Clark lo miró algo dudoso.

—Necesito de todo, desde trajes, bañadores, ropa interior, reloj, perfume...

—Veo que le perdieron al caballero el equipaje en el aeropuerto.

—Sí, justamente eso fue lo que me pasó. —Mintió Clark, mientras se tocaba la nariz en un gesto inconsciente, pensando que tal vez, le fuera a crecer como a cierta marioneta.

Nada más entrar, el hombre dio unas palmadas para llamar la atención de las dependientas. Mientras, él sacó un metro y empezó a tomarle medidas. Varias chicas fueron mostrándole perfumes, relojes y otros complementos que él no había visto en toda su vida. Aquel acto, mezcla de adulación y descarado intento de vaciarle los bolsillos, duró un par de horas. Pagó la factura y ordenó que le subieran todo a su suite. Algunos trajes debían ajustarlos y no estarían listos hasta el día siguiente por la tarde. Ya empezaba a cogerle el gusto a eso de ordenar a los demás.

Pasó así lo que quedaba de mañana, almorzó en la habitación y después de una relajante ducha, se echó en la cama, exhausto.

Cuando despertó eran las doce de la noche. Bostezó y se ajustó el slip, qué cómoda era la ropa interior de Armani... Se levantó de la cama y caminó hacia donde se encontraba su mochila. Sacó su teléfono y lo dejó en la mesita de noche. Se armó de paciencia y comenzó a ordenar y guardar todo lo que había comprado aquella mañana, dentro del armario. Tomó su pantalón, la ropa interior que había llevado puesta durante el viaje y el descolorido polo gris, los metió en una bolsa y los tiró a una papelera. Abrió el pequeño frigorífico y sacó unas cuantas bolsas de frutos secos, kit-kat y una botella de agua. Para ir de rico, iba a cenar como un pobre.

Una vez terminó su suntuoso banquete, abrió la puerta corredera que daba acceso a la terraza. Sacó unos pantalones y una camisa blanca de seda. No iba a salir fuera de cualquier manera. Abrió el mueble bar, cogió una botella de ron añejo y se sirvió un buen vaso. Pensó en dejar la botella, pero acabó llevándosela. Estaba muy despierto y podría ser una noche muy larga.

Mientras daba un pequeño sorbo, salió a la terraza donde se acercó con algo de reserva a la barandilla de cristal. Las suites estaban delimitadas entre sí por cristalerías semiopacas en forma de ele, lo que aportaba sensación de amplitud y mayor luminosidad. Desde allí, se veía Hawái en todo su esplendor. La playa, la espesa y verde vegetación, el oleaje. Ni la oscuridad quitaba brillo a aquella imagen.

—Debería vestir siempre así. Le favorece.

Clark se giró. Allí, apoyada en la barandilla de la suite contigua estaba Charlize. Mirándole con una mezcla de malicia y curiosidad.

Capítulo 3

Clark se tapó los ojos en un gesto de vergüenza.

—Debe pensar que soy un estúpido. No sé abrocharme un simple cinturón y me quedo dormido después de aterrizar el avión.

Ella lo miró fijamente.

— ¿Esa botella es ron Luna Antigua?

Clark miró la etiqueta de la botella.

—Sí. Justo esa marca.

— ¿Le apetece?

—Estaría bien. En mi mueble bar no tengo ninguna y es mi marca favorita.

Clark entró en la suite para coger otro vaso, cogió las pinzas de plástico y dejó caer un par de cubitos. Una vez fuera, llenó el vaso hasta la mitad y se lo ofreció. Al entregárselo, ella rozó su mano y él se estremeció como un colegial.

Desde la universidad no había salido con nadie y el hecho de tener que cuidar de su tío, tampoco ayudó mucho a la hora de conocer chicas. Charlize pareció percatarse de su reacción, aunque disimuló.

— ¿Es la primera vez que viene al Senador?

— ¡Y la última! —respondió Clark.

— ¿No le gusta? —preguntó Charlize intrigada.

—Es una aburrida y larga historia. —respondió Clark, sintiendo como los recuerdos le minaban el ánimo.

—Por cierto, me llamo...

Clark la atajó.

—Charlize Spence, hija del multimillonario Martin Spence. La conozco, quiero decir, por las revistas y la televisión. Me llamo Clark. Dijo mientras le ofrecía la mano a Charlize.

Ella se la estrechó con suavidad. Para Clark, tomar la mano de Charlize fue algo similar a acariciar porcelana.

Sin duda, aquella mujer tendría al hombre que quisiera, pero jamás elegiría a un sin techo como él.

Cuando Clark se apoyó en la barandilla y divisó la línea de playa, recordó que debía buscar un sitio para arrojar las cenizas de su tío. Tuvo que esforzarse para que sus ojos no dejaran escapar ninguna lágrima, era demasiado dolor pugnando por salir. Los recuerdos buenos y malos se agolparon en su mente. La creciente sensación de soledad se instauraba en su alma. Se frotó los ojos, dando la espalda a Charlize.

—Yo suelo venir aquí para liberarme del estrés y recargar pilas. —dijo Charlize consciente de que algo le pasaba y por quitar importancia a la tensión que se había creado.

Charlize miró de reojo a Clark mientras daba un sorbo de su vaso. Era alto,

tenía el pelo negro, cortado al estilo clásico, ojos azules. Sus facciones eran muy varoniles, pero con una sutil suavidad que le proporcionaba una imagen agradable. Físicamente parecía haberse escapado de una pelea de gladiadores. Cosa que le excitaba.

— ¿A qué se dedica, Clark?

—Soy trader de bolsa, pero a bajísima escala.

Charlize pareció sorprenderse con la respuesta.

—Debe preguntarse ¿Cómo alguien así puede permitirse una suite en el Senador?

—Francamente. Así es. —respondió Charlize.

—Mi tío era un bromista. Lo vendió todo, incluida nuestra casa para que yo pudiera pasar una semana aquí.

— ¡Vaya con su tío! Espero que dispongan de otra vivienda.

—Me temo que no. —contestó Clark.

— ¿Pero entonces dónde vive su tío?

Clark bajó la cabeza y suspiró.

—Conmigo. En mi suite... dentro de una urna... murió recientemente.

—Lo siento, yo no sabía... Charlize quedó paralizada, por una vez, la dura mujer de negocios se había quedado sin palabras.

Clark la miró y le lanzó una sonrisa tranquilizadora.

— ¡Tranquila! Era imposible que usted pudiera saberlo. Si me disculpa, llevo

muchos días sin apenas dormir y estoy muy cansado. —mintió Clark que en realidad se sentía cada vez más triste y no quería mostrarse débil ante ella.

— ¡Por supuesto! Buenas noches Clark. —dijo Charlize en un tono más suave y cordial de lo habitual.

Él le dedicó una mirada intensa, como si una parte de él, le pidiera ayuda o necesitara su compañía en aquellos momentos de dolor.

Charlize se sentía extraña con él. Al verlo tan triste, todo su ser deseaba consolarlo, pero era un completo desconocido, le chocó sentir algo así, Clark le inspiraba un sentimiento maternal. Aunque, por otro lado, era un hombre muy atractivo. Sin duda sentía una enorme curiosidad hacia él y desde luego una cosa tenía clara, quería conocerlo mejor y ella siempre conseguía lo que quería.

Clark dejó abierta la puerta del balcón, se desvistió y se tumbó en la cama. La urna de su tío estaba en el salón de la suite, pero él lo sentía como si estuviera a su lado. Se rascó la mejilla, lo que le hizo percibir el suave perfume de Charlize que parecía habersele quedado impregnado en la mano. La mujer que cumplía todas sus expectativas, pero que pertenecía a otro mundo. Un mundo en el que él, dentro de una semana, no sería bien recibido. Cerró los ojos y dejó que el sueño le venciera.

Por la mañana le despertó el timbre del teléfono. Para su sorpresa era Charlize.

— ¡Buenos días Clark!

—Hola Charlize.

—Siento molestarle. Voy a salir en el yate de unos amigos. Vamos a dar una vuelta bordeando la isla, algo informal. Me gustaría que viniese.

—Charlize, ya sabe que yo no pertenezco a su mundo.

— ¿Qué quiere decir con mi mundo? —preguntó Charlize con malicia.

—Personas con una tarjeta visa oro de muchos ceros.

— ¡Jajaja! Sí, tiene razón, pero viniendo conmigo nadie cuestionará su estatus.

—No sé Charlize.

—Bien, se lo pediré de otra forma. La mayoría de la gente que va a la fiesta, lo hace con intención de hacer negocios, usted es la única persona con la que realmente podría pasar un rato ameno y hablar de temas que no estén relacionados con mi trabajo. Le aseguro que me haría un favor si viniese.

— ¿No cree que parecerá raro presentarnos allí, simulando ser grandes amigos, mientras medimos las distancias y nos hablamos de usted?

—Es cierto, será mejor que nos tuteemos. —comentó Charlize. ¿En quince minutos en el vestíbulo? —dijo Charlize en tono de súplica.

— ¡Está bien! —respondió Clark recordando la carta de su tío y su última voluntad en la que le pedía que viviera una semana llena de lujo.

—Por cierto, lleve bañador.

— ¿Qué?

Al otro lado del teléfono, Charlize había colgado.

Clark no tenía complejos con su cuerpo. Su tío era instructor de defensa

personal para, La Marina. Por suerte o por desgracia lo entrenó con dureza desde pequeño. Ahora los resultados saltaban a la vista, pero estaba muy oxidado en lo que se refería a relaciones sociales, por no decir que era una persona de lo más antisocial.

Sacó un bañador de un cajón del armario y se lo puso, encima de él, un pantalón corto y un polo con la vistosa insignia de Armani. Su flamante reloj y como no, esas gafas de sol de espejo que tanto le gustaban. Desde luego, vestir de Armani levantaba la moral a cualquiera, pensó al mirarse al espejo.

Cuando llegó al vestíbulo, vio que Charlize estaba mirando un expositor con fotos de Hawái. Llevaba puesto un vestido que casi dejaba ver su bikini. Clark se puso tan nervioso que se dio la vuelta, pero ella pareció presentirlo porque justo en ese momento, se giró y al verlo, lo llamó.

— ¿A dónde vas Clark?

—Creía que me había dejado el grifo de la ducha abierto pero no, lo cerré, sí, lo cerré... estoy seguro. —dijo Clark fingiendo hacer memoria.

Charlize lo miró divertida, se notaba que le ponía nervioso estar cerca de una mujer.

— ¡Vamos, vamos! Es la primera vez que tengo que esperar a un hombre.

En la puerta, una limusina les esperaba. El chófer abrió la puerta a Charlize y esperó a que Clark entrara para cerrarla.

—Bueno... ¿Y qué planes tienes para más tarde Clark?

—Mejor no preguntes o te aguaré la diversión. Respondió Clark. Esos amigos tuyos... son muchos...

— En realidad es una fiesta en un yate. Te vas a codear con la Jet Set.

Clark la miró fijamente con ojos llenos de terror.

—Creo que mejor me bajo aquí. Me apetece estirar las piernas. Además, yo siempre pensé que el mar es para los peces. Así que si eres tan amable de decirle a tu chófer que pare.

—Por supuesto. ¡Tomas!

—Sí, Señora —. Respondió el chófer

—Bloquee las puertas del coche y no pare hasta llegar al muelle —ordenó Charlize.

—Desde luego Señora—. Obedeció el chófer

Un chasquido y los seguros de las puertas se bajaron. Clark la miró.

—Pero ¿Qué te he hecho yo? Si apenas nos conocemos.

Charlize no podía dejar de reír, Clark parecía un niño pequeño aterrorizado ante su primer día de colegio.

—Has venido aquí para pasar una semana de lujo y yo te voy a enseñar cómo es la vida de un millonario para bien o para mal.

Clark se resignó, se recostó en el confortable asiento de cuero negro y miró por la ventanilla.

— ¿Charlize?

—Sí, Clark.

— ¿Sabes nadar?

—Sí, claro.

—Perfecto...

— ¿Por qué lo preguntas?

—Porque pienso tirarte al mar en cuanto tenga la menor ocasión.

Charlize lo miró con incredulidad.

— ¿Es una broma, verdad? Mira que habrá muchas personas importantes en la fiesta.

Clark hizo un ademán dándole a entender que no era su problema.

— ¡Está bien! —dijo Charlize.

—Haremos una cosa... Te lo compensaré, esta noche haremos algo a tu gusto.

— ¿Me estás pidiendo una cita? —Insinuó Clark sonriéndole y mirándola con ojos burlones.

— ¡Por supuesto que no! —Respondió orgullosa Charlize—. Es solo un pacto para evitar que me dejes en ridículo delante de todos. Tengo que cuidar mi imagen.

Unos veinte minutos después la limusina se paró, el chófer abrió la puerta. Clark salió y ayudó a bajar a Charlize.

— ¿Ahora actúas como un caballero?

Clark se limitó a sonreírle. Dejó que ella se adelantara de camino al muelle.

—Tomas... ¿Cómo la aguantas?

—Créame Señor. La señorita es un encanto, no como otros que me toca llevar.

El chófer se tocó la visera a modo de saludo y regresó al coche. Con él se marchaba su única vía de escape.

— ¡Vienes Clark! —Le gritó Charlize.

Clark la miró con una expresión similar a la de un niño al que obligan a dar un beso a la señora con verrugas.

— ¡Dios! ¡Esto parece un matrimonio!

Capítulo 4

Clark acompañó a Charlize hasta la pasarela del inmenso yate de varias cubiertas. En la más amplia de todas estaba la fiesta, podía ver que no era algo realmente informal.

Cuando pasaron el control de seguridad, un camarero les ofreció una copa de champán. Charlize la cogió y dio un sorbito. Clark la agarró y se la tomó de un solo trago. El camarero lo miró con sorpresa.

—Tenía sed. —contestó Clark.

Por el camino, Charlize no paraba de saludar y ser saludada por todos. La gente de la fiesta parecía bastante friki, devoraban el buffet sin mucha clase y no les faltaba una copa llena en la mano. En cierto modo, a Clark le repugnó aquel espectáculo. Charlize le presentó a varios invitados, de lo que resultó ser su fiesta personal. Ella lo daba a conocer como un agente de bolsa. Algunos hombres le ofrecieron su tarjeta por puro compromiso. Si eras amigo de Charlize, debían hacerte la pelota.

En cuanto Charlize se despistó, pidió a un camarero que le preparara un Martini y se alejó de la fiesta. En la proa del barco no había nadie, cosa que le agradó. Se sentó en una hamaca y se dispuso a pasar allí todo el tiempo posible. El sol, la brisa, casi se estaba quedando dormido cuando la voz de un hombre lo espabiló.

— ¿Tú debes de ser Clark? ¿Verdad?

Clark miró al hombre. No era muy alto, de pelo corto y canoso, tenía un aspecto agradable. Aquel hombre lo miraba con sus ojos negros inquisitivos. Sin duda, esperaba respuesta.

Clark iba a levantarse, pero el hombre le puso una mano en el hombro.

— ¡Tranquilo! no te levantes. Lo cierto es que yo también estoy harto de esta fiesta. Me sentaré a tu lado, si no te importa.

Clark le ofreció la hamaca de al lado.

—Estas hamacas son más cómodas de lo que pensaba. —dijo mientras empujaba la jarra de cerveza y daba un buen trago.

—Y dime... ¿De qué conoces a Charlize?

—Para serle sincero, apenas si nos conocemos. Viajamos en el mismo avión y estoy alojado en la suite de al lado.

— ¡Interesante! —respondió el hombre sin mirarle.

— ¿Qué te parece Charlize?

—Es la mujer diez, no veo otra forma de definirla.

— ¡Sí! Guapa y multimillonaria.

—No me importa su dinero. —Se defendió Clark.

—Eso dicen todos sus amiguitos.

Clark lo miró ofendido. Aquel hombre debía rondar los sesenta años, emanaba un aura de poder, pero eso no impediría que le parara los pies.

—Si cree que soy uno de esos caza fortunas, está muy equivocado y desde

luego no le voy a consentir que me falte al respeto.

Por primera vez, el hombre lo miró.

— ¿Sabes Clark? Eres la primera persona en muchos años, que se atreve a levantarme la voz.

—No debería usted juzgar a los demás tan a la ligera. De todas formas, solo soy un conocido, si es que se me puede definir así, pronto saldré de su vida para siempre. Ni pertenezco a su clase, ni tengo ningún interés en codearme con millonarios que se creen con derecho a todo.

— ¡Vale! ¡Valeeeeeee! Está bien Clark, te pido disculpas. Lo reconozco, me pongo muy protector con mi hija ¿Si tú fueras millonario, no te preocuparía que tu hija acabara con un malnacido que solo buscara quedarse con su dinero?

Clark lo miró alucinado.

— ¿Usted, es el padre de Charlize?

—Así es. —dijo bebiendo otro trago de cerveza.

—Le pido disculpas, yo...

—No Clark, me gusta que hayas sido tan borde, estoy harto de aduladores sin huevos. En mi mundo nos rodea la escoria, no te puedes fiar de nadie. Hasta la última palabra que digas, tienes que medirla muy bien o la usan en tu contra.

— ¿En serio usted ha creído que su hija y yo...?

—Sí, Clark. Mi hija no suele invitar a desconocidos a sus fiestas. Es muy reservada y desconfiada. No entiendo por qué ese comportamiento contigo.

Le has debido caer bien.

—Yo tampoco lo entiendo, no sé qué ha visto en mí. Desde que la conozco, siempre ha actuado de una forma muy afectiva. Pensaba que las mujeres ricas eran frías y calculadoras o excéntricas llenas de banalidad. Su hija me ha roto todos los esquemas.

—Sí, Charlize es una gran mujer. Ardo en deseos de que encuentre un hombre de verdad, al fin y al cabo, yo no voy a estar aquí siempre.

—Pues esté tranquilo que no acabará conmigo.

Clark rio solo de pensarlo. La rica millonaria liada con alguien que no ganaba más de mil dólares al mes.

Durante varias horas, el padre de Charlize le contó cómo pasó de la pobreza a la abundancia en solo diez años. No paraban de bromear y después de algunas copas de más, pasó lo inimaginable.

Charlize se acercó a ellos, enfadada por la fuga de Clark. Encontrarlo con su padre, estando ambos algo bebidos y canturreando, no mejoró las cosas.

— ¿Pero, qué hacéis los dos? No me lo puedo creer. Os pueden ver los invitados. ¡Qué vergüenza!

Papá esta vez te has pasado, y tú Clark, no esperaba esto de ti.

Charlize los fue empujando para que caminaran cubierta arriba, rezando para no toparse con ningún invitado. Les obligó a meterse en un camarote y cerró con llave. Dentro, su padre y Clark seguían cantando.

Martin abrió un compartimento.

— ¡Mira Clark! Whisky de más de cien años.

— ¡Muy bien Martin! Pero no hay vasos y tu hija nos ha encerrado.

— ¡Da igual! bebemos a morro. —dijo Martin que desenroscó el tapón y lo tiró a sus espaldas. Bebió un trago y le pasó la botella a Clark que hizo lo propio.

Cuando la fiesta acabó y Charlize se hubo despedido de todos sus invitados, corrió hacia el camarote, abrió la puerta y se quedó pasmada ante el espectáculo que veían sus ojos.

Sentados en el suelo, apoyados uno contra el otro, su padre y Clark estaban medio dormidos. Martin se movió bruscamente, lo que los sacó de su estado de somnolencia.

— ¡Clark! —dijo su padre.

— ¿Uuum? —respondió Clark como única respuesta.

—Ayúdame a levantarme, creo que me estoy haciendo pis...

— ¡Para eso estoy yo! —respondió Clark.

Ambos se partieron de la risa, sin ni siquiera abrir los ojos. Se les habría quitado la borrachera de golpe, si hubieran visto la cara de Charlize.

Charlize cerró la puerta, esta vez sin llave. Ordenó al capitán que llevaran a Clark al hotel de la manera más discreta posible.

A las seis de la tarde. Clark se despertó en su cama. ¿Habría sido todo un sueño? No, una jaqueca espantosa era la prueba, todo pasó realmente, pero... ¿Cómo había llegado a su suite? ¿Levitó, o qué? Tenía una laguna mental en lo que a ese tema concernía. Al menos después de aquello, Charlize lo dejaría tranquilo, se acabarían los actos sociales para él. Sonó el timbre del teléfono

y Clark se tapó los oídos, pero el teléfono no dejaba de armar escándalo.

— ¡Dios como insisten! —gritó Clark.

Descolgó el teléfono con torpeza y se lo arrimó a la oreja, mientras trataba de abrir los ojos.

— ¿Sí?

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir después de cómo te has comportado?

—La culpa es tuya. Ya te dije que no me gustaban las fiestas.

Clark colgó y se dejó caer en la cama. Pero la cosa no iba a quedar así. Charlize salió como alma que lleva el diablo de su suite y aporreó la puerta de Clark.

— ¡Nada, que no me deja dormir!

Clark se levantó y fue hasta la puerta como si estuviera en los coches de choque, golpeándose con todos los muebles y sintiendo como el cuerpo se le iba hacia todos los lados.

Abrió la puerta casi con los ojos cegados por la claridad del pasillo.

Allí estaba Charlize, pero no parecía enfadada, más bien sorprendida.

— ¿Qué quieres? —preguntó Clark.

Una mujer mayor que pasaba en ese momento por el pasillo se escandalizó. Se hizo la señal de la cruz en la cara y salió corriendo a toda prisa. Clark extrañado, pensó que le habría podido asustar. Fue entonces cuando una ráfaga del aire acondicionado le provocó un escalofrío. Se miró aún aturdido por el alcohol, y comprobó que estaba totalmente desnudo. Agarró una

lámpara que había en una mesita de la entrada y tiró de ella con tal brusquedad, que el cable se partió lo que provocó un chispazo. Clark trató de taparse sus partes con la minúscula lámpara.

— ¿Pero... por qué no me has dicho nada?

Charlize lo miró con picardía.

—Venía para exigirte una compensación, pero no esperaba que fuera así. —
Le guiñó un ojo—. Te espero a las ocho en el restaurante La perla, en la azotea. Ni se te ocurra faltar. Y ponte algo de ropa, allí la etiqueta es estricta.

Por el pasillo, Charlize se abanicó con la mano, mientras dejaba escapar una sonrisa. Desde luego Clark no era lo que se dice convencional, en ningún sentido.

Horas más tarde Charlize, estaba sentada en el restaurante. Miró el reloj pensando si sería capaz de dejarla plantada. Un camarero le trajo un Martini. Ella se giró hacia la entrada del restaurante y allí estaba él, buscándola. Vestido con un traje negro, camisa blanca y pajarita. Parecía un galán de cine. Charlize se sintió extraña y turbada ante la reacción que aquel hombre provocaba en ella. Apenas si se conocían, pero ella de alguna forma lo conocía. Y por alguna razón más extraña, no podía evitar querer estar con él. Había roto todas sus normas al bajar la guardia. Ya le habían roto el corazón el suficiente número de veces. Gigolós en busca de dinero, jóvenes millonarios egocéntricos, actores de cine en busca de fama, pero Clark parecía de otro mundo, en cierto modo, así era. Por una vez decidió permitirse el lujo de conocer a un extraño que le había caído bien sin pensar en las consecuencias. El metre ordenó a un camarero que conectara la música y minutos después, se dejó escuchar una balada suave que endulzaba el ambiente.

Clark, la encontró después de buscarla insistentemente con la mirada por toda la terraza del restaurante. Le dedicó una sonrisa que la desarmó. Intentó sin éxito poner cara de dura o mostrar enfado, pero no era capaz.

Clark se acercó, le cogió la mano derecha y se la besó con elegancia. Se sentó frente a ella. Solo la luz de una vela se interponía entre ellos.

Capítulo 5

Durante la cena, se limitaron a observarse el uno al otro sin intercambiar palabra. Era como si no necesitaran hablar, solo con los ojos se lo decían todo. Aquella extraña complicidad entre ellos, provocaba un ambiente agradable en el que ambos se sentían a gusto.

Cuando acabaron de cenar, el camarero recogió la mesa y colocó una vela aromática que desprendía un delicado olor a canela.

— ¿Te das cuenta Charlize? Estamos aquí sentados y apenas si nos conocemos.

—Es cierto —respondió Charlize—. ¿Te arrepientes? —preguntó Charlize.

Clark la miró.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. —Dijo Clark mientras bebía de su copa—. Desde que mi tío enfermó, no había vuelto a hablar con una mujer y no es que sea un ligón, pero lo echaba de menos.

—Lo cierto es que... Nunca me había sentido tan cómoda con alguien —dijo Charlize—. A veces tengo la sensación... sé que es estúpido pero cuando te miro es como si te conociera de hace tiempo.

—Es que soy un hombre sumamente atractivo, ninguna mujer puede resistirse a mis encantos —dijo Clark poniendo cara de interesante.

—A lo mejor tengo esa sensación porque a menudo eres un capullo y como

me topo diariamente con infinidad de capullos, me resultas familiar — contestó Charlize sonriéndole.

Clark se llevó las manos al pecho como si hubiera sufrido un disparo en el corazón.

— ¡Eso ha dolido! Ahora sufrirás las consecuencias de tus palabras.

Se levantó, la tomó de la mano y la arrastró hasta la pista de baile, ignorando sus protestas. Sonaba la canción "*My Heart Will Go On*" de la banda sonora de la película Titánic. La agarró de la cintura, acercándola a él. Ella pasó sus brazos alrededor de su cuello. Por unos instantes fingió estar molesta, pero después de unas cuantas miradas, acabó apoyando su bella cara en el pecho de Clark. Charlize se sentía en paz entre sus brazos, era como si el mundo que los rodeara hubiese desaparecido. Solo estaban ellos.

Clark la miraba y deseó con todas sus fuerzas que ese momento nunca acabara, por primera vez sentía ganas de levantarse de la cama y luchar por una vida mejor, pero pronto decayó su ánimo cuando tuvo que recordarse que aquello era temporal. La contempló por unos instantes, bella y grácil, con los ojos cerrados. De haber podido, la habría besado en ese mismo momento. Solo pensar que ella no estaría en su vida por mucho tiempo, le destrozaba. Aquella chica le hacía sentir bien, lleno de energía, era divertida, inteligente... rogaba porque al día siguiente, ella lo incluyera en sus planes. Nunca había sentido una atracción tan fuerte por una mujer, se maldijo por no ser uno de esos tipos extrovertidos y conquistadores. Él, era demasiado tímido para decirle lo que verdaderamente empezaba a sentir por ella.

Como envidiaba al hombre que consiguiera casarse con ella, cualquier problema carecería de importancia en cuanto llegara a casa y pudiera ver a aquella mujer mirándole a la cara, sabiendo que ella le quería. La canción acabó y pincharon otra con más ritmo, tipo salsa. Por unos instantes siguieron bailando, ensimismados en sus pensamientos. Charlize se alejó un poco de él, con ojos algo dormidos. No podía ocultar que Clark parecía hipnotizarla, pero esa magia no duró mucho.

— ¿Charlize? ¿Qué haces aquí? Te hacía en viaje de negocios.

— ¡Tomas! —gritó Charlize.

Ambos se besaron en la mejilla.

—Él, es Clark.

Tomas ni lo miró.

— ¡Estás genial! No sabes lo que me alegro de haberte encontrado.

— ¡Menuda sorpresa! —Dijo Charlize—. Si me disculpáis, voy a empolverarme la nariz, ahora vuelvo.

Tomas le dedicó su mejor sonrisa, mientras Clark se limitaba a disimular su fastidio.

— ¿Os conocéis desde hace mucho tiempo? —preguntó Clark.

Tomas lo miró con ojos llenos de soberbia.

—No sé quién eres, ni me importa. Lo único que te digo es que no entiendo qué hace aquí contigo. Por mucho que vayas vestido de Armani, por tus formas, tengo claro que eres un don nadie. En cualquier caso, ya has visto lo contenta que se ha puesto al verme. Tú no pintas nada aquí, lárgate y vete a

ligar con una camarera, que es lo que te corresponde.

Durante unos diez minutos Clark se quedó allí contemplando a aquel tipejo, no podía marcharse sin despedirse de Charlize.

— ¿De qué habláis chicos? ¿Espero qué no estéis cotilleando sobre mí? — preguntó Charlize.

Tomas la miró y esbozó una gran sonrisa.

—Le estaba diciendo a Clark que nos conocemos desde hace tiempo y que eres una gran mujer. —respondió Tomas.

Charlize se limitó a sonreír.

Clark miró su reloj.

—Lo cierto es que estoy cansado —dijo Clark—. Ha sido una cena muy agradable, pero yo me retiro ya. Anunció Clark.

Le dio a Charlize un beso fugaz en la mejilla. Le ofreció la mano a Tomas, sabía que él no se arriesgaría a quedar como un maleducado delante de ella y ese fue su error. En cuanto tuvo a su alcance su mano, se la apretó hasta sentir como le crujían los huesos.

— ¡Adiós Tomas!

—Ha sido un placer —dijo Clark sin dejar de apretar.

Charlize lo observó alejarse, confundida.

Unas horas más tarde. Clark estaba en la terraza, con la camisa desabotonada parcialmente y la corbata aflojada. No podía dejar de pensar en Charlize y ese cerdo, pero ya era hora de que alguien lo pusiera en su sitio. Había cometido

el error de creer que podía pasar por uno de ellos.

Escuchó cómo se abría la puerta de la suite de Charlize, pero no estaba sola. Por las risas, Tomas la acompañaba. Estaba a punto de entrar en su suite cuando Charlize salió a la terraza y lo vio.

— ¿Clark?

—Hola Charlize. —dijo Clark dándose la vuelta.

Tomas la llamaba desde la habitación.

—Insistió en que nos tomáramos una última copa. Mañana por la mañana, vamos a dar una vuelta por la isla. Si quieres, puedes venir.

Clark la miró con ojos de resignación.

—Mira Charlize, no me tienes que dar explicaciones, no eres mi novia ni nada parecido. Son tus vacaciones, haz lo que gustes.

— ¿Entonces no vendrás?

Clark se quitó la corbata, mientras caminaba hacia dentro.

—Lo siento, no me gustan los tríos.

Cerró la puerta y se sentó en la cama. Iba a pedirle que le acompañara al día siguiente, no quería arrojar él solo las cenizas de su tío, pero ella ya tenía planes. Ya iba siendo hora de que acostumbrarse a estar solo.

Charlize ofreció una copa de champán a Tomas que no paraba de reír. Él apartó la copa y tiró de su mano, haciéndola caer en la cama. Luego se lanzó sobre ella. Charlize reía, mientras trataba de apartarlo, pero él se resistía.

— ¡Tomas déjalo ya!

—No seas tonta...

— Vamos, lo digo en serio... ¡Déjame! —Insistió Charlize elevando el tono de su voz.

— ¡Venga Charlize! Nos conocemos desde hace años, ¿no crees qué ya va siendo hora de subir un peldaño en nuestra relación?

— ¡He dicho qué me sueltes! —gritó Charlize.

Pero Tomas había empezado a besarle el cuello, mientras sus manos trataban de quitarle el vestido.

— ¡No! —gritó Charlize.

En la suite contigua, Clark se estaba quitando la camisa cuando escuchó gritar a Charlize. Se puso tan nervioso que salió corriendo y saltó a la terraza de Charlize, olvidándose de su miedo a las alturas.

Cuando vio a Tomas encima de Charlize, intentando quitarle la ropa mientras ella gritaba, entró, lo agarró del pelo y lo arrastró hasta la barandilla de la terraza. Una vez allí, con sus manos lo cogió por el cuello y lo levantó en el aire. Tomas intentaba librarse de las manos de Clark mientras su cara empezaba a enrojecer. Clark estaba cegado por la ira. Lo giró para que pudiera ver la caída que le esperaba. Tomas gritó.

— ¡Escúchame atentamente porque no te lo repetiré! —Dijo Clark—. Haz las maletas y lárgate.

— ¡Sí, sí! —gritó Tomas.

Lo soltó en el suelo y le dio un puñetazo en la cara que le partió la nariz.

Tomas se tiró al suelo, levantando la mano.

— ¡No, por favor! ¡Me iré, lo juro!

— ¡Si te vuelvo a ver cerca de Charlize...! ¡Te mataré! —dijo Clark fuera de sí, tratando de controlarse para no hacerlo en ese mismo momento.

Tomas salió corriendo de la suite. Clark, se acercó a Charlize que estaba llorando. Se sentó junto a ella y la tomó entre sus brazos. Le acarició el pelo con suavidad y la besó en la cabeza con ternura.

—Tranquila. Ya ha pasado todo.

— ¡Por favor, no me dejes sola! —rogó Charlize.

—Me quedaré contigo todo el tiempo que quieras.

Charlize se recostó en la cama. Clark se tumbó junto a ella. La miraba mientras le cogía la mano. Charlize temblaba, aun así, era una mujer fuerte, por lo que pronto recobraría las fuerzas. Unos minutos después dejó de llorar y se abrazó a Clark.

— ¿Por qué te marchaste? —preguntó.

—Os vi tan compenetrados... a pesar de mi apariencia, él sabía que yo no era un tipo con dinero como vosotros, me dijo que no sabía qué hacía conmigo. Pensé que tenía razón y que lo mejor era desaparecer.

Charlize le acarició la mejilla a Clark.

—Te eché de menos. Contigo me siento a gusto y segura —dijo Charlize—. Me gustaría que pasáramos estas vacaciones juntos, sin compromisos, como dos viejos amigos que se encuentran por casualidad.

—No sé si eso es buena idea. No te voy a negar que yo también me siento bien a tu lado. Me sorprendió que me llamaras esta mañana, pero me alegró.

Charlize se apartó de él lo suficiente como para poder verle los ojos.

—Para ti es una barrera que yo sea rica, ¿verdad?

Clark se incorporó en la cama.

—Me siento un poco intimidado, y por otro lado, no encajo con la gente con la que tú te relacionas.

—Pero, ¿te gustaría qué pasáramos esta semana juntos?

Clark la miró.

—Creo que me voy a arrepentir, pero... sí. Además, debo cumplir la promesa que le hice a mi tío y quien mejor que tú para enseñarme a vivir como un millonario.

Charlize lo miró sonriendo.

—Ya verás cómo lo pasamos bien —dijo Charlize.

—No dejo de pensar cuando lo vi encima de ti... apenas si nos conocemos y casi mato a un tipo, no sé qué pasaría si esta amistad llegara a más.

Charlize se acercó a él y le acarició la mejilla. Clark se alejó de ella.

Pero cuando vio a Charlize bajar la mirada con tristeza, no pudo resistir más. La apretó contra su pecho y aunque se sentía receloso por su timidez, la besó. La atracción pudo a la razón.

Capítulo 6

Charlize sonriendo se alejó de él, abrió un armario y cogió un camisón azul. Lo miró, casi como si quisiera comprobar que no saldría huyendo mientras ella no estuviera y entró en el cuarto de baño.

Clark se quedó allí parado, indeciso. Estaba entrando en un terreno que no dominaba. Charlize regresó un poco después con el camisón puesto. Clark se limitó a quitarse los zapatos y a tumbarse junto a ella. Después de lo que había vivido, no estaba seguro de si debía acercarse o mantener las distancias. Charlize se pegó a él, pasando su brazo derecho por encima del pecho de Clark.

— ¿Crees qué a tu padre le gustará que pases tus vacaciones con un extraño?
—preguntó Clark.

—Mi padre no es como tú crees. —respondió Charlize.

— ¿Y qué pensarán tus conocidos cuando me vean junto a ti? ¿Eres consciente de qué todos tus amigos me verán como tu última conquista?

—No me importa lo que piensen —respondió Charlize.

—No sé si esto es una locura o no, pero me gustaría por una vez dejar los protocolos sociales, y divertirme un poco.

Clark acarició la espalda de Charlize y ésta tembló. Debía de estar pensando en lo que Tomas le hizo. Se limitó a acariciarle el pelo hasta que se quedó

dormida. Pasó la noche mirándola. Le parecía mentira estar allí, junto a ella. No podía entender cómo alguien podía estar con Charlize por interés, acaso... ¿Había algo más valioso que saber que ella te amaba? ¿Qué deseaba estar junto a ti cada día?

No tenía ni idea de qué sería de ellos, pero lo que tenía claro es que sentía la necesidad de estar con ella. Pasaría todo el tiempo que pudiera junto a ella, hasta que el domingo sus caminos se separaran.

En las últimas horas de la mañana, Clark cedió al sueño. Charlize se despertó, hacía tiempo que no dormía de forma tan plácida. Miró a Clark y se quedó embelesada. Era como un niño con el cuerpo de un hombre, espontáneo, divertido, ocurrente y por encima de todo, puro. Algo que a ella le resultaba extremadamente atractivo, pues vivía en un mundo de codicia y desconfianza. Sentía una gran ilusión ante la idea de pasar sus vacaciones con él. Sabía que corrían el riesgo de llegar a ser más que amigos y eso sería un problema dadas las vidas tan opuestas que llevaban. Sonó su móvil y ella lo cogió rápidamente para evitar despertar a Clark.

—Hola papá.

— ¿Te he despertado cariño? —preguntó su padre.

—No...

— ¿Qué te ocurre? Te noto rara.

—Papá...

— ¿Sí?

—Ayer Tomas, intentó forzarme.

— ¡Ese maldito hijo de puta! Tranquila, me encargaré de que no vuelva a acercarse a ti ¿Estás bien?

—Sí. Clark intervino, le dio una buena tunda y lo echó.

— ¡Genial! Ese chico vale su peso en oro.

—Papá, está junto a mí en la cama. No hemos hecho nada de lo que podamos arrepentirnos, solo se quedó para hacerme compañía. Para que te hagas una idea de lo caballeroso que es, hasta está vestido, pero anoche con todo lo que pasó y lo alterados que estábamos... nos besamos.

Al otro lado se hizo el silencio, lo que la llenó de temor ante la desaprobación de su padre. Su madre murió hacía años y él era la única familia que tenía. Resultaba curioso que una fría mujer de negocios, que tomaba decisiones a diario, que suponían millones de dólares, actuara como una niña pequeña cuando hablaba con su padre sobre temas del corazón, pero en el fondo siempre admitió que era una niña mimada.

—Si esperas que te juzgue, es que no me conoces. Solo siento no haber estado allí para haberle partido la cara a Tomas. En cuanto a Clark, eres joven, disfruta la vida. Lo más probable es que todo quede en un romance de verano. Solo espero que no acabéis los dos con el corazón roto. Clark parece un buen chico y sinceramente, teniendo en cuenta tus ex, no me importaría que acabaras con él. Al menos con él, sé que tú serías amada de verdad por lo que eres y no por lo que tienes. Y de paso tendría un compañero de borracheras —añadió Martin riéndose.

— ¡Papá! —Se quejó Charlize.

— ¿Qué? No sabes lo que nos reímos los dos en el yate. Ha sido la única vez que me lo he pasado bien en una fiesta. Por cierto, te llamaba porque a las

doce es el cóctel de la empresa, vendrán todos los directivos y algunos clientes. Sería bueno que Clark te acompañara, así lo vemos en acción.

—No sé si va a querer. No le gustan los actos sociales.

—Pues dile que si quiere caer bien a tu padre, más le vale aparecer — respondió con contundencia.

Después de una cariñosa despedida, Charlize dejó el móvil en la mesita y miró el reloj. Ya eran las diez y media de la mañana. Despertó a Clark con un beso en la mejilla. Él abrió los ojos y le sonrió. Charlize le miraba de una forma que le intrigó.

— ¿Qué ocurre?

—Nada... —respondió juguetona.

— ¡Ni hablar! ¿Pasa algo?

—He hablado con mi padre.

Clark se recostó contra el cabecero de la cama.

— ¿De qué has hablado exactamente?

—De ti y de mí.

—Te importa ser algo más específica.

—Le he dicho a mi padre que salimos juntos. —respondió Charlize.

— A ver, espera... Recapitulemos ¿Te doy un beso y ya salimos juntos?, por esa regla de tres... ¿Si me acuesto contigo, estamos casados?

Charlize se rio ante aquella ocurrencia.

— ¡Es broma! —respondió Charlize.

Clark se mostró aliviado pero en el fondo, le molestó un poco que lo descartara como novio, aunque claro, lo contrario sería absurdo.

—Y... ¿Qué ha dicho tu padre? —preguntó Clark.

—Que si quieres llevarte bien con él, te quiere a las doce de la mañana en nuestro cóctel de empresa —respondió Charlize divertida.

Clark se frotó los ojos, como quien acaba de despertar de un mal sueño.

— ¡Genial! Creí que cuando decías que haríamos cosas juntos en vacaciones, serían actividades de ocio.

—No protestes, te servirá para conocer el mundo de los negocios y los buitres que en él habitan. Ahora márchate y vístete para la ocasión. Papá espera.

Clark la miró con gesto de gravedad. Se abotonó la camisa y se calzó los zapatos.

— ¡Eres una abusona! —susurró por lo bajo mientras salía del dormitorio.

Charlize no podía dejar de sonreír.

Clark estudió su fondo de armario. No tenía claro qué ponerse. Al final optó por una camisa burdeos y un traje negro, de textura sedosa y gran brillo. Cuando la descolgó de la percha, vio que en el fondo del armario estaba el sobre con los documentos del testamento de su tío. Dejó caer el traje sobre la cama y se sentó en una butaca.

En su interior estaba la carta de su tío Rob, el medallón y una llave con una numeración.

Se vistió rápidamente y mirando el medallón, decidió ponérselo. Se quitó la corbata y la dejó sobre la cama. Le gustaba sentir el medallón sobre su pecho. Llamó a Charlize por teléfono para avisarla de que bajaría al restaurante Costa Marina, para desayunar.

Caminó por el vestíbulo, hacia la zona de la piscina, que era donde se encontraba el restaurante. Un camarero le ofreció una mesa y él se sentó.

Quince minutos después llegó Charlize. Con un vestido de color salmón, ceñido y sofisticado. Llevaba puesta una pulsera de diamantes y un collar sencillo con un rubí engarzado. Oculta tras las gafas de sol, Charlize llamó al camarero, que no tardó en acercarse.

—Por favor. Tráiganos el desayuno continental, tenemos mucha prisa.

—Ahora mismo Señora. —respondió servicial el camarero.

— ¡Gracias por preguntar qué quería desayunar! —respondió irónico Clark.

Ella hizo un gesto a Clark, dándole a entender de forma burlona que se callara.

Desayunaron y se marcharon al cóctel que se celebraba en el Club de Campo.

Nada más llegar, Martin los recibió. Un beso cómplice en la mejilla de Charlize y un abrazo informal a Clark.

No tardaron en acercarse varios hombres de negocios, los directivos de la corporación y otros que debían ser clientes. Todos querían saludar a Charlize y conocer a su acompañante.

Clark aprovechó que Charlize estaba hablando sobre una operación de negocios y caminó hacia una gran mesa donde un camarero no paraba de llenar copas de champán, parecía como si quisiera batir algún récord. Al ver llegar a Clark le ofreció una, que él aceptó de buen grado.

Cuando se giró casi tropieza con un hombre alto y delgado, de pelo castaño oscuro y ojos negros. Aunque no lo conocía de nada, tenía algo que le resultaba familiar.

— Perdón, no le había visto —dijo Clark.

El hombre lo miraba como si hubiese visto un fantasma.

— ¡Tranquilo hijo! Bonito medallón —dijo mientras lo miraba con detenimiento—. Por cierto, soy un maleducado. Mi nombre es Lester Madison. —dijo el hombre ofreciéndole la mano.

—Clark Evans.

—Por lo que tengo entendido, eres un buen amigo de la familia Spence.

Un hombre bajito y calvo se acercó a Lester.

—Señor, el Senador le está buscando—. Bien Clark, quizás en otro momento podamos hablar y conocernos mejor.

Saludó a Clark con la cabeza y se alejó sonriendo.

Lester puso su mano en el hombro del pequeño hombrecillo y clavó sus ojos en él como un águila sobre su presa.

—Me da igual como lo hagas, pero quiero una muestra de sangre de ese joven hoy mismo.

— ¿Pero Señor, para qué quiere su sangre?

Lester lo miró con severidad.

—Esta misma noche, tendrá la muestra.

Lester esbozó una sonrisa y se acercó al Senador.

Charlize, tomó a Clark por el brazo y siguió torturándolo con su presentación en sociedad.

Capítulo 7

Martin miraba de vez en cuando a Clark, parecía indefenso entre esos directivos que lo acosaban a preguntas, pero cuando lo observaba, en cierto modo se veía reflejado. El joven incauto que lo arriesgó todo hasta convertirse en un gran empresario.

Como padre no podía evitar pensar si sería él una compañía adecuada para su hija, pero instintivamente, le parecía que debía darle una oportunidad. El tiempo diría si lo aceptaba, o tendría que alejarlo de su hija para siempre.

Martin era duro y despiadado en los negocios. La felicidad de su hija, no dejaba de ser un negocio en cierto modo para él. Una empresa que jamás permitiría que dejara de producir beneficios.

Uno de los directivos se unió al círculo que rodeaba a Clark.

— ¿A qué se dedica Clark? —preguntó uno de ellos que parecía ser el más anciano de todos.

—Actualmente soy pequeño inversor en bolsa —respondió Clark bebiendo de su copa y tratando de tener paciencia.

—Interesante... ¿Qué compañía gestiona sus inversiones? —preguntó otro, de aspecto frío y hosco.

—Yo mismo. Estoy especializado en forex.

Un directivo más joven se incorporó a la comitiva. El recién llegado era alto, de pelo largo y rubio, ojos marrones y por su apariencia, estaba bien pagado de sí mismo.

— ¡Vaya! ¿Es usted uno de esos que arriesga su capital a diario para tener unas exiguas ganancias? —dijo con total carencia de tacto.

Más tarde, Clark averiguaría que fue uno de los pretendientes fallidos de Charlize.

— ¡Así es! —respondió Clark con total normalidad, pero ya que están tan interesados en conocerme, les diré que... no tengo donde caerme muerto. Tengo tan poco dinero que mis inversiones difícilmente me darían beneficios suficientes como para comprar uno de sus trajes. Eso no quita que sea licenciado en económicas, hable varios idiomas con total fluidez, y sepa identificar a una panda de arpías que lo único que buscan, es despellejarme vivo porque soy el amiguito de la jefa. Ahora si me disculpan, tengo cosas más importantes que hacer como ir al servicio o contar las hojas que caen de los árboles —dijo Clark con total aire de superioridad.

Si había algo que odiaba a rabiar era a los cotillas y aduladores.

La mayoría de los directivos quedaron impactados ante las palabras de Clark. El más anciano no pudo evitar reírse. Lo que provocó que los otros lo miraran entre ofendidos y confusos.

Charlize lo miraba mientras hablaba con un cliente. Clark tomó un pequeño sorbo de su copa, mientras le devolvía la mirada. Señaló el reloj. Ella le sonrió e hizo un gesto, indicándole que tuviera paciencia.

Caminó hacia la barra de bar y pidió una cerveza. El camarero cogió una del refrigerador y vertió su contenido en una jarra. Cuando Clark la agarró, se cortó la palma de la mano.

— ¡Dios mío! Exclamó el barman. Rápidamente bordeó la barra y rogó a Clark que lo acompañara hasta el botiquín del club.

Después de recibir una cura y algunos pinchazos, abandonó el botiquín y paseó sin rumbo por el jardín. Lejos de allí divisó un banco de madera desde el cual se podía ver el campo de golf, caminó hacia él y se sentó. Estaba todo muy bien cuidado, el césped tenía un brillo espectacular. Nadie debía estar jugando ese día porque saltaron los aspersores.

Charlize parecía querer dominar su tiempo y su agenda, pero en el fondo le daba igual, se divertía cuando estaba junto a ella.

— ¿Le importa que me siente? —preguntó el directivo más anciano, que aún parecía divertido con sus palabras.

— ¡Por favor! —Insistió Clark.

El anciano le ofreció la mano.

—Mi nombre es Frank Lauson, soy uno de los directivos de Madison Corp, la compañía que dirige Martin.

—Yo solo soy un amigo de Charlize —respondió.

—Un amigo con carácter. Nunca había visto a nadie parar los pies a esos engreídos —dijo Frank.

Clark le dedicó una sonrisa malévola.

—Lo sé, me he quedado en la gloria —contestó Clark mostrando su alivio.

—Sabes Clark... Por un momento me recordaste a un buen amigo.

El anciano se quedó callado unos minutos, recordando quizás tiempos mejores.

— ¿Cómo van tus inversiones? —preguntó interesado.

—Tengo mi propio sistema, pero dispongo de poco capital, por lo que no termino de despegar —respondió Clark.

—Estoy seguro de que Charlize te podría hacer un préstamo, es una chica muy generosa —dijo el anciano.

—Nunca se lo pediría. Tengo que salir adelante por mí mismo, no me gusta que me regalen las cosas.

El anciano lo miró con respeto y por primera vez se fijó en el medallón.

—Curioso medallón ¿CM? ¿Qué significa? —preguntó algo turbado.

—Lo cierto es que no lo sé. Mi nombre es Clark Evans, me lo legó mi tío.

—Vaya con tu tío, te deja en herencia un medallón, ¿y no te explica a quién perteneció o si simplemente era un objeto que apreciaba?

—Mi tío Rob era así —respondió Clark sonriendo.

— ¿Cuál era el apellido de su tío, si no es mucha indiscreción? —preguntó el anciano más por pura formalidad que por un interés real.

—Rob Evans. —contestó Clark.

La expresión del anciano se ensombreció.

— ¡Disculpa Clark! aunque estoy encantado con nuestra conversación, el deber me llama. Debo discutir unos asuntos con algunos directivos.

Mientras se alejaba, el anciano introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó su cartera y rebuscó nervioso en su interior. Con manos temblorosas, introdujo varios dedos en un compartimento y cogió una foto. Allí estaba él con unos treinta años menos. Martin Spence, Rob Evans y un hombre alto de pelo largo y negro con ojos azules, que portaba el mismo medallón que Clark, lucía en esos mismos instantes en su cuello. No podía ser, debía ser una copia, hoy en día se podía encontrar cualquier tipo de medallón o abalorio. No podía ser el medallón original. Pensó el anciano.

Después de una velada estresante para Charlize y aburrida para Clark, ambos dejaron el club. Clark debía enfrentarse a un duro trago.

Charlize se quedó en el vestíbulo, mientras Clark subía a la suite para coger las cenizas de su tío. El trayecto en ascensor le pareció interminable y pasillo hasta llegar a la suite, eterno. Cuando entró y se acercó al mueble donde reposaba la urna, Clark no era capaz de cogerla.

Era la voluntad de su tío, pero el simple hecho de tener sus cenizas cerca, era como tenerlo a su lado.

En cuanto se desprendiera de ellas...

Metió la urna en la mochila y bajó al vestíbulo. Charlize comprobó cómo el rostro vivo y sonrosado de Clark se había tornado demacrado y triste.

Lo tomó de la mano y ambos se alejaron del hotel, camino a la playa.

Charlize intentó quitar hierro a aquel momento, hablando de asuntos sin importancia, el paisaje, anécdotas que le había contado su padre durante el

cóctel.

Clark se limitó a caminar, callado.

Después de estar alrededor de media hora caminando por la playa, Clark divisó un pequeño acantilado que daba directo al Océano. Bajo él, las olas se arrojaban impetuosas, lo que le recordó al carácter de su tío.

Charlize dejó que él se acercara solo al borde del acantilado, portando la urna. Clark retiró la tapa y la arrojó al agua, siguiéndola con la mirada hasta verla desaparecer en las profundidades del Océano.

— ¡Adiós tío Rob! Gracias por tu regalo...

Dejó caer las cenizas, que como llevadas por un ángel, parecieron quedar flotando en el aire por unos instantes. Parecía como si su tío quisiera verlo por última vez. Lentamente fueron cayendo hasta acabar mezclándose con el agua del mar.

Impotente, cayó al suelo de rodillas, consumido por el dolor. Las lágrimas brotaron de sus ojos, quemándole la cara. La garganta le dolía como si alguien lo estuviera estrangulando.

— ¿Por qué? —se preguntó.

Charlize se acercó a él, se sentó a su lado. Le besaba la mejilla tratando de consolarlo, pero en vano. Clark no podía dejar de llorar.

—Ahora estoy solo, ya no me queda nadie —masculló amargamente Clark.

Charlize le giró la cara hacia ella.

—Me tienes a mí.

Clark la besó, sintiendo cómo aquella pasión le hacía volar por un mar de sensaciones donde no podían habitar el dolor o la tristeza.

Capítulo 8

De regreso al hotel, Clark se despidió de Charlize y se encerró en su suite. Pasó el resto del día tirado en la cama, sin comer, ni beber. No se sentía con ánimos para estar acompañado, ni tampoco se consideraba buena compañía.

Por la mañana, Charlize llamó a su puerta. No podía disimular su preocupación. Clark abrió la puerta, pero no mostró intención de acercarse a ella. Charlize quedó confundida ante aquella fría reacción, cuando entró en el salón de la suite y vio la maleta abierta, quedó impactada.

— ¿Qué significa esa maleta Clark? —preguntó Charlize.

—Me voy —respondió Clark.

— ¿Qué te vas? ¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Charlize con un nudo en la garganta.

—Eres una mujer fuerte, estoy seguro de que no te costará trabajo olvidar a alguien que solo conoces de unos cuantos días.

Clark era tajante y hosco, pero en ningún momento la miraba.

— Pero no lo entiendo... ¿Es qué he hecho algo?

Clark la miró con severidad.

—Estoy harto de fingir ser un millonario, debo volver al lugar que me corresponde junto a la plebe. Además, tengo miedo.

— ¿Miedo a qué? —preguntó Charlize.

—Creo que me estoy enamorando de ti y no quiero ser un capricho pasajero o un novio florero del que te deshagas cuando te aburras.

—Clark no sé qué será de nosotros. No puedo negar que me siento atraída por ti, pero solo el destino sabe lo que va a pasar. ¿Qué pasará con la última voluntad de tu tío si te marchas?

—No creo que se tome la molestia de presentarse para echarme la bronca. Además Charlize, ¿qué quieres que haga? ¿Quedarme y gastar el dinero sabiendo que estoy en la calle y sin blanca? Anularé la reserva e intentaré salvar algo del dinero.

Charlize le miraba con ojos llenos de lágrimas.

— ¡Eres como todos! —dijo llena de dolor e ira, mientras se levantaba dispuesta a marcharse.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Clark.

—No soy buena para ningún hombre que conozco, solo pensáis en mi dinero.

—Yo no soy como ellos, no quiero tu dinero.

— ¿No eres como ellos? ¿Estás seguro? El resto de tipos que he conocido no me querían, para ellos Charlize no valía nada, solo merecía la pena mi fortuna. Tú me abandonas por tu maldito orgullo... A mí no me importa correr con los gastos de tu estancia, pero tu orgullo no lo soportaría.

— ¡Eso no es cierto! —gritó Clark.

— ¿No?

—Pues respóndeme a esta pregunta ¿Si fuera al revés me dejarías ir?

Clark pareció meditar la pregunta durante unos minutos.

—No. Jamás lo haría. Tienes razón, tal vez sea orgullo, pero no puedo evitar pensar que tarde o temprano, llegará uno de esos multimillonarios e intentará seducirte. Yo no tengo nada... te cansarás de mí y me arrojarás fuera de tu vida.

Charlize se acercó a él y lo abrazó por detrás, mientras le daba un pequeño beso en el cuello.

— ¡Maldito imbécil! Acaso no te has dado cuenta, que encaprichada o no, te quiero junto a mí.

Clark quedó sin palabras.

— ¿En serio?

Charlize sonreía mientras le obligaba a girarse para darle un beso.

—En algo de lo que has dicho antes, sí estoy de acuerdo. Me parece una estupidez que sigas pagando esta suite. ¿Por qué no bajas y anulas el resto de la reserva?

—Pero si hago eso... ¿Dónde voy a dormir? —preguntó Clark.

Charlize le dio un capón en la frente.

—Que cortito de mente eres a veces Clark ¿Qué tal en mi suite? Soy una mujer moderna, no necesito estar casada para compartir mi cama. Date prisa. Te espero en la suite.

Los dos se miraron consumidos por la magia de la excitación que despertaba en ellos la idea de estar juntos. Clark nervioso y emocionado, empezó a guardar sus cosas en las maletas. Se terminó de vestir y fue llevándolas a la suite de Charlize. Luego bajó a recepción y anuló el resto de la reserva. El recepcionista, un hombre de pelo rojo y gafas de gruesas lentes, lo miró sorprendido.

— ¿Algo le incomodó? —preguntó nervioso el recepcionista.

—Seguiré alojado en el hotel, pero en la suite de otra persona.

El recepcionista respiró aliviado.

— ¡Estupendo entonces! ¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa?

—No, gracias. Eso es todo. —respondió Clark dedicándole una leve sonrisa mientras se alejaba caminando hacia los ascensores.

El recepcionista agarró el teléfono y marcó un número con rapidez y cierto nerviosismo.

—Ha anulado la reserva. No, sigue alojado en el hotel. Con la señorita Charlize Spence. Gracias, es usted muy generoso.

Clark sacó la tarjeta de la suite que le había entregado Charlize y abrió la puerta. Allí estaba ella probándose un vestido de encaje gris con bordados en la cintura y con acabado de palabra de honor. Al verlo le dedicó una sonrisa algo viciosa.

— ¡Bienvenido compañero de cuarto!

Clark se acercó a ella.

— ¡Bonito traje!

—Esta noche mi padre quiere invitarnos a cenar en el Marchante Real.

—Extraño nombre para un restaurante —dijo Clark.

—En realidad es un barco a vapor, de esos que surcaban el Misisipi. Lo han restaurado y reconvertido en hotel flotante, te va a encantar.

—Charlize es miércoles, hace... ¿Cuatro días que nos conocemos? Ya vivimos juntos y esta noche a cenar con papá, ¿no vamos algo rápido?

—Tú solo necesitaste un día para emborracharte con él.

— ¡Touché! ¿Y, qué planes tiene mi sargenta para el resto del día?

—He encargado el almuerzo. Nos lo subirán y lo tomaremos en la terraza.

— ¡Vaya rollo! ¿Todo el día aquí, encerrados?

Charlize se acercó a él, le dio un pequeño beso en la barbilla y le susurró al oído.

— ¿Quién sabe?, a lo mejor hago que no te aburras...

Clark tragó saliva. Era algo inocente, pero sabía a qué se refería. Lo cierto es que no tenía mucha experiencia en el tema.

Clark se desabotonó la camisa y la lanzó a una silla. Pensaba ponerse algo más cómodo cuando apareció Charlize con un camisón tan fino y transparente que dejaba poco a la imaginación.

Clark la miró, parecía como si una diosa hubiera salido de uno de esos cuadros griegos. Ella se aproximaba sin prisa, disfrutando de la turbación que causaba en él.

Él, se sentía como un imbécil. A sus treinta años, había tenido algunas novias, nada serio y solo en una ocasión llegó a tener algo más que palabras, sobraba decir que fue un desastre. No sabía qué hacer. Le confesaba que era casi virgen o simplemente que en la cama era un novato.

Por fortuna, la adrenalina, el deseo y el fuego que lo consumía, le invadió.

Se abalanzó sobre Charlize, la cogió en brazos y la llevó hasta la cama donde ambos se desvistieron apresuradamente. Clark se quedó paralizado mirando el cuerpo desnudo de ella, deseaba hacerle el amor con toda su alma, pero tenía dudas.

— ¿Qué te pasa Clark?

—Lo cierto es que solo lo he hecho una vez. —dijo Clark casi susurrando por la vergüenza.

Charlize lo besó dulcemente, mientras tiraba de él para que se tumbara junto a ella.

—No tienes que ser un experto, solo sigue tu instinto.

Clark la besó, pero esta vez sus besos estaban llenos de deseo. No pudo evitar acariciar sus pechos, mientras su boca parecía querer devorarla. El cuerpo de Charlize era tan suave, que lo hacía enloquecer. Quería ser el amante perfecto, pero no entendía nada de preámbulos, carecía de experiencia, pero si tenía algo claro, necesitaba más. Se tumbó sobre ella acariciando sus muslos, hasta que no pudo más. Ella lo envolvió con sus piernas y consumaron su creciente e imparable deseo.

Por la noche, ambos estaban en la cama, mirándose en silencio. Su primer encuentro sexual fue arrebatador para ambos, lleno de ternura e inocencia.

— Deberíamos levantarnos. Mi padre nos espera —Sugirió Charlize.

—Sí, será lo mejor —contestó Clark.

De mala gana se levantaron, ducharon y tomaron una limusina hasta el puerto.

Clark no se quitaba el medallón desde el día del cóctel y por alguna razón, le resultaba familiar, ¿por qué su tío no le habló antes de él?

De camino al puerto, Clark tomó la mano de Charlize y depositó un beso en ella.

—Me resulta raro actuar así —dijo Clark.

— ¿A qué te refieres?

—Actuar como si fueras mía, cuando tal vez pronto...

— ¿Te gustaría que fuéramos algo más? —preguntó Charlize con malicia.

—Sí —respondió Clark molesto con el tono de voz extremadamente tímido que brotó de su boca, parecía un niño pequeño.

—Te dije que no sé qué será de nosotros, lo cierto es que no estoy dispuesta a que todo quede en un simple romance de verano, de hecho...

— ¿Qué pasa Charlize? Me estás asustando.

— ¿Qué te parecería dirigir una de las empresas de mi padre?

Clark se recostó en el asiento, visiblemente incómodo.

— ¡Clark! Sabes que si te lo propongo es porque sé que tienes la capacidad necesaria para dirigirla. En los negocios no me guio por las emociones, solo por la lógica.

—No quiero quitarle el puesto a nadie por ser tu amigo especial. —respondió finalmente Clark, mirándola con enfado.

—No le vas a quitar el trabajo a nadie. Además, es una pequeña empresa, no un imperio. De esa forma le demostrarás a mi padre de lo que eres capaz y por otro lado, te sentirás útil. Te recuerdo que no querías acabar siendo un novio florero ni un mantenido.

—Y, ¿dónde viviría? —preguntó Clark.

— En New York. Tengo un ático que te va a encantar.

— ¿Los dos juntos? ¿No vas algo rápido? —dijo Clark.

—No pienses en eso ahora, ya nos organizaremos. Si no te aguanto, tengo un trastero en la planta baja —dijo riendo Charlize.

— ¿Está muy alto?

—Es uno de los edificios más altos de la ciudad y la vista es realmente bella, se ve Central Park —respondió Charlize.

Clark tragó saliva. Eso era como vivir en un avión para él.

Sede Central Madison Corp.

New York

Un hombre bajito caminaba con decisión por los pasillos color plata de la planta veintiuno. La mayor parte de ésta, tenía las luces apagadas, solo algunos ledes estratégicamente dispuestos, mostraban el camino a seguir. Al fondo, una gran puerta negra de roble daba acceso al despacho de Lester Madison. El hombrecillo golpeó la puerta y ésta se abrió sola.

Allí, mirando a través de la cristalera, estaba Lester contemplando la ciudad.

—Señor Madison aquí tiene el resultado de los análisis, los comparé con los suyos tal y como me pidió.

Lester se giró impaciente, agarró los documentos.

—Puedes marcharte —. Ordenó Lester.

Se dejó caer en su enorme sillón de cuero negro. Sus ojos recorrieron de lado a lado cada renglón escrito, hasta llegar a la última hoja.

Soltó los documentos en el escritorio de caoba, se levantó y caminó hacia un pequeño mueble bar. Tomó una botella de vino que tenía reservada desde hacía años y se sirvió una copa.

Regresó al ventanal, todo era movimiento en aquellas transitadas calles, pero nada de eso le importaba. Para él, esa gente no eran más que hormiguitas que hacían lo que él quería o eran eliminadas.

Levantó la copa y brindó.

— ¡Por ti, Clark!

— ¡Bienvenido a la familia Madison!

Lejos de allí, Clark ayudaba caballerosamente a salir de la limusina a Charlize. Como si presintiera algo, se llevó las manos al medallón y lo apretó.

Capítulo 9

Charlize abrió el camino por la larga y sólida pasarela que conducía a la cubierta del barco. Se sentía inquieto. Junto a él pasaron varias mujeres de aspecto agresivo y sofisticado. Dos hombres fumaban puros cerca de la pasarela. El barco parecía un hormiguero. Un camarero reconoció a Charlize y los condujo por un comedor central, hasta llegar a un pequeño, pero lujoso ascensor que los llevó hasta la cubierta superior. La cubierta Vip, en la que solo unos pocos podían permitirse estar, pero ellos eran la élite. Al menos la familia de Charlize.

Las puertas del ascensor se abrieron y el metre, como salido de la nada, apareció a su lado y les acompañó hasta la mesa donde Martin estaba sentado y hablando por el móvil. Charlize se acercó a su padre y le dio un beso en la mejilla. Martin colgó y guardó el móvil en un bolsillo de la chaqueta, se levantó y le ofreció la mano a Clark, que se la estrechó sin dudar. Se sentaron y pidieron la especialidad de la casa, salmón a las finas hierbas con crujiente de verduras. Martin ya había pedido un vino de una bodega francesa cuyo nombre a Clark, le resultaba imposible de pronunciar.

Cenaron y conversaron durante largo rato sobre asuntos de negocios que a Clark le parecieron tan interesantes, como ver caer las hojas en otoño mientras sufres un fuerte resfriado. Charlize se levantó y excusándose, fue al servicio. Clark quedó a solas con Martin.

—Clark ¿Te ha comentado Charlize el puesto vacante de director en una de

mis empresas?

—Lo cierto es que sí, pero no es necesario que me dé trabajo, puedo seguir con mi trabajo de inversor.

—Charlize me ha informado y puesto al día de tu formación, creo que podrías compaginar ambos trabajos.

—Martin, los dos sabemos que no me ofrecería ese trabajo si no fuera algo más que un amigo para su hija.

—Así es —respondió Martin—, pero eso no quita que ya que estás con ella, te ayude un poco a nivel laboral.

—Desde luego, no le entiendo. Cualquiera en su lugar, aprovecharía que no está su hija y me daría una patada en el culo para que me largara y usted, me quiere poner al frente de una empresa. No lo entiendo...

—Mira Clark, seré franco. No sé lo que duraréis juntos, tal vez sean días, meses, años o toda la vida. Trata bien a mi hija, hazla feliz y seré tu ángel de la guarda, hazla sufrir, y desearás estar muerto.

Clark lo miró, pero no había ni un atisbo de miedo en sus ojos, cosa que Martin admiró, a pesar de mantener una actitud propia de los jugadores de póker.

—Por otro lado, si aceptas el puesto, me ahorrarías tiempo y dinero buscando a un directivo. A no ser claro, que te de miedo hacerte responsable de una empresa. —Insinuó provocadoramente Martin.

—No me asusta lo más mínimo, al principio me costará, pero luego la empresa irá como la seda.

—Eso espero —respondió Martin mientras bebía de su copa sin dejar de mirar a Clark.

— ¿Por cierto, qué tipo de empresa es? —preguntó Clark.

—Ropa interior femenina. Susurró Martin.

—Es una broma... ¿Verdad? —preguntó Clark incrédulo.

—No, la fábrica está a las afueras de New York, en Wilshire.

Clark se tapó los ojos con las manos.

— ¡Bien! Me da igual vender bragas o sujetadores. Cuando acabe con ella, será la mejor de sus empresas.

Martin levantó su copa.

— ¡Brindo por eso Clark!

Charlize se acercó sigilosamente y se sentó casi pillándolos por sorpresa.

—Papá, me ha llamado Lauson, hay un problema con la fusión con Matsucom, necesitan que intervengamos.

— ¡Maldita sea! No pueden hacer nada sin nosotros. ¡Panda de inútiles! — protestó Martin.

—Clark me temo que papá y yo tendremos que ir a una de nuestras oficinas en Hawái y no sé a qué hora terminaremos ¿Te importa regresar en la limusina tú solo?

—Tranquila Charlize, no pasa nada —respondió Clark.

Los tres se levantaron y caminaron hacia el ascensor. Martin entregó un

cheque al metre y entró con ellos en el ascensor. Salieron del barco y Charlize avisó por teléfono para que los recogieran. La limusina de Martin fue la primera en llegar. Martin dio una palmada en el hombro a Clark y entró en la limusina, Charlize lo besó y siguió a su padre. Clark se quedó allí parado, mirando cómo la limusina se alejaba por el embarcadero.

Pasaron unos minutos y no llegaba su limusina. Caminó por el embarcadero en dirección al paseo marítimo. La noche era inusualmente fresca y el olor a salitre inundaba el ambiente. Sin prisa, iba observando el resto de embarcaciones. Había de todos los tipos posibles, yates de lujo, lanchas a motor de gran cilindrada y algún que otro barco más pequeño y de estilo clásico.

— ¿Dónde estará la dichosa limusina? —se preguntó Clark.

Sacó el móvil y marcó el número de la limusina. Charlize le hizo grabar el número por si necesitaba salir por la isla. No sabía si por temor a que se perdiera o porque lo vieran subido en un taxi, ahora tenía que guardar las apariencias, el chico de la gran Charlize no debía parecer un cualquiera.

El móvil no tenía cobertura, cosa que le extrañó. Lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y continuó la marcha. Una furgoneta Chevrolet negra con los cristales tintados se acercaba en dirección contraria a baja velocidad.

Clark se hizo a un lado para facilitar su paso. La furgoneta le pasó a pocos metros de distancia. El siguió caminando, pensando en sus cosas. Estaba contemplando un yate que tenía todas las luces encendidas mientras navegaba, cuando escuchó cómo la furgoneta giraba con brusquedad, daba media vuelta y se aproximaba a él a gran velocidad. La puerta corredera lateral se abrió y un tipo corpulento lo agarró y tiró de él hacia dentro de la furgoneta. Otro tipo le noqueó con una porra. Le colocaron una bolsa en la

cabeza y lo ataron de pies y manos con bridas fuertemente ajustadas.

Se despertó abruptamente cuando un tipo vació un cubo de agua sobre su cabeza. Durante unos minutos estaba tan desorientado que no pudo discernir dónde estaba. La luz era tenue, solo unas cuantas lámparas que colgaban del alto techo aportaban algo de luminosidad. Parecía ser un almacén, aunque no demasiado grande. Había cajas de dos por dos metros, cuyo contenido era todo un misterio para él. Lo habían situado en el centro de la estancia que previamente habían preparado.

Dos tipos encapuchados lo miraban.

— ¡Sé bienvenido! —dijo una voz.

Clark miró a los tipos, pero ellos no habían movido un músculo, después de un rato observando, descubrió un cristal tintado al fondo del almacén, a unos cuatro metros de altura.

— ¡Bien! Veamos de qué estás hecho —susurró la voz.

Uno de los tipos sacó un cuchillo y cortó las bridas que lo mantenían inmovilizado. No tuvieron tiempo para reaccionar, Clark se levantó y derribó de un puñetazo al tipo que tenía enfrente, después se giró sobre sí y propinó una fuerte patada en la cara del tipo que lo había liberado. Ambos yacían en el suelo, sin sentido. Tres hombres también enmascarados, entraron por una puerta casi oculta y comenzaron a disparar. Clark rebuscó entre las ropas de los dos que estaban en el suelo y encontró una beretta y dos cargadores. Quitó el seguro y saltó tras una de las cajas. Rápidamente se asomó por el

lateral izquierdo y disparó en el pecho a uno de ellos. Aquellos bastardos no dejaban de dispararle, no entendía por qué alguien quería matarle.

— ¿Unas vacaciones de lujo? ¡Seguro! —dijo Clark con ironía.

Corrió hacia el lado contrario del almacén, seguido por los destrozos que tras de él dejaban los disparos de los dos tipos que aún seguían de una pieza. Clark disparó a otro, a la altura del corazón. El último, más precavido, se resguardó tras una caja. Clark agarró un extintor y caminó agazapado entre las cajas hasta estar lo suficientemente cerca. Esperó para ver si aparecía por alguno de los lados de la caja, pero seguía allí, oculto. Lanzó el extintor a la derecha y por un momento pudo ver cómo asomaba la mano con el arma. Clark le disparó a la mano, cuando el tipo se inclinó en un gesto de dolor, quedó a la vista el resto de su cuerpo, cosa que aprovechó. Le disparó en el pecho sin dudar.

Había pasado de ser un triste agente de bolsa del montón, a convertirse en un asesino.

El altavoz se conectó emitiendo un molesto ruido. Alguien estaba aplaudiendo.

— ¡Magnífico! Veo que tu tío te preparó a conciencia. Me alegro porque te hará falta. Equipo uno, en pie. —ordenó la voz.

Todos los tipos que Clark había derribado o matado, se pusieron de pie y caminaron hacia él. Clark les apuntaba con la beretta.

—No te molestes Clark. Las municiones de esas armas son de fogueo. Sin embargo, la de ellos es real.

Uno de los tipos le instó para que arrojara el arma al suelo y fue justo en ese

instante cuando Clark descubrió que unos pequeños círculos negros cubrían todo su cuerpo.

Ahora lo entendía todo, esos círculos eran sensores, detectaban los impactos de la falsa pistola que Clark robó a sus compañeros. Cada disparo de su arma era reflejado en uno de esos sensores y el sujeto en cuestión se limitaba a fingir que había resultado herido, pero... ¿Por qué tomarse tanta molestia por comprobar si sabía defenderse?

Para su sorpresa, aquellos tipos rudos lo trataron con respeto. Uno se agachó y recogió las pistolas, mientras otro le rogó que lo siguiera. Caminaron hasta una puerta de metal oxidado. El tipo que lo escoltaba abrió la puerta, tras ella estaba la furgoneta aparcada en el almacén contiguo. Montaron en ella mientras otro quitaba el candado de la puerta principal, dejándoles vía libre. Clark miró su reloj, había estado ausente cuatro horas.

La furgoneta recorrió lo que parecía ser un polígono industrial. Una tras otra, se iban sucediendo las calles hasta que llegaron a la zona turística.

— ¿Vais a matarme en la zona más concurrida y vigilada? —preguntó Clark con asombro.

—No vamos a matarle. Lo dejaremos cerca de su hotel y no volverá a vernos nunca más.

Clark suspiró aliviado mientras seguía mirando por la ventana. Fue un trayecto corto, pero a él le pareció una auténtica eternidad.

El Hotel Senador se podía divisar a lo lejos. La furgoneta se paró junto a una licorería. Uno de los encapuchados abrió la puerta de la furgoneta y le ordenó que saliera. No se lo tenían que pedir dos veces.

Clark contempló cómo la furgoneta avanzaba por la calle principal hasta girar a la derecha y desaparecer. Se miró la ropa que estaba hecha jirones. Intentó adecentarse y descubrió que tenía un corte en la frente. Sacó un pañuelo e hizo presión.

Para evitar la recepción y las miradas indiscretas, entró en el hotel por el parking, tomó el ascensor y rezó por no toparse con nadie hasta llegar a la suite.

Iba a pasar la tarjeta para abrir la puerta, cuando Charlize abrió.

— ¡Dios santo Clark! ¡Estás hecho un desastre! —dijo Charlize.

—Cariño, hieres mis sentimientos —contestó Clark irónico.

— ¿Pero, qué te ha pasado? —preguntó Charlize muy preocupada.

—Me acabo de caer por las escaleras del paseo marítimo ¡Lo sé! Soy un torpe. Iba distraído mirando el móvil y di un mal paso... Bueno, el resultado salta a la vista.

— ¡Entra y espérame en la terraza! —Ordenó Charlize— Creo que hay un botiquín en el cuarto de baño.

Clark se quitó la chaqueta y la tiró al suelo. Después la corbata, que estaba empapada en sangre y por último la camisa. Cruzó la sala en dirección al dormitorio y salió a la terraza.

La cabeza parecía querer estallarle, pero no podía dejar de pensar en la voz del almacén ¿Quién sería ese bastardo? ¿Y por qué le había tendido esa trampa? Lo conocía a él y a su tío, eso lo había dejado claro, pero... ¿Por qué

decía que le haría falta estar preparado?

Charlize pasó junto a él con una bolsa de algodón y un bote de agua oxigenada, lo colocó todo encima de la mesa de la terraza y sacó una pequeña porción de algodón. Vertió agua oxigenada en él y limpió la herida en la frente de Clark.

—Te voy a tener que comprar una armadura para que no te mates cuando yo no pueda estar a tu lado —dijo riéndose.

—Ja, ja, ja —contestó Clark irónico.

Pero en su mente seguía pensando en lo ocurrido en el almacén. No pararía hasta averiguar quién le había gastado esa bromita.

Capítulo 10

De madrugada, Clark disfrutaba de la brisa marina sentado en la tumbona. Serían sobre las seis de la mañana. Le agradaba el olor a vegetación y mar, le hacía sentir en paz. Charlize dormía plácidamente, desde allí podía ver a su ángel tumbada con ese minúsculo camisón, con su mano derecha apoyada en el lado de Clark, como buscándolo en sueños.

La temperatura bajó y Clark que solo llevaba puesto unos slips negros, sintió un escalofrío.

Pronto llegaría el jueves de su semana de lujo, seguía intentando encajar lo que le había pasado. Su vida había dado un giro inesperado, ahora sabía que había gente ahí fuera que podían acabar con él. ¿Quién le tendió esa emboscada? No podía dejar de pensar en ello, pero no conocía a nadie que tuviera interés en acabar con él. Todo era una incógnita, pero a partir de ahora, tendría los ojos bien abiertos.

Entró en el dormitorio y se acostó junto a Charlize.

— ¿No puedes dormir? —preguntó Charlize con los ojos casi cerrados.

—Duérmete pequeña. Sí no, mañana no tendrás fuerzas para torturarme con tus negocios y excursiones. Susurró Clark.

Charlize cerró los ojos y sonrió, pero no parecía estar dispuesta a obedecer esa orden, al menos no sin conseguir algo a cambio.

Acarició la cara de Clark. Él la miraba fijamente. Charlize tiró suavemente de él, hasta que sus labios quedaron cerca. Lo besó sin prisa, como si estuviera disfrutando de un delicado pastel.

Clark pasó su mano por el hombro de Charlize y lentamente fue bajando, pasando su mano cerca de su pecho pero sin llegar a rozarlo, limitándose a su contorno, esto provocó que Charlize se estremeciera. Siguió bajando hasta su cintura, dando un delicado pero sensual masaje, hasta llegar a su muslo que acarició con mayor intensidad. Poco a poco, fue reduciendo la distancia hacia la zona más sensible. Rozó con el dorso de la mano el muslo, hasta llegar al monte de Venus. Con delicadeza alejó la mano de aquella zona tan preciada en dirección a sus pechos, que apretó levemente. Con cada movimiento, Charlize se sentía más y más excitada, empujó a Clark para que se tumbara y ella se incorporó lo suficiente como para quitarse el camisón y dejar al descubierto su bello cuerpo. Se recostó sobre el vigoroso pecho de Clark. Esta vez fue él quien sintió el calor del deseo, al notar los suaves pechos de Charlize rozar su cuerpo. Los besos empezaron a subir de intensidad dejando que sus lenguas jugaran con lentitud. Clark acariciaba la espalda de Charlize, hasta bajar más allá de su cintura. La agarró con delicadeza, pero con ímpetu dejándola caer sobre la cama. Se quitó el slip y se echó sobre ella, mientras Charlize le rodeaba con sus brazos. Clark besó todo su cuerpo, acariciando y lamiendo sus pechos, hasta que ambos no resistieron más. Se unieron en lo más íntimo, disfrutando del placer que les ofrecían sus cuerpos.

La luz de la mañana los descubrió abrazados, mirándose a los ojos sin comprender por qué no se habrían conocido antes.

El timbre del teléfono rompió el encanto del momento. Charlize contestó.

— ¿Diga? —respondió Charlize— Un momento... Clark, es para ti —dijo

Charlize ofreciéndole el auricular.

Clark tomó el teléfono de mala gana y contestó.

— ¿Sí?

—Señor Evans. Han dejado una carta en recepción para usted. ¿Desea que la suba nuestro botones?

—No, bajaré en breve. Yo mismo la recogeré. —Cortó Clark que no quería visitas indiscretas.

Pasó el teléfono a Charlize y ella colgó.

— ¿Qué planes tiene para mí la sargenta? —preguntó irónico Clark.

—Después de desayunar, te tengo una sorpresa que te va a dejar sin respiración —susurró maliciosamente Charlize.

— ¿Qué es? Me das miedo ¿Otra reunión de millonetas? — preguntó Clark asustado.

—Frío, frío —respondió riendo Charlize.

Se vistieron y bajaron al restaurante. Clark recordó la carta y le pidió a Charlize que se adelantara y fuera encargando el desayuno. Caminó hacia el mostrador de recepción.

Una chica joven de pelo castaño, tecleaba frenéticamente mientras observaba la pantalla del teléfono.

— ¡Disculpe! ¿Tienen una carta a nombre de Clark Evans?

La chica después de saludarle y mostrar una luminosa sonrisa, miró en unos estantes y cogió un sobre gris.

—Aquí tiene Señor Evans —respondió diligente la recepcionista.

—Gracias.

Clark se metió el sobre en el bolsillo del pantalón corto y corrió hacia el restaurante. No en vano, ya empezaban a tronarle las tripas. Cuando llegó, se sentó y contempló el desayuno que había pedido Charlize.

— ¡Veo que tienes hambre! —dijo Clark sorprendido al ver el exceso de comida.

Huevos con beicon, patatas chips, zumo, café, dulces, paté y pastas. Clark no sabía por dónde empezar. Agarró un vaso de zumo y le dio un sorbo. Charlize por su parte cogió un plato que contenía beicon y huevos.

Clark recordó la carta y le pudo la curiosidad. Se reclinó en la butaca y rasgó el lateral con el cuchillo de la mantequilla. Sacó una pequeña hoja de papel del tamaño de una cuartilla y la desplegó.

Madison Corp.

Estimado Clark, me gustaría citarle en la suite Imperial del Hotel Senador, el domingo a las 22 horas. Dispongo de una información vital para usted.

Lester Madison

Capítulo 11

Clark guardó la carta en el bolsillo y continuó desayunando.

—Luego iremos a un sitio que te va a encantar. Informó Charlize.

Clark la miró con desconfianza, las sorpresas de Charlize no solían gustarle mucho.

— ¿Quién te ha escrito? —preguntó curiosa Charlize.

— ¡Ah, la carta! Es una liquidación por la anulación de la suite, no me la pudieron dar al momento y me la han entregado hoy.

—Ya me extrañaba a mí que te escribiera alguien al hotel, bueno, termina que nos esperan.

— ¿Nos esperan? ¿No será otra reunión de negocios? —preguntó Clark bastante mosqueado.

—Te gustará este negocio —respondió Charlize.

La limusina los recogió y los llevó hasta una zona bastante apartada. El chófer aparcó junto a lo que parecía algo así como un estadio. Bajaron de la limusina. Charlize ordenó al chófer que les esperara y éste asintió con la cabeza.

—Clark sígueme. —Ordenó Charlize.

Un conserje les esperaba junto a una puerta.

—Buenos días Señorita Charlize, está todo preparado, Mark la espera. —
Informó el conserje.

—Gracias Tom —dijo Charlize mientras le daba una buena propina.

Clark se limitó a mirar a aquel hombre con curiosidad. ¿De qué lo conocería Charlize?

Caminaron por un largo pasillo hasta que llegaron a unas gradas. Aquello no era un estadio, sino una pista de competición para coches o motos. Clark no entendía gran cosa de esos temas, mejor dicho, no le importaban lo más mínimo.

Un hombre alto y atlético se les acercó. Besó en la mejilla a Charlize y le ofreció la mano a Clark.

—Mark Vatton. —Se presentó.

—Clark Evans.

Continuaron andando hasta llegar a la pista de carreras donde estaban revisando un Lamborghini Aventador de color rojo.

— ¡Aquí tienes tu sorpresa Clark!

— Mark, te va a enseñar a conducir un Lambo —explicó Charlize.

Clark la miró sorprendido.

—Te lo agradezco, pero lo cierto es que no soy un apasionado de los coches, lo mío son las motos —contestó Clark tratando de no quedar de maleducado.

Mark lo miró con sorpresa.

— ¡No te preocupes Clark! Yo te enseñaré lo necesario —dijo Mark.

Charlize se acomodó en primera fila junto al resto del equipo que había estado revisando el coche. Mark se sentó en el asiento del copiloto, mientras Clark ocupaba el del conductor. Un hombre de mediana estatura se sentó junto a Charlize, ambos intercambiaron algunas palabras mientras observaban a Clark. Aquel hombre era el dueño de la pista y solía ver las carreras para reírse de los pijos novatos que por un día querían ser unos ases del volante, los nuevos “Fernando Alonso”.

Clark escuchó pacientemente las indicaciones de Mark, que lo trataba como a un niño de cinco años. Se arranca aquí, las marchas van así, la curva tómala de esta manera. Clark se limitó a conducir por el circuito a una velocidad tan baja que hasta un caracol podría haberlos adelantado. Mark le urgía para que pisara el acelerador pero Clark, lo ignoraba. Cuando llegaron a donde les esperaba Charlize y el dueño de la pista, Mark se bajó del coche. Charlize miró a Clark, intentando ocultar su decepción, esperaba más de él. Para su sorpresa, el dueño de la pista gritó a un miembro de la escudería que cronometrara.

— ¿Cronometrar qué? —preguntó Mark.

Tras él, rugió con fuerza el motor del Lambo. Clark pisó a fondo, y el Lamborghini salió disparado como un proyectil. Tomaba las curvas como un auténtico suicida, el equipo de la escudería se levantó esperando ver un accidente. Rom el dueño de la pista, tiró su sombrero al suelo y se llevó las manos a la cabeza. Charlize observaba el espectáculo con preocupación. Dentro del coche, Clark sonreía.

— ¡No está nada mal! —exclamó.

Las curvas se sucedían una tras otra. Mark no podía creer cómo el hombre que minutos antes conducía como una abuelita, ahora parecía un conductor profesional, se avergonzó de haberle explicado el manejo del coche.

Clark gritó de alegría, hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien. Dentro del coche se sintió libre por primera vez en mucho tiempo. Le costó parar cuando llegó a la línea de meta.

La escudería entera le vitoreó cuando bajó del coche. Clark se limitó a saludarlos al estilo militar. Cuando pasó junto a Mark, lo miró y le dijo:

— ¡No está mal el coche! Un poco lento para mi gusto.

Mark lo miró sin saber qué decir.

Rom le enseñó a Charlize el cronómetro que un miembro de la escudería le acababa de entregar.

—Tu chico acaba de pulverizar la mejor marca del circuito —le explicó.

Charlize no podía disimular el orgullo que sentía. Clark se acercó a ella y la besó.

— ¡Muy divertido! ¿Nos vamos? —dijo Clark.

— ¿Dime Clark? ¿Te has planteado alguna vez competir? —preguntó Rom.

—Solo hay una carrera en mi vida que me interese ganar —dijo Clark mirando fijamente a Charlize.

Charlize se sonrojó. Rom se quedó callado sin comprender. Clark tomó la mano de Charlize y se alejaron de la pista, caminando hacia la limusina. Lo que todos ignoraban, era que su tío lo había entrenado desde crío en una pista de competición, enseñándole todo tipo de maniobras, pero Clark no estaba

dispuesto a revelar todos sus secretos y menos cuando alguien parecía amenazar su vida.

El chófer salió del coche y se apresuró a abrirles la puerta. Charlize se acomodó en el asiento mientras Clark se ajustaba la camisa, que se le había salido del pantalón durante la carrera.

—Señorita Charlize, le ha llamado su padre —informó el chófer

—Gracias Max —dijo Charlize mientras cogía el teléfono de la limusina. Marcó el número de su padre y esperó.

— ¡Hola papá! ¡Dime! Por mí, bien —dijo mirando a Clark. Será bueno para romper la rutina ¿Quién va? Ok, preparamos la maleta y vamos para allá ¿Ellos ya están ahí? Bien, pues en eso quedamos ¡Adiós!

— ¿Qué quería tu padre? —preguntó Clark.

—Va a salir en el yate junto a algunos amigos y nos ha invitado. Te lo pasarás bien, no va mucha gente.

Clark la miró, no le entusiasmaba la idea pero se llevaba bien con Martin.

— ¡Vale! —exclamó sin ocultar su desinterés.

Charlize sonrió mientras buscaba su mano y apoyaba la cabeza en el hombro de Clark.

Cogieron lo básico y marcharon hacia el puerto donde ya los estaban esperando. En cuanto subieron a bordo, la tripulación soltó amarras y partieron.

Clark observó de lejos a los invitados. Un tipo extremadamente delgado, con unas gafas de sol bastante frikis y un tupé anormal, Frank Lauson y una

mujer alta, muy morena de pelo negro azulado y ojos negros. Lauson fue el primero en levantarse de los cómodos butacones y acercarse a ellos para saludarlos.

Charlize debía conocer bien al directivo porque le mostró un gran afecto, casi como a su padre. El tipo del tupé se limitó a mirar a Clark con aspecto frívolo, parecía algo afeminado. La mujer de pelo negro, era bastante enigmática, levantó su copa a modo de saludo. Martin besó a Charlize y saludo afectuosamente a Clark.

— ¡Veo que te ha convencido! —exclamó Martin. Verás qué fiesta nos vamos a montar, pero que sepas, que hasta el viernes por la noche no volvemos a puerto.

Clark tragó saliva y fingió alegrarse. No quería ser un aguafiestas, pero casi dos días en el mar, no le resultaba una idea atractiva. Aparte de su miedo a las alturas, también el mar le infundía mucho respeto. Quizás porque en todas las películas cuando se hundía un barco, nunca había botes suficientes y decían la famosa frase: “Las mujeres y los niños primero”. Y claro, los hombres a hacer puñetas...

Lauson no dejó de mirarlo durante toda la tarde. Frank Lauson tenía el pelo castaño, plagado de canas. Sus ojos marrones siempre estaban ocultos tras unas gafas de sol ahumadas también de color marrón. Vestía de un modo muy clásico y tenía un aire que recordaba a esos espías de la Cía. en las películas sobre la guerra fría.

Antes de la cena, Clark estaba en la cubierta superior con Charlize admirando las vistas, el Océano en su inmensidad siempre impresionaba.

Lauson se acercó a la pareja para saludarlos y hablar con ellos sobre la cena

que había preparado Martin.

—Voy a ver qué está haciendo mi padre. No me fío de él. Cuando se mete en la cocina siempre incordia al chef —dijo Charlize mientras se alejaba escaleras abajo.

—Bonita noche, ¿verdad?

—Así es. Respondió Clark.

—No es como estar en un sucio almacén jugándote la vida —dijo Frank Lauson, con la vista puesta en el Océano.

Clark lo miró lleno de furia.

— ¿Usted me tendió aquella trampa? —preguntó colérico Clark.

—Así es, Clark.

Capítulo 12

Clark estaba allí parado, mirando a Lauson. Éste parecía ignorarlo.

— ¡Maldito bastardo! —Gritó Clark— ¡Podía haberme matado!

Lauson se giró y lo escrutó con la mirada.

—En ningún momento corriste el menor riesgo, cosa que no puedo decir de los agentes de seguridad con los que te enfrentaste —respondió Lauson.

—Dijo que mi tío me había entrenado bien y que me haría falta para lo que me esperaba ¿Qué quiso decir?

—El mundo en el que se mueve mi ahijada Charlize es muy duro, está lleno de gente que te mataría solo por quitarte lo que tienes. Quería estar seguro de que estarías preparado no solo para sobrevivir, sino también para protegerla.

— ¿De qué conocía a mi tío? —preguntó Clark.

—Hace años era instructor de defensa personal en una base militar de los Marines en California. Un buen amigo lo contrató como jefe de seguridad. Perdí el contacto con él, hará unos treinta años.

Clark se rascó la cabeza, nervioso, eso significaba que su tío dejó el trabajo cuando él nació.

—De manera que, ¿todo fue un juego para comprobar si serviría de guardaespaldas? —dijo Clark.

—Así es Clark. Comprenderé que me guardes rencor por mi acción, pero la seguridad de Charlize es mi mayor prioridad.

Clark agarró a Lauson por las solapas del traje.

—Como ha podido comprobar, sé defenderme... Pero no es lo único que sé hacer. También sé atacar. Vuelva a probarme, y deseará no haber nacido.

Lauson no pestañeó, era un hombre que sabía medir las amenazas, pero nunca dejaría entrever sus emociones.

Clark escuchó reír a Charlize en la cubierta de abajo y decidió bajar. Necesitaba mejorar la compañía.

Lauson observó a Clark mientras bajaba las escaleras. Le había mentado, no fue una prueba y aquello no tenía nada que ver con Charlize. Si Clark resultaba ser quien él creía que era, las cosas iban a cambiar radicalmente para todos.

Sentía el deseo de contarle a Clark toda la verdad, pero no debía. Tenía que ser paciente, en aquella partida había más jugadores. Si no jugaba bien sus cartas, las vidas de Clark y Charlize estarían en grave peligro.

Abajo, Martin ayudaba al camarero a colocar varios platos con todo tipo de pescados, carnes y aperitivos. Charlize se reía al ver lo torpe que era su padre. Clark se limitaba a beberse un Martini y mantener la vista fija en el horizonte. Tomy, el tipo estafalario del tupé, no dejaba de alabar a Martin y decir que todo era muy chic. La mujer de pelo negro, parecía estar en otro mundo, solo a veces posaba la mirada en Clark, en una mezcla de curiosidad y tal vez un poco de deseo lascivo.

Lauson bajó las escaleras y se sentó en una hamaca cercana a Martin.

La cena transcurrió apaciblemente. Tomy actuaba como un bufón y Lauson no dejaba de hablar con Martin sobre unos asuntos de negocios. Charlize agarró del brazo a Tomy y se alejó dando un paseo por cubierta.

— ¿Aburrido? —preguntó la mujer morena.

Clark asintió con la cabeza en un gesto de confirmación.

—No me apasiona el mar ni las convivencias —respondió Clark.

La mujer se levantó y se sentó en el sillón contiguo a Clark mientras le ofrecía la mano. Clark se la estrechó.

—Selena Dax, directora de seguridad de Madison Corp.

—Clark Evans ¿Estás aquí por placer o por trabajo? —preguntó Clark.

—Un poco de ambas cosas —sonrió Selena.

Desde luego Selena era de esas mujeres que quitaban el hipo con su presencia. Al contrario que Charlize, ella no tenía una apariencia frágil, rebosaba seguridad y mostraba un cuerpo atlético, aunque voluptuoso, pero lo que a Clark le resultaba incómodo era su mirada. Parecía como la de un depredador que contemplara a su presa.

—Veo que Charlize está colada por ti. Nunca la había visto así con ninguno de sus pretendientes. Incluso parece agradarle a Martin y él no es de los que se abren a los demás con facilidad.

—Son buena gente —respondió Clark.

Selena alargó la mano y la posó en la entrepierna de Clark.

—Cuando te canses de ella, llámame —dijo Selena.

Clark agarró la mano de Selena y la colocó sobre el reposabrazos de su sillón.

— ¡Por supuesto! Cuando hiele en el infierno —respondió Clark.

Selena, le sonrió seductoramente ignorando sus palabras.

Clark se levantó y salió en busca de Charlize.

—Di lo que quieras pero al final, serás mío —susurró Selena.

Clark se asomó al pasillo de cubierta por donde Tomy y Charlize habían pasado. Los encontró riendo y charlando a voces, decidió no interrumpir. Apuró su copa de Martini y rebuscó en una nevera con hielo hasta dar con una cerveza, la abrió y se sentó junto a Martin.

Madison Corp.

New York.

Lester Madison agarró un pisapapeles de metal y lo estrelló contra la pared. Frente a él, su pequeño hombre de confianza se esforzaba por no temblar.

— ¡Te dije qué necesito esos papeles! —gritó Lester.

— ¡Los tendrá Señor Madison! —respondió el hombrecillo.

Lester se pasó una mano por la barbilla. Su plan no podía fallar, era su última oportunidad.

—Asegúrate de que mi jet privado esté listo el domingo.

— ¡Y más te vale que tenga los documentos en el avión, o ya sabes lo que

ocurrirá! —gritó Lester señalándolo con un dedo acusador.

—No será necesario Señor Madison, le juro que todo estará listo.

Capítulo 13

Clark allí sentado junto a Martin, sentía náuseas al verlo bromear con Lauson. Deseaba agarrar a Lauson y destrozarlo. Solo llevaba unos cuantos días rodeado de millonarios y ya tenía enemigos. Selena ya no le miraba, parecía absorta una vez más en sus pensamientos. Aquello le relajó, sería un problema menos. Se levantó y subió a la cubierta de arriba.

Pasó más de media hora caminando de un lado a otro, sin rumbo, sin ánimos. Consumido por la ira y la impotencia. Deambuló por la cubierta en dirección a la proa, desde allí se podían ver las luces de otros barcos. No estaban lejos de la costa y tampoco eran los únicos que habían tenido la idea de pasar unos días en el mar.

Se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la barandilla. Empezaba a sentirse cargado, de buena gana habría saltado al mar y nadado hasta la isla. Unas horas más tarde, empezaba a relajarse cuando sintió una mano en el hombro. Charlize le ofreció un vaso de whisky y se sentó junto a él. Clark soltó el vaso en la cubierta y agarró a Charlize, que acabó entre sus brazos. Toda la ira se transformó en pasión, la besó con desesperación, casi sin dejarla respirar.

— ¡Vaya! Si llego a saber que mis ausencias te provocaban estas reacciones, me habría ausentado más a menudo.

—Tú, procura no dejarme solo.

—Y... ¿Si lo hago? —preguntó burlona Charlize.

—Salto al mar y me vuelvo nadando.

Charlize se rio. Su risa era melódica y graciosa, néctar de felicidad para Clark. Era curioso cómo horas de negatividad e ira se disipaban ante la sola presencia de Charlize.

—No sé cómo he podido vivir sin ti todos estos años —dijo Clark mientras atraía nuevamente a Charlize contra su pecho.

Charlize lo miró como solo una enamorada puede hacerlo.

—Siempre estaremos juntos Clark. A cada minuto que pasa, estoy más segura de que nacimos para estar unidos.

Clark la besó y apoyó su mejilla en la cabeza de Charlize ¡Dios! Cómo la quería, sería capaz de hacer cualquier cosa por ella. No era su amor, era su vida. Por ella soportaría a todos los Lauson y Selenas de este mundo, nadie conseguiría separarlos.

Ya entrada la madrugada, todos se retiraron a sus camarotes. Charlize que ya rozaba sus límites con la bebida, se quedó dormida nada más tocar la cama. Clark volvía a darle vueltas en la cabeza a todo lo sucedido.

El viernes transcurrió tranquilo, un desayuno poco convencional por la mañana, baño en el mar, almuerzo generoso y por fin regreso a la isla.

Clark evitó despedirse de Lauson y Selena. Estrechó la mano de Martin y tomando a Charlize por la cintura, se alejaron del yate caminando por el embarcadero, en el aparcamiento le estaba esperando su limusina.

Selena, Lauson y Martin continuaron charlando durante unos minutos, luego

juntos emprendieron el camino hasta el aparcamiento. Martin y Lauson se fueron en la misma limusina. Selena subió a una limusina blanca que llegó poco después.

Nada más entrar, pulsó un botón y un cristal tintado subió aislándola del conductor. Sacó el móvil del bolso y pulsó una tecla de marcación rápida.

—Tenía usted razón. Clark va en serio con Charlize. Es posible que ella sea un problema. Si es necesario, puede contar conmigo... Lo haré.

En la suite, Clark se estaba duchando cuando Charlize entró en el cuarto de baño. Lo miró desafiante mientras dejaba caer el albornoz al suelo. Su cuerpo desnudo quedó al descubierto. Clark abrió la mampara de la ducha y tomándola de la mano la introdujo en el interior. Besó su cuello hasta llegar a su mejilla, mientras sus manos se deslizaban por la espalda de Charlize, pero pronto buscaron objetivos más íntimos. Charlize emitió un pequeño gemido al sentir las manos de Clark acariciando sus pechos. La lujuria los invadió, sus besos subieron de intensidad hasta casi volverse bruscos.

— ¡Basta de preámbulos! —susurró Charlize.

Clark la alzó con sus poderosos brazos, mientras Charlize usaba sus piernas para enroscarse sobre él, como si de una serpiente se tratase. Lentamente, sin prisa se amaron hasta quedar exhaustos.

Lester estaba revisando unos documentos, cuando su pequeño hombre de confianza Tadeo Summers se acercó a él.

—Aquí tiene los documentos Señor Madison. —informó Tadeo.

Lester no lo miró, revisó los documentos que le había entregado y los metió en un maletín.

—Bien Tadeo. Te felicito.

Tadeo lo miró con resignación y algo de alivio.

—Si no me necesita, me gustaría marcharme a casa.

—Por supuesto Tadeo.

Leyó y releyó los documentos, todo debía estar perfecto. Su plan pronto estaría en marcha y estaba dispuesto a todo con tal de lograr su objetivo.

Ahora tenía el arma perfecta para conseguir destrozarse a sus enemigos, económica y moralmente.

Demasiados años aguantando la humillación de permitir que otros le quitaran lo que era suyo por derecho de nacimiento. Había llegado la hora de la venganza.

En la suite, Clark se colocó el albornoz y salió a la terraza. La brisa nocturna refrescó su cara. No usar protector solar durante su pequeño crucero, le había pasado factura, pero él odiaba esas cremas aceitosas y pegajosas. Se dejó caer en una de las tumbonas y cerró los ojos. Charlize apareció con una botella de agua. Aunque no solía beber, en el yate se pasó de la raya y ahora la jaqueca la estaba matando. Se echó con pesadez y desgana en la hamaca contigua.

— ¿Qué tal si encargamos la cena? —preguntó Charlize con una mano sujetándose la frente.

— ¡Sin problema! De primero bistec poco hecho para mí y ensalada de paracetamol para ti —dijo Clark con ironía.

— ¡Serás estúpido! —contestó Charlize.

— ¿Te apetece un vasito de ron? —preguntó con malicia Clark.

Charlize tiró la botella al suelo y saltó sobre Clark. La delicada agresividad de Charlize solo servía para provocar la risa de Clark.

La besó mientras sujetaba las manos de su gatita salvaje.

—Yo que tú me estarías quieta o agotaré las escasas fuerzas que te quedan —dijo Clark mordiéndose ligeramente el labio superior.

Lauson cogió una botellita de licor del mueble bar. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre un sillón. Se aflojó la corbata y se sentó en el sofá.

—Rob, espero que educaras bien a Clark...

Desenroscó el tapón y dio un trago que casi consumió la totalidad de la botella.

—No quisiera tener que matarlo —susurró amargamente Lauson.

Capítulo 14

Por la mañana Clark se puso una camiseta y un pantalón corto. Se sentó en una silla y se calzó las zapatillas. Charlize seguía en la cama durmiendo plácidamente. Cerró la puerta de la suite procurando no hacer ruido y recorrió el pasillo hasta llegar al ascensor. Una vez en el exterior del hotel, caminó hasta llegar a la playa. La arena fina compactada por la fuerza del oleaje era ideal para correr y el paisaje amenizaba la marcha. Escuchar el rugir del Océano lo relajaba sobremanera, necesitaba pensar en todo lo sucedido y trazar un plan. No podía fiarse de Lawson, iba de padrino querido, pero no era más que una rata que lo eliminaría si era necesario y desde luego contaba con los medios.

Clark empezó a correr primero de forma suave para preparar las piernas, luego progresivamente aumentó el ritmo. Cuanto más pensaba en Lawson, más rápido corría, la rabia lo impulsaba.

Desde luego podría tener un carácter algo inocente, pero su tío lo había entrenado como a un soldado, no solo a nivel físico. Él parecía saber cosas que Clark desconocía, pero, ¿por qué ocultarle la verdad?

Después de una hora corriendo, se sentó en la arena para descansar un poco. Llevaba el móvil dentro de una funda sujeta al hombro, le gustaba escuchar música mientras corría. Se escuchó la melodía “Eye of tiger”, lo que le

indicaba que estaba recibiendo una llamada. Pulsó el botón de manos libres que venía incorporado en los auriculares y contestó.

— ¿Sí? —respondió Clark.

—Clark, esta noche mi padre va a dar una fiesta en el jardín sur del hotel. Es una fiesta de etiqueta a la que acudirán miembros de la empresa y otras personalidades públicas —explicó Charlize a sabiendas de lo mal que le sentaría a Clark recibir esa información.

—Pues que lo disfrutes Charlize —contestó Clark que ya estaba cargado de tantas fiestas y reuniones en las que no pintaba nada.

—Clark. Mi padre necesita que asistas, quiere presentarte a uno de los directivos que gestionaba la empresa de la que pronto te harás cargo. Sé lo que odias estas fiestas, pero es necesario que vayas.

— ¡Iré! Pero en cuanto hable con esa persona, me marcharé —contestó malhumorado Clark.

— ¿Qué te ocurre Clark? Te noto muy irritado —preguntó Charlize preocupada.

—No me he levantado de buen humor y saber que esta noche tendré que asistir a otra fiesta aburrida donde no conozco a nadie, me resulta realmente insoportable.

—Bueno, mañana nos lo tomamos libre, solo tú y yo. —dijo Charlize con tono conciliador.

—Hasta luego Charlize —dijo Clark pulsando el botón de colgar.

Agarró una piedra y la arrojó contra el Océano. Seguro que en la fiesta estaría

el rastrero de Lauson.

Por la noche Clark pidió a Charlize que se adelantara, necesitaba centrarse, no podía reprimir las ganas que tenía de partirle la cara a Lauson. Se sentía fuera de sí, añoraba los días en casa de su tío, dedicado a sus pequeñas inversiones, solo el ordenador y él. Si no estuviera tan enamorado de Charlize, se marcharía para no volver, no soportaba su nueva vida.

Se ajustó la pajarita y se puso la chaqueta negra del smoking. Respiró profundamente y marchó hacia la fiesta.

El jardín había sido decorado con enormes guirnaldas, estatuas de hielo y una iluminación que otorgaba al evento un aspecto lujoso a la vez que clásico. El padre de Charlize, se debía de haber dejado una auténtica fortuna organizando aquella fiesta y todo para impresionar a sus invitados. Martin no tardó en localizarlo, lo tomó del brazo y empezó a presentarle miembros influyentes de la sociedad, magnates de los negocios e incluso algún que otro actor de cine. Clark sonreía tratando de encajar y sobre todo de parecer agradable pero en el fondo, solo sentía desprecio por ellos. Era como si algo maligno hubiera entrado en su corazón, estaba enfadado y fuera de sí, de creer en los presentimientos o las intuiciones, pensaría que algo malo iba a pasar.

Charlize estaba hablando con un tipo alto y delgado, que según le había informado Martin, era un senador. En cuanto Martin le presentó al directivo de la fábrica de ropa interior, Clark trató de acelerar la conversación para poder largarse de la fiesta lo antes posible, pero todo fue en vano, el directivo no paraba de hablar y Martin no dejaba de preguntar cosas sobre la nueva línea de fabricación. Por fortuna media hora después, el directivo recibió una llamada telefónica y Martin fue reclamado por un cliente. Clark se alejó de

allí a toda prisa, agarró una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba junto a él y se sentó en un banco de mármol que estaba semioculto entre la arboleda.

Desde allí podía ver a Charlize sonriendo a los invitados, radiante, se notaba que estaba en su salsa. Junto a ella, Lauson charlaba con un tipo menudo y bajito que le resultaba familiar.

Bebió de su copa y miró el reloj.

—Las ocho. —Suspiró aburrido.

Escuchó la melodía de su móvil y la vibración que éste emitía bajo su ropa. Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y lo sacó.

— ¿Sí?

Al otro lado, una voz extraña contestó.

—Clark.

La voz sonaba como metálica y deformada, lo que le intrigó. Alguien estaba usando un aparato electrónico para modificar el sonido de su voz.

— ¿Quién es? —preguntó con brusquedad.

— ¡Eso no importa! Le aconsejo que elija con cuidado las compañías. Está en el centro del huracán y nadie es quien parece ser.

—Y usted me avisa porque es un alma caritativa al que le importa mi bienestar, ¿verdad? —contestó irónicamente Clark.

Al otro lado del teléfono habían colgado, pero... ¿Por qué usar un aparato para enmascarar la voz? Aquello preocupó a Clark. Alguien temía que lo

identificara, lo que significaba que era alguien cercano o conocido por él.

Guardó el móvil y abandonó su escondite. Nada más abandonar su escondite, casi tropieza con un hombre pequeño que se cruzó en su camino.

—Disculpe, no lo había visto. —Se excusó Clark— ¿Yo, lo conozco? — contestó Clark entre dudas.

El pequeño hombre se presentó.

—Soy el secretario del Señor Madison.

— ¡Ah! Claro, lo vi en el cóctel.

—Tadeo Summers. —Se presentó.

—Clark Evans.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Si me disculpa Señor Evans, tengo que solucionar algunos asuntos urgentes.

Tadeo con gesto educado, pero serio, se despidió de Clark y se alejó por el camino que llevaba al hotel.

Clark lo observó marchar. Por alguna razón, aquel hombre le intrigaba. Perteneía a ese mundo y parecía ser de los que saben jugar bien sus cartas, su apariencia dócil y humilde no le engañaba, ocultaba algo.

Tadeo sacó el móvil del bolsillo derecho de su chaqueta y se apresuró a desconectar el distorsionador de voz.

Capítulo 15

Clark y Charlize pasaron la mañana del domingo en la piscina, jugando como dos adolescentes, tomando el sol y bebiendo margaritas.

Clark estaba echado en la tumbona con las gafas de sol puestas. Charlize se extendía la crema solar por las piernas, mientras miraba a un animador del hotel que bailaba para entretener a los clientes. Ambas tumbonas estaban muy cerca la una de la otra, para muchos eso podría parecer insignificante, pero para ellos, esos pequeños detalles eran importantes, querían estar lo más unidos posible. Charlize miró a Clark, había caído en la cuenta de que hoy se acababa la semana de lujo en la que se habían conocido.

— ¿Te das cuenta que, de no habernos conocido, hoy te habrías marchado? Jamás habríamos llegado a estar juntos —dijo Charlize.

—No lo creo. Estábamos predestinados a encontrarnos, estoy seguro de que aunque hoy nos separáramos, el destino nos volvería a unir —respondió Clark.

Charlize se limitó a sonreír complacida con la respuesta mientras se tumbaba y cogía la mano de Clark, no recordaba haber sido nunca tan feliz.

—Mañana por la mañana, cuando el servicio de habitaciones nos prepare las maletas, regresaremos con mi padre en su jet privado. Estoy segura de que te encantará mi ático. ¡Me parece mentira! ¡Los dos juntos en New York!

Clark la miró, aunque le entusiasmaba la idea, seguía teniendo un mal palpito.

Unas horas más tarde, después de almorzar en un restaurante de la playa, se descalzaron y pasearon por la orilla del Océano. Les costaba hacerse a la idea de que se tenían que ir, la vuelta estaba llena de ilusiones, pero aquel lugar les había unido. Cogidos de la mano, caminaban en silencio, disfrutando el momento.

Clark pensaba en su nueva vida, ¿la soportaría? No se lo había confesado a Charlize por no preocuparla, pero tenía serias dudas. Se sentaron en la arena y contemplaron la inmensidad del Océano, solo algún beso robaba protagonismo a aquel paisaje.

Después de cenar, Charlize y Clark regresaron a la suite. Por el camino Clark recibió una llamada de Tadeo, el secretario de Lester Madison, para recordarle su cita de esa noche. Clark le dijo a Charlize que tenía un asunto que atender, pero que no tardaría mucho. La abrazó y la besó.

Recorrió el pasillo y tomó el ascensor, solo debía bajar una planta, pero estaba cansado hasta el punto de que bajar un par de tramos de escalera le suponía un gran esfuerzo. Salió con decisión del ascensor dispuesto a terminar cuanto antes esa inesperada reunión y volver al lado de su amada. Cuando tocó al timbre de la suite, Tadeo abrió la puerta y le invitó a entrar.

— ¡Buenas noches Señor Evans! El Señor Madison le espera en el salón.

—Buenas noches Tadeo. —Lo saludó Clark.

Aquella suite era aún mayor que la suya, Tadeo abrió la puerta del salón y esperó a que Clark entrara para cerrarla. Allí sentado en un sillón que recordaba a los tronos de los reyes. Lester Madison hablaba por teléfono.

Lester levantó la mano a modo de saludo y le indicó a Clark que se sentara en un sillón que había junto a él. Clark se sentó y esperó pacientemente a que Lester colgara. Lester continuó hablando durante unos minutos más. Cuando colgó le estrechó la mano.

—Disculpa Clark, los negocios no entienden de días festivos. —Se excusó Lester.

—No se preocupe. En su carta decía que tenía una información importante para mí —dijo Clark que deseaba acabar con aquella reunión. No conocía a Lester y tampoco tenía un interés especial en él.

— ¡Directo al grano! Me gusta —respondió Lester con expresión seria—. Dime Clark ¿Qué sabes de tus padres? —preguntó.

—Mi tío Rob...

Lester tragó saliva y trató de no demostrar desagrado al escuchar a Clark nombrar a su tío.

—Me dijo que mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía apenas unos meses —respondió Clark.

Lester se llevó la mano a la cara y se frotó los ojos. Se mostraba triste y dudoso.

—No sé cómo decirte esto Clark... pero lo cierto es que, nada en tu vida volverá a ser lo mismo cuando conozcas la verdad.

— ¿A qué se refiere? —preguntó Clark preocupado.

—Verás Clark, Rob no era tu tío, de hecho, ni siquiera corría la misma sangre por vuestras venas.

Clark se echó hacia atrás en el sillón, profundamente contrariado.

— ¡¿Qué?!

Lester abrió un maletín y sacó dos hojas que entregó a Clark.

— ¿Qué es esto? —preguntó Clark.

—Son los resultados de dos analíticas y un informe sobre ADN. En el cóctel, te cortaste al coger una jarra que tenía un borde roto y el paramédico del club te realizó una cura ¿Recuerdas?

— ¿Cómo sabe eso? Ni siquiera se lo conté a Charlize.

—Porque yo lo organicé —respondió Lester mirándolo fijamente.

Clark se levantó colérico.

— ¿Se puede saber qué ganaba con eso? —preguntó Clark.

—El paramédico que te inyectó la vacuna contra el tétano, aprovechó para sacarte unas muestras de sangre.

— ¿Mi sangre? ¿Y para qué quería mi sangre?

—Cuando te vi en el cóctel, fue como ver un fantasma y por si eso fuera poco, llevabas puesto el colgante favorito de mi hermano.

— ¿Hermano? —preguntó Clark sin comprender.

—Clark, yo soy tu verdadero tío —dijo Lester observando temeroso la reacción de Clark—. Puedes comprobarlo en los documentos que te he dado.

Clark los revisó a conciencia, por desgracia tenía razón. El que creía era su tío, resultaba ser un impostor y ante él tenía a un completo extraño que

resultaba ser su verdadera familia.

Lester era consciente de que Clark trataba de procesar aquella información y de que su mundo acababa de derrumbarse a sus pies.

Clark se quedó paralizado en el sillón, era incapaz de pronunciar palabra alguna.

—Si usted es mi verdadero tío... ¿Por qué no me buscó en todo este tiempo?

—Porque yo jamás supe de tu existencia. Mi hermano estuvo casi un año fuera y no te voy a mentir, nuestra relación no era muy fluida, pero aun así, yo lo quería, era mi única familia. Tu padre se llamaba Corbin Madison, era como tú. No sabes hasta qué punto te pareces a él. Tu madre se llamaba July, era realmente preciosa. Cuando regresemos a New York, te enseñaré fotos de ellos.

—No se ofenda, pero no voy a regresar con usted. Tengo novia y pienso vivir con ella. —respondió Clark.

Lester lo miró con tristeza.

—Aún no lo sabes todo Clark. Dos días después de que tus padres murieran... —Lester hizo una pausa— Martin Spence surgió de la nada con el cuarenta por ciento de las acciones de la empresa y Frank Lauson, un directivo amigo de tu padre, mostró a la junta directiva un documento por el cual él administraría otro treinta por ciento de las acciones. De repente me encontré con que había perdido a mi hermano en un trágico a la vez que inexplicable accidente y unos extraños me arrebataban la compañía que mi familia había fundado.

— ¿Qué quiere decir con que el accidente fue inexplicable? —preguntó

Clark.

—Clark, tu padre conducía un Aston Martin por una autopista poco transitada en el momento del accidente. Algunos testigos afirmaron que una furgoneta negra los envistió y provocó que volcaran, pero jamás se pudo localizar ese vehículo —explicó Lester.

Clark recordó la furgoneta con la que Lauson lo había secuestrado.

—Hice que mis abogados investigaran el documento de Lauson a conciencia. Lauson perdería su porcentaje de las acciones si un miembro de la familia Madison que no fuera yo, las reclamara. Aquello me escamó porque no tenía sentido, mi hermano y yo éramos los últimos descendientes de nuestra saga familiar. Hasta ahora —dijo Lester levantándose y colocando su mano sobre el hombro de Clark.

Clark se levantó y miró a Lester.

— ¿Me está diciendo que Martin Spence, el padre de mi novia, junto con Frank Lauson su padrino, conspiraron para matar a mis padres? ¿Para apoderarse de la Madison Corp.?

Lester lo miró por unos instantes, se alejó de él y se apoyó contra la chimenea de mármol, dando la espalda a Clark.

—Lo siento Clark. Me gustaría que las cosas fueran de otro modo. A veces la vida nos somete a pruebas que nadie debería tener que soportar.

Clark sintió un mareo, de repente todo le daba vueltas, sus piernas le sostenían, pero su mente se nublaba. Toda su vida era una mentira, Rob lo había secuestrado y alejado de su verdadera familia. Charlize era la hija del asesino de sus padres. La amaba, pero aquel amor se había convertido en un

amor prohibido.

—Lester...

—Sí, Clark. —respondió Lester mientras se giraba preocupado por el estado de su sobrino.

— ¿Puede hacer algo por mí? —preguntó Clark.

—Por supuesto hijo ¡Lo que quieras!

—Necesito marcharme de aquí cuanto antes.

—Por supuesto Clark, dame diez minutos y nos marcharemos en mi jet privado.

Lester se acercó a Clark, lo abrazó y le besó en la frente. Siento que tu regreso a la familia haya sido tan doloroso.

Clark se sentía como muerto en vida, con los brazos colgando, inertes.

Charlize abrió la puerta de la suite con una sonrisa, pero ésta se disipó al ver a un empleado del hotel.

—Señorita Spence. El Señor Evans me ha pedido que le entregue este sobre.

Charlize no entendía nada. Cogió el sobre y cerró la puerta, caminó hacia el salón y se sentó en el sofá.

Con cuidado abrió el sobre, nerviosa sacó la nota que contenía, la desplegó y la leyó con impaciencia.

Lo siento Charlize, pero nuestro amor es imposible. Ahora que conozco la verdad, jamás podré estar junto a ti. No me busques, ni intentes localizarme.

Clark

Charlize estalló en un mar de lágrimas al saber que su único y verdadero amor había desaparecido, tal vez para siempre.

Lejos de allí en el jet privado de Lester, Clark lloraba amargamente mientras veía por la ventanilla del avión alejarse la isla donde estaba su amor y en la que tan feliz había sido.

Capítulo 16

Dos meses después

Charlize circulaba por el centro de New York en su limusina. Dejó el teléfono en la guantera de la puerta y revisó un expediente.

Después de la desaparición de Clark, se sumergió en el mundo de los negocios con la esperanza de que éste la absorbiera hasta el punto de no tener tiempo para pensar, pero llegaba la noche y con ella el recuerdo de su amor, las caricias furtivas...

El coche se detuvo en un semáforo. No podía concentrarse, y acabó arrojando la carpeta con el expediente al asiento delantero. Fuera, una moto se acercaba provocando un ruido ensordecedor.

Cerró los ojos intentando relajarse, pero el ruido se paró justo al lado de su ventanilla. Abrió los ojos y miró molesta al motorista. No podía creer lo que veían sus ojos. Era Clark, se había dejado el pelo largo y vestía de negro de pies a cabeza. Envuelto en una gabardina de cuero que le llegaba casi hasta los tobillos, daba gas a la moto, lo que provocaba el rugido del motor de la Harley Davidson.

Sintió un mar de emociones, rabia, emoción, curiosidad, duda... Pulsó el botón para bajar la ventanilla, pero antes de que la ventanilla bajara unos centímetros, Clark aceleró y se perdió entre el tráfico.

Quedó conmocionada sin saber qué hacer, qué pensar, de repente todo había regresado a su mente con una intensidad brutal. Sin saber si volvería a verlo o quizás solo había sido una burla del destino.

Quince minutos después, el vehículo se estacionó en el parking del edificio Madison, donde estaba la Sede de Madison Corp. Recogió sus cosas y tomó el ascensor. Había una reunión extraordinaria de la directiva, su padre había avisado a Lauson y a ella, parecía muy nervioso. No entendía qué podía ser tan urgente como para convocar una reunión en una época en la que todos estaban muy ocupados con los cierres de campañas y operaciones.

En la puerta de la sala de reuniones, Lauson y su padre conversaban con cara de pocos amigos. Charlize apresuró el paso hasta llegar junto a ellos.

— ¿Qué ocurre papá? He tenido que coger dos aviones para llegar a tiempo —dijo Charlize.

—Lester nos ha convocado a todos con urgencia. Trama algo gordo, de eso estoy seguro —comentó Martin.

Lauson se rascó la cabeza nervioso, él, ya temía lo que podía suceder.

Un agente de seguridad se tocó el auricular que llevaba en la oreja derecha. Se acercó a los directivos que estaban en el pasillo y les invitó a pasar dentro de la sala.

—Señor Spence, el Señor Madison les ruega que vayan ocupando sus asientos, en breve llegará.

Martin lo miró sorprendido, pero... ¿Quién se creía Lester que era para ordenarles nada o hacerles esperar? Él era el que daba las órdenes en Madison Corp. No Lester.

Martin se sentó en el extremo de la enorme mesa rectangular. Charlize y Lauson ocuparon los asientos contiguos. El murmullo en la sala era incesante, nadie sabía por qué estaban allí.

La puerta de la sala se abrió y Lester acompañado de Clark entraron en la sala.

—Disculpen mi tardanza. Les aseguro que está más que justificada.

Lester le pidió a Tadeo que repartiera unos dossiers. Los directivos estaban ansiosos por averiguar qué pasaba, abrían los dossiers y a medida que leían su contenido, se miraban los unos a los otros. Martin mostró el contenido del dossier a Charlize, señalando con el dedo un párrafo. Charlize quedó paralizada.

Lester ocupó su asiento en el extremo contrario de la mesa, Clark se sentó a su derecha.

—Bien. Como pueden ver, mis abogados han estado realizando algunas investigaciones. Todos saben que el Señor Lauson aparte de ser uno de nuestros más brillantes directivos, también es albacea del treinta por ciento de las acciones de esta compañía. Siempre me resultó extraño que mi hermano le otorgara ese poder, en especial después de leer la cláusula veinticinco. Si son tan amables de leerla... Lester hizo una pausa. La cláusula especifica que las acciones permanecerán bajo el control del Señor Lauson hasta que un miembro de la familia Madison, excluyéndome a mí, las reclame. Esto es lo que me resultó más extraño, pues es por todos sabido que yo no tengo hijos y la saga familiar termina con mi persona —explicó Lester, realizando una interpretación al más puro estilo de Hollywood—. Pues bien. Recientemente he recibido una grata sorpresa. He descubierto que mi hermano... —Hizo otra pausa mostrando tristeza— Antes de su trágica muerte junto a mi querida

cuñada July, concibieron un hijo. Tengo el enorme placer y orgullo de presentaros al nuevo miembro de la familia Madison. Clark Madison, mi sobrino.

Todas las miradas se centraron en Clark, cuyos ojos vacíos parecían traspasarlos con la mirada. El antaño joven alegre, ahora era un tipo serio y frío.

Lester se levantó y posó sendas manos en la mesa como medio de apoyo para soltar su próxima andanada balística.

—Dado que yo tengo el treinta por ciento de las acciones de esta empresa y mi sobrino pasa a poseer el treinta por ciento de las acciones que Lauson controlaba, declaro oficialmente ante esta junta directiva que a partir de este momento, —dijo señalando con el dedo índice hacia abajo— Madison Corp. vuelve a estar bajo el dominio de la familia Madison.

Estalló un murmullo por toda la sala. Algunos directivos parecían alegres, mientras que otros mostraban signos de preocupación.

Clark se levantó y salió de la sala. Charlize mantuvo la compostura durante unos minutos, pero finalmente abandonó la sala tras él.

Lester miraba a Martin. Acababa de quitarle el control de la Madison, gracias a la alianza entre Martin y Lauson, Lester había sufrido la gran humillación de ver cómo otros hacían con su empresa lo que les placía. Sus ojos brillaban como una hoguera disfrutando del momento. Su venganza comenzaba y pronto sus planes se harían más ambiciosos. Les haría pagar por cada año que le habían robado el control de su preciada compañía.

Capítulo 17

Charlize corrió por los pasillos tratando de alcanzar a Clark, pero siempre se le escapaba, un recodo del pasillo, alguien se cruzaba, la puerta del ascensor se cerraba... Recordó que lo había visto conducir una moto. Tomó el otro ascensor y bajó hasta el parking.

Miró en todas direcciones, algunos coches la esquivaron y continuaron su marcha mientras tocaban el claxon molestos. Charlize desanimada se dispuso a regresar al ascensor. Allí plantado frente a ella estaba Clark, mirándola fijamente.

Charlize corrió hacia él sonriendo, le abrazó con dulzura. Le parecía mentira poder estrecharlo nuevamente entre sus brazos, por fin estaban otra vez juntos, pero algo fallaba, Clark no la abrazaba. Sus brazos estaban rígidos y solo mostraron síntoma de cobrar vida cuando la apartaron de él.

Charlize miró a Clark y no podía entender aquella mirada tan fría y cargada de ira.

—Bien. Puesto que vamos a trabajar en el mismo edificio y será inevitable que nos veamos, lo mejor será dejar las cosas claras. Por si aún te queda alguna duda al respecto de lo nuestro, entre nosotros ya no hay, ni habrá nada —dijo Clark.

— ¡Pero, cómo puedes decir eso! Estábamos juntos haciendo planes de futuro y de repente me abandonas sin darme ninguna explicación ¿Te parece

razonable tu forma de actuar?

Clark no respondió, ladeó la cara de mala gana, conteniéndose.

— ¡¿Es que todo lo que sentías por mí era mentira?! —preguntó Charlize en una mezcla de rabia y dolor.

—Te quería... —respondió Clark—, pero descubrí algo que lo cambió todo. Algo por lo que solo puedo sentir desprecio hacia tu padre y Lauson. No puedo seguir formando parte de tu vida, Charlize.

—Pero... ¿Qué es lo que sabes qué te ha vuelto en nuestra contra? ¿Acaso mi padre no se ha mostrado siempre atento y comprensivo contigo?

—Está bien ¿Quieres saber la verdad? Pues te la contaré. Mis padres murieron en un supuesto accidente de tráfico. Dos días después tu padre y Lauson, se hacen con el control de la compañía de mi familia.

— ¿Qué estás insinuando? —preguntó Charlize no pudiendo creer lo que había escuchado.

— ¿Insinuar? Yo no insinúo nada.

—Tu padre y Lauson mataron a mis padres para robarles la compañía.

—Clark, no sé quién te ha contado esa mentira, no entiendo cómo puedes creer eso...

—Una última cosa Charlize —dijo Clark señalándole con el dedo índice—. Si no es por asuntos de trabajo, no vuelvas a acercarte a mí.

Clark la dejó allí, conmocionada, mientras él se alejaba dentro de las entrañas del parking.

Charlize regresó al ascensor y esperó a que las puertas se cerraran. Pulsó el botón de parada y trató de contener las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. No podía mostrarse débil en el trabajo, respiró profundamente y pulsó nuevamente el botón. Marcó la planta veintidós. El ascensor chirrió hasta ponerse en marcha y comenzar su ascenso.

Lauson no sabía qué hacer con Clark, su peor pesadilla se había convertido en realidad. Clark y Lester tenían el control de la Madison Corp. Ahora nadie podría pararles, al menos no de forma legal. Después de despedirse de un hundido Martin y una Charlize que parecía apenas tener fuerzas para mantenerse en pie, condujo camino a casa, pasando por una de las carreteras secundarias que solía transitar cuando estaba nervioso. Necesitaba disfrutar del paisaje y relajarse, aunque solo fuera durante unos minutos, lo que durara el trayecto. Las filas de naranjos daban un toque poco usual para aquella época del año. Se agradecía el colorido de las hojas verdes y las naranjas ya maduras. La carretera parecía estar en obras, había alguna que otra señal que avisaba de obreros trabajando y control de velocidad. Unos kilómetros adelante había un furgón en el que varios obreros parecían estar almorzando. Uno de ellos, con un casco y un chaleco reflectante, le indicaba con una señal de stop que parara.

Lauson aminoró hasta parar el coche por completo.

El hombre de la señal de stop era alto, con barba de varios días, parecía estar en buena forma. Se acercó al coche y tocó en la ventanilla con la mano.

—Disculpe, hay un tronco caído a unos seis metros de aquí. Tardaremos unos minutos en retirarlo.

—Bueno, no se preocupe, no tengo prisa. —respondió Lauson sonriendo.

De repente escuchó cómo la puerta del acompañante se abría, cuando miró hacia allí, un hombre lo estaba encañonando. El obrero que le había hecho parar, arrojó la señal a la cuneta, abrió la puerta y le golpeó con una pequeña porra, dejándolo sin sentido.

Cuando Lauson recobró el conocimiento, estaba en una habitación a oscuras. Le dolía horriblemente la cabeza, pero trató de centrarse, necesitaba saber dónde estaba.

Fuera todo era silencio, pero por debajo de la puerta se filtraba una débil luz que no parecía ser de origen artificial. Intentó soltarse las manos, pero lo habían atado a conciencia. No tenía escapatoria.

La puerta se abrió y la luz del sol lo cegó por unos instantes. Cerró los ojos durante unos segundos tratando de acostumbrarse a la claridad. Escuchó cerrar la puerta y pulsar un interruptor. Lauson abrió los ojos. La luz de la bombilla le resultaba menos molesta. Frente a él, un hombre con una máscara lo miraba sin decir palabra.

— ¿Qué quieres de mí? —preguntó Lauson.

Aquel hombre ni se inmutó, como si la pregunta no fuera con él. Se limitó a levantarse y propinarle un puñetazo que le partió el labio inferior. Podía sentir cómo la sangre resbalaba por su barbilla.

Observó cómo el tipo se sentaba y se quitaba la máscara.

Lauson no podía creerlo, era Clark. Lo miraba con una sonrisa llena de crueldad.

—Como puedes ver... Yo también puedo secuestrar a quien me plazca. Es curioso lo fácil que es realizar este tipo de acciones cuando tienes dinero.

Supongo que debes estar sorprendido. El jovencito débil e inexperto te ha ganado en tu propio juego.

— ¿Qué crees que pensaría Charlize si supiera lo que me has hecho? — preguntó Lauson.

—No sé, ¿quizás lo mismo que si se enterase de lo que tú me hiciste a mí? — Respondió Clark— Dime Lauson, debió ser agradable pasar de directivo a propietario, y que tu amiguito Martin fuera tu socio, tampoco debía estar mal. Lo que me cuesta entender es por qué me secuestraste y me tuviste todo este tiempo engañado.

—Clark las cosas no son tan sencillas... Queríamos protegerte.

— ¿Protegerme? ¿De quién?

—De tu tío —respondió Lauson.

— ¿De mi tío? Claro, es cierto. Sois verdaderamente generosos. Mientras mi falso tío me sometía a entrenamientos militares que me provocaron mil y una lesiones, viviendo en la miseria, vosotros disfrutabais del lujo y la opulencia que os proporcionaba el dinero de mi familia.

Clark agarró del pelo a Lauson.

— ¡Muchas gracias por todo! Dime ¿Por qué mi falso tío me adiestró como a un asesino? ¿Cuál era vuestro plan? —preguntó Clark.

—No queríamos convertirte en un asesino. Solo buscábamos que no fueras una víctima más a manos de tu tío —respondió Lauson que trataba de no gritar al sentir cómo Clark tiraba con fuerza de su pelo.

— ¡Ah, claro! Ahora lo entiendo. Mi tío Rob me preparaba para ser un

asesino eficiente, luego me lavaríais el cerebro con vuestras mentiras y seguramente me convenceríais para que matara a mi verdadero tío. Con él muerto y yo en la silla eléctrica, la Madison sería vuestra sin restricciones.

—Clark no hagas esto, Charlize...

Lauson no tuvo tiempo de terminar la frase. Clark le cerró la boca con la mano.

—Da las gracias a Charlize. Si no fuera por el dolor que vuestra muerte le causaría, no dudaría en acabar con vuestras miserables vidas.

Un tipo alto entró en la habitación. Se paró en la entrada, mirando a Clark como si esperara alguna orden.

— ¡Dejadlo ir! —dijo Clark mientras salía de la habitación.

Capítulo 18

Lauson entró en su coche, arrancó el motor y se alejó de allí. Por el camino, hizo una parada y llamó a Martin.

— ¿Diga? —contestó Martin indiferente.

—Clark es consciente de lo que hicimos. —transmitió Lauson.

Martin tragó saliva.

—Y... ¿Cómo ha reaccionado? —preguntó Martin nervioso.

—Casi me mata —respondió Lauson.

— ¿Le has explicado qué lo hicimos para protegerlo?

—Es inútil, no me cree. Su tío lo ha manipulado a conciencia, será mejor que tengamos cuidado con él.

Martin colgó el teléfono. Sacó una foto que tenía guardada en un cajón de su escritorio. Era la misma foto que tenía Lauson en la que aparecían Lauson, Rob, el padre de Clark y él.

— ¿Qué hago con tu hijo Corbin? —preguntó en vano, consciente de que no obtendría respuesta.

Colocó la foto en el escritorio, ya no tenía por qué seguir ocultando su relación con Corbin Madison o Rob Evans. Ahora todo su plan para proteger

a Clark había sido mal interpretado y no tenía prueba alguna que corroborara sus buenas intenciones. Charlize estaba destrozada y Clark lo odiaba.

— ¡Maldita sea! —gritó Martin golpeando la mesa.

Cuando por fin Charlize había encontrado un buen hombre y era feliz, él lo había fastidiado todo, pero quién podía haberse imaginado que Clark se pondría en su contra.

Clark regresó al edificio Madison, su tío había dispuesto un despacho cerca del suyo. Pasó junto a su secretaria particular, la saludó y entró en el despacho. Colgó la gabardina en un perchero y caminó hacia su mesa. Se sentó y revisó su correo. Apenas unos minutos después llamaron a la puerta.

— ¡Adelante! —gritó Clark.

Normalmente se mostraba serio, nunca sonreía, pero trataba a todo el mundo con palabras amables. Al fin y al cabo, ninguno de los trabajadores tenía la culpa de sus problemas.

Un hombre de unos sesenta años con traje de conserje estaba parado en la puerta. La expresión de Clark le intimidaba claramente, pues no se atrevía a traspasar la puerta.

—Señor Madison, la Señorita Charlize me ha pedido que le entregue unas maletas.

Clark recordó que se fue sin avisar y no recogió, ni mandó recoger su equipaje.

—Gracias. ¿Puede dejarlas junto al mueble archivador? —Pidió Clark—
Pensándolo mejor —dijo Clark levantándose y caminando hacia el conserje.

— ¿Le importaría llevarlas a mi hotel? —preguntó Clark.

El conserje lo miró algo contrariado.

—No sé si me dejarán abandonar mi puesto —respondió tímidamente.

—Dígale a su superior que se lo ha ordenado Clark Madison. —Sacó un fajo de billetes y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

—Señor, no es necesario...

— ¿Cuál es su nombre?

—Jeff, Señor Madison.

—Mire Jeff, llevar las maletas a mi hotel no es su trabajo, es un favor personal que yo le agradezco con una gratificación.

—Gracias Señor Madison —respondió el conserje sonriendo.

Recogió las maletas y cerró la puerta del despacho al salir.

Clark regresó a su mesa y continuó con su trabajo. Su tío le asignó una serie de operaciones para que las supervisara y esperaba un informe con urgencia.

Un pensamiento cruzó su mente. Las maletas le recordaron los documentos y la carta con la última voluntad de Rob, pero había algo más. Sacó la cartera del bolsillo y abrió el compartimento donde guardaba las monedas, allí estaba la pequeña llave que encontró en el sobre de su tío, pero seguía sin saber qué abría.

Cogió el teléfono y llamó a Tadeo. El secretario de su tío parecía el tipo de hombre que conseguía cualquier cosa que se le pidiera.

—Tadeo ¿Puede venir a mi despacho por favor? Gracias.

Tadeo tenía su despacho justo entre su tío y él, por lo que apenas si tardó unos minutos en presentarse.

— ¿En qué puedo servirle Señor Madison?

Clark le mostró la llave.

— ¿Tiene idea de qué puede abrir?

— ¿Me permite? —dijo Tadeo tomando la llave de manos de Clark.

Después de examinarla brevemente y mirar la pequeña numeración, respondió con indiferencia.

—Es una llave de caja fuerte, por la numeración, es del Densey Bank. Es un banco que está a unas dos manzanas de aquí.

Clark quedó impresionado con los conocimientos de aquel pequeño hombre. Estaba claro que su apariencia provocaba que los demás lo subestimaran, pero era alguien a tener en cuenta para bien y para mal.

Clark agradeció a Tadeo la información, se puso la chaqueta y decidió visitar ese banco. Necesitaba saber por qué tenía esa llave y qué misterio encerraba.

Cuando llegó al banco, se acercó a una de las mesas para preguntar. Un hombre de unos cincuenta años, de pelo canoso y con algo de sobrepeso rebuscaba en un cajón, al parecer buscando algo sin mucho éxito. Cuando levantó la vista y lo vio, le sonrió de esa forma en la que solo te saludan los banqueros. Entre molestos y amables. Clark pudo ver una pequeña placa en la mesa que rezaba Subdirector.

— ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Verá, tengo esta llave. Me han dicho que es de una caja fuerte, pero lo

cierto es que yo no tengo abierta ninguna cuenta.

El subdirector le pidió la llave e introdujo la numeración en el ordenador. Cuando vio a quién pertenecía la cuenta, su rostro palideció.

—¿Me permite usted alguna identificación?

—Clark le entregó su carnet de conducir. Por fortuna el dinero aceleraba mucho los trámites y cambios de nombre.

—Por favor, acompáñeme si es tan amable.

Los dos pasaron delante de un vigilante de seguridad que les abrió una puerta. Recorrieron un estrecho pasillo en el que había varios habitáculos cerrados. El subdirector abrió uno y lo invitó a entrar y esperar allí sentado a que él regresara.

Clark se acomodó en aquella angosta habitación en la que solo había una mesa y una silla de aspecto incómodo. Cuando regresó diez minutos después, traía entre las manos una caja metálica color plata.

—Cuando usted termine, avíseme.

Clark asintió con la cabeza y el hombre se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Levantó la tapa de la caja, dentro solo había una grabadora, unos auriculares y un paquete con dos pilas. A esas alturas, pocas cosas le sorprendían. Rasgó el plástico y cogió las pilas, las instaló en la grabadora y conectó los auriculares. Pulsó el play y allí estaba la voz de un extraño que decía ser su padre.

—Hola Clark. Soy Corbin Madison —la voz hizo una pausa—. Tu padre. Si

estás escuchando esta grabación, significará que tanto tu madre como yo, hemos muerto. Siento no haber podido estar contigo durante todos estos años, en especial en estos momentos que estoy seguro serán especialmente duros. Espero que Rob haya cuidado bien de ti. Te pido disculpas por el duro entrenamiento al que me imagino te ha sometido. Me gustaría que hubieras crecido de otra forma como el resto de niños, pero le rogué que te educara para no acabar siendo una víctima como tu madre y yo. Rob era mi guardaespaldas personal y mi mejor amigo, por eso le pedí que si algo me pasaba te ocultara de tu tío. Sí, Clark, no debes confiar en Lester. Hace años que intenta arrebatarme la compañía. Su ambición no tiene límites y hará lo necesario por conseguirla. Para evitar que se hiciera con ella, dispuse en mi testamento que mis dos buenos amigos Martin Spence y Frank Lauson administraran mis acciones. Designé a Lauson como albacea del treinta por ciento de las acciones porque tenía la esperanza de que algún día pudieras regresar y tomar el control de la compañía. Sí, dejé el otro cuarenta por ciento en manos de Martin, espero que sepas perdonar mi desconfianza, fue para evitar que en caso de que tu tío consiguiera manipularte en su favor, la compañía quedara en su totalidad bajo su poder. Hijo mío, ten cuidado. Si Lester descubre que has escuchado esta grabación, acabará contigo y con cualquier persona que te importe.

Clark paró la grabadora. Pensó en Charlize y se sobresaltó. Ahora que conocía la inocencia de Martin y Lauson, debía mantener las apariencias para que Lester no acabara con sus vidas. Se estremeció al pensar lo que le había hecho a Lauson aquella misma mañana. Accionó nuevamente el botón del play.

La voz se debilitó, casi parecía un susurro.

—Te quiero hijo. ¡Ojalá las cosas hubieran sido de otra forma!

La grabación se cortó súbitamente.

Clark guardó la grabadora en el bolsillo interior de su gabardina, tocó un timbre y devolvió la caja vacía. Después de pedir un documento que acreditara que la cuenta realmente pertenecía a su padre, abandonó el banco a toda prisa. Una vez en la calle, marcó un número que esperaba no tener que marcar jamás.

— ¿Sí? —respondió una voz bastante quebrada y desagradable.

—Soy Clark. Rob me dijo que te llamara si necesitaba mercancía.

— ¿Tienes pasta?

—Sí.

— ¿Qué necesitas?

—Un pack especial —respondió Clark.

—Un especial ¿Vas a derrocar un Gobierno?

—Algo parecido —respondió Clark con tono cortante.

—Trae diez mil pavos a la cuarenta y siete, esta noche a las tres de la madrugada, ven solo o no apareceré.

Clark colgó. Ahora que sabía la verdad, comprendía su adiestramiento. No lo entrenaron para ser un asesino, lo entrenaron para ser un protector.

Capítulo 19

Charlize estaba sentada en la terraza de su ático, intentando recomponer su mente. No podía dejar de recordar una y otra vez, palabra por palabra, la conversación con Clark. Si algo tenía claro era que su padre nunca habría participado en aquella conspiración. Era un tipo rudo y áspero en los negocios, pero se mantenía íntegro. Tomó de la pequeña mesita que tenía junto a ella, un vaso con ron, dio un pequeño trago y lo dejó nuevamente sobre el cristal.

Quizás todo fue una aventura, todo había ocurrido muy rápido. De un día para otro pasaron de ser unos completos desconocidos, a estar profundamente enamorados. Fue un auténtico flechazo, desde la primera mirada algo nació entre ellos. Recordó cómo sentía el deseo de llamarlo al día siguiente de haberlo conocido, la complicidad, su sentido del humor, su inocencia en contraste con el hombre triste y lleno de odio en el que se había convertido. Rebuscó en el bolsillo de su pantalón hasta dar con el móvil. Tocó un par de teclas hasta llegar a la galería fotográfica. Pulsó sobre la primera foto, allí estaba Clark con sus bermudas y su camiseta, riendo con su padre mientras navegaban en el yate. Tenía otras fotos en las que aparecía elegantemente vestido, mirando a los demás con ojos temerosos e inseguros. Hizo esas fotos cuando Clark no la veía. Siguió pasando foto tras foto, reavivando el dolor con cada una. Dejó el móvil en la mesita y se reclinó en la tumbona de mimbre. Por unos instantes observó la terraza. Debía tener unos sesenta metros cuadrados, estaba flanqueada a cada lado con maceteros en los que

había plantadas diferentes variedades de rosas. En aquella época, era el único sitio de la casa en el que se sentía en paz, pero aquellas bellas flores le recordaban demasiado a la vegetación de Hawái, no estaba segura de poder volver a ese hotel nunca más.

Clark seguía en su despacho, buscó en internet vídeos y grabaciones de sonido para verificar la voz de su padre. Ya había sufrido demasiados engaños como para confiar en nada ni nadie. Eran ya las nueve de la noche, pero no tenía ningún interés en regresar a su habitación de hotel. Lester le ofreció vivir con él en su mansión pero Clark, necesitaba mantener distancias y ahora que conocía la verdad, le repugnaba el solo hecho de escuchar su voz al teléfono. La puerta del despacho se abrió, lo que extrañó a Clark. Selena cerró la puerta y caminó hacia él. Llevaba puesta una blusa azul bastante ajustada y una minifalda. Para ser jefa de seguridad, vestía de lo más provocativa.

Selena se sentó en el borde de la mesa.

— ¿No te vas a casa? —preguntó con voz susurrante.

—Eso mismo podría preguntarte yo —respondió Clark con tono cortante.

— ¡Tranquilo tigre! Vengo en son de paz. Tenía que revisar algunas incidencias.

Clark se levantó, abrió el mueble bar y sacó una botella de whisky. Destapó la pequeña cubitera y tomó con una pinza un par de cubitos de hielo que dejó caer en un vaso de cristal de aspecto robusto. Desenroscó el tapón de la

botella y vertió parte del whisky hasta llenar el vaso sobre la mitad. Iba a dar un trago cuando Selena se le adelantó, le quitó el vaso y bebió su contenido de un solo sorbo. Clark se limitó a ignorarla y servirse otro vaso, esta vez tuvo la precaución de sujetarlo.

—Bien, ya has tomado un trago, te sugiero que te marches —dijo Clark mientras cruzaba el despacho y se sentaba en un sofá.

Selena parecía querer algo más porque no solo lo siguió, sino que además lo flanqueó con sus piernas, sentándose sobre él.

Clark la miró con frialdad.

—Ahora que no estás con esa niña pija ¿Podríamos pasar los dos un buen rato? —Sugirió Selena— Sin compromisos ni ataduras ¿Qué te parece? —preguntó Selena llevándose un dedo a la boca, simulando una actitud inocente.

Clark la agarró de la cintura y la tiró al costado del sofá.

—No pongas a prueba mi educación ¡Márchate! O te echaré yo mismo —ordenó Clark.

—Vaya, el niño sigue coladito por la niña pija. Pues tú te lo pierdes, estoy segura de que esa mojitata no te haría disfrutar en la cama como lo haría yo —dijo Selena ajustándose la falda. Le dedicó un beso y se marchó.

Por el pasillo llamó por teléfono a Lester.

—Señor, es inútil. Sigue enamorado de Charlize.

Colgó y se dirigió a la zona de ascensores.

Lester estaba sentado en un viejo sillón frente a la chimenea, contemplando el

fuego, en sus manos tenía una foto de Charlize y de Clark que habían tomado sus agentes mientras los espiaban en Hawái, miró la foto de Clark.

— ¡Maldito Clark! Lo estás complicando todo. Eres igual que tu padre, débil y sentimental.

Sus planes se estaban viniendo abajo, necesitaba que Clark manifestara su odio hacia Lauson y los Spence de forma abierta y pública, de esa forma cuando él los matara a todos, las sospechas recaerían sobre Clark y con algunas pruebas falsas por aquí y algún soborno policial por allá, acabaría en el corredor de la muerte y él, como único dueño de la Madison Corp.

Lanzó las fotos a la chimenea y durante unos minutos contempló en silencio cómo se deformaban hasta acabar consumidas por el fuego.

Solo una cosa podría conseguir que Clark perdiera la cabeza y cometiera los errores que él necesitaba para lograr sus planes.

Sacó el móvil y llamó a Selena.

— ¿Señor Madison?

—Haz los preparativos necesarios... Quiero a Charlize muerta antes de que acabe la semana. Lester colgó el teléfono, mientras una mordaz sonrisa se dibujaba en su boca.

Clark tomó de un bolsillo de su gabardina una foto de Charlize. Deambuló por el despacho hasta quedar de pie junto a la cristalera. Ahora que conocía la verdad y podía retomar su relación debía seguir manteniendo las distancias y

las apariencias. Aun a sabiendas del daño que esto le haría a Charlize. ¿Hasta dónde tendría que llegar para evitar que su tío le hiciera daño? No podía soportar la idea de acabar viéndola con otro o peor aún, casada. Miró la foto con tristeza, deseando estar junto a ella. En estos momentos podría haber estado en su ático, abrazándola, besándola... Guardó la foto y se marchó de la oficina, debía prepararse para su reunión clandestina.

Lejos de allí, Selena aleccionaba a sus agentes, planificando el secuestro y asesinato de Charlize. Varios de ellos estudiaban la casa donde la mantendrían secuestrada, otros reunían y revisaban el armamento. Selena sonreía sentada en el maletero de uno de los coches mientras se comía una manzana. Disfrutaría acabando con Charlize, sería divertido ver cómo Clark se derrumbaba, a ella nadie la rechazaba y él, lo había hecho dos veces.

Capítulo 20

Al día siguiente, Clark estaba revisando unos papeles poco interesantes y de escaso valor cuando recibió la llamada que esperaba.

— ¿Sí?

—Le envió archivo al correo con la información —dijo una voz de mujer.

—Gracias. —respondió Clark.

Revisó el correo en un portátil personal que él había comprado el día anterior. No confiaba en su tío y teniendo en cuenta que ese despacho lo reformó y habilitó específicamente para él, menos aún podía confiar en nada que estuviera dentro de aquella habitación. Estaba seguro de que debía haber cámaras, micrófonos y virus en el ordenador. Activó el correo y leyó el informe, el resultado fue inesperado en extremo. Jamás pensó que aquella persona fuera la que le llamó aquel día con número oculto y distorsionador de voz.

Tocaron a la puerta del despacho, Clark cerró el portátil y lo guardó en un cajón. Su tío entró con paso decidido y aire de preocupación.

—Buenos días Clark, me acaba de llegar esto de mis abogados —dijo Lester entregando los documentos a Clark.

— ¿Qué son? —preguntó Clark sin interés.

—He pedido que redacten nuestros testamentos. No estoy dispuesto a que nadie que no sea un Madison consiga quitarnos la empresa. Yo ya he firmado el mío, en él te lego no solo mis acciones de la compañía, serás el heredero de todo mi patrimonio. Nadie salvo tú, disfrutará de mis bienes. Al fin y al cabo, tú llevas mi sangre —dijo Lester bordeando la mesa de Clark y apoyando su mano en el hombro de Clark.

—Tienes razón tío. No podemos permitir que nos vuelvan a robar la compañía.

Clark firmó el documento, se quedó con su copia y devolvió el resto a su tío que le dedicó una gran sonrisa mientras abandonaba su despacho.

Clark observó la puerta cerrada durante unos minutos y luego regresó al trabajo.

Al medio día, bajó al comedor de la compañía. Los altos ejecutivos tenían reservada un área privada, no se mezclaban con los trabajadores. Clark sabía que aquella área era de unas dimensiones lo suficientemente íntimas como para sentirse incómodo comiendo cerca de Charlize, por lo que decidió almorzar en el comedor de los trabajadores. Después de servirse algo de comer en la línea de buffet, para su sorpresa casi tira la bandeja al suelo al chocar con Charlize, que en ese momento avanzaba en dirección opuesta, bandeja en mano. Ambos quedaron mirándose, sin hablar, sin saber qué decir, fingiendo que aquel bello amor que un tiempo atrás los embargó, ya no existía.

Un tipo alto de pelo castaño y ojos negros se acercó a Charlize. Era bien parecido, no muy atlético, pero parecía tener confianza con ella.

—Tom Brians —dijo ofreciéndole la mano a Clark.

Clark se la estrechó, miró fugazmente a Charlize y se alejó de allí sin mediar palabra. Ocupó una de las últimas mesas y agarrando de mala gana el tenedor, atravesó un par de patatas fritas y se las llevó a la boca.

Para su desgracia, Charlize se sentó en la misma sala. Podía escuchar sus risas, aquel hombre parecía caerle especialmente bien. Sentía ganas de odiarlo, pero... ¿Qué culpa tenía él? Tal vez fuera lo mejor, Charlize merecía ser feliz. Por su parte, él estaba atado de pies y manos, un movimiento que revelara un acercamiento hacia ella o que demostrara su amor y su tío la mataría. Después correría la misma suerte Martin y Lauson, morirían por haber cometido un único pecado, quererlo y haberlo protegido.

Finalmente no pudo más, aquellas risas le consumían el alma. No podía soportar la idea de que ella ya le hubiera olvidado y estuviera pasando página con aquel tipo. Agarró la bandeja y tiró su contenido a un enorme cubo de basura.

Desde el otro lado Charlize pudo ver cómo tiraba la comida y se marchaba sin almorzar. Por unos instantes bajó la vista con tristeza, pero su acompañante le pidió opinión sobre una operación de negocios y tuvo que obligarse a responder y fingir estar bien.

Clark regresó a su despacho y se acercó a su secretaria, que en esos momentos estaba muy ocupada escribiendo un informe.

—Melinda, necesito que entregues esta nota. Si te pone alguna traba, dile que es importante —explicó Clark a su secretaria que le miraba algo confundida.

Abandonó el edificio y regresó a su habitación de hotel.

Lester estaba eufórico, ya tenía el testamento de Clark, Charlize pronto sería historia. Pensó que quizás pudiera implicar a Clark en su muerte, nadie

dudaría de un amante resentido que mata a su ex pareja. Sonrió, en cualquier caso de una forma u otra, Clark acabaría muerto.

— ¡La Madison será mía! —Exclamó Lester— Como debió ser desde un principio. —Añadió como si estuviera hablando ante un público que lo admirara. Conectó el equipo de música y marcó una canción de Wagner.

Bailó con una copa en la mano izquierda, mientras simulando tener una batuta en la mano derecha, dirigía a una orquesta imaginaria.

Por la noche, Clark se enfundó su gabardina y bajó al parking del hotel. Allí le esperaba su Chevrolet Camaro negro. Dos franjas blancas surcaban el coche desde el capó hasta el maletero, pasando por el techo. Introdujo la llave en el contacto y arrancó el motor. Aquella noche tenía una conversación pendiente, alguien le daría explicaciones o sus manos acabarían con una vida. Había perdido a Charlize, pero aún le quedaba la venganza.

Salió del parking formando un enorme estruendo y quemando ruedas. Los empleados del hotel lo miraron asustados, pero Clark tenía claro que no le importaba lo más mínimo lo que la gente pensara de él. Cuando tienes dinero todos te perdonan los agravios que les haces.

Cuando llegó al edificio Clarkson, apenas unas luces lo iluminaban. Había pagado al vigilante nocturno para poder subir hasta la azotea. Allí nadie los molestaría, tomó el ascensor y subió hasta la última planta. Abrió la puerta de la azotea y salió fuera, junto a un extractor de aire estaba Tadeo, esperándole con cara de no saber qué hacía allí.

Clark no estaba para presentaciones o charlas inteligentes, al más puro estilo "*Sherlock Holmes*". Agarró a Tadeo por las solapas de la gabardina y lo arrastró hasta el borde de la cornisa. Tadeo gritaba aterrorizado al ver que uno de sus pies colgaba en el vacío.

— ¡¿Qué hace señor Madison?! ¡¿Está loco?!—gritaba Tadeo.

—Grita cuanto quieras, nadie te va a oír, y el vigilante te garantizo que no dirá nada cuando te vea caer y destrozarte contra el suelo.

— ¿Pero, qué le he hecho yo?

— ¿Por qué me llamaste distorsionando tu voz y con número oculto en Hawái? —preguntó Clark.

—No sé de qué me habla —respondió Tadeo.

—Tengo un informe telefónico que dice lo contrario. Los hackers bien pagados saben encontrar cualquier información, incluida la de empresas de telefonía, pero si no quieres hablar, no me sirves. Espero por tu bien que sepas volar.

— ¡Nooo!— gritó Tadeo. ¡Usted no lo entiende, si hablo, su tío me matará!

—Y si no lo haces, te mataré yo —respondió fríamente Clark.

—Me da igual lo que me pase a mí, Lester tiene a mi mujer.

Clark tiró de él hacia la azotea. Tadeo cayó de rodillas, jadeando.

—Explícate o volverás a pasear fuera de la azotea —le gritó Clark.

—Mi mujer está en coma. Tiene una enfermedad muy grave y la única forma de evitar que muera es suministrándole una medicina experimental. Es

demasiado cara y no está a la venta. Si no hago todo lo que su tío me ordena, dejará de suministrarle el medicamento. Compréndalo Señor Madison, no puedo dejarla morir, es lo único que tengo en esta vida. No me queda nada salvo poder visitarla en el hospital.

Clark le dio la mano y le ayudó a levantarse.

— ¿Por qué me avisaste de que tuviera cuidado con los que me rodeaban? — insistió Clark.

—Usted no es como su tío, por muy frío y brusco que se muestre con todo el mundo. Me recuerda a su padre, no solo en el físico. Su tío odiaba a su padre porque él era humano. Trataba bien a todo el mundo y se preocupaba por los demás. Su tío solo piensa en ganar dinero y acabar con todos los que le suponen un problema.

—Este es el trato —dijo Clark mirándolo a la cara por primera vez en mucho tiempo con los ojos del inocente Clark— Yo me encargo de sacar a tu mujer de ese hospital y de que no le falte su medicación, pero a cambio seguirás trabajando para mi tío y me tendrás al tanto de sus movimientos.

Tadeo dudó.

— ¿Crees que tu mujer querría esta vida para ti? Siempre pisoteado por mi tío y haciendo cosas que te avergüenzan.

Tadeo levantó la vista.

— ¡Acepto! Con una condición.

— ¿Cuál?

—Que pateemos el asqueroso culo de Lester.

Ambos hombres se estrecharon la mano, decididos a cumplir con su parte del trato.

—Cuenta con ello Tadeo, te aseguro que le haré pagar.

Capítulo 21

Charlize estaba en su ático, se obligó a sí misma a dar una pequeña fiesta, pero no podía engañar a nadie. Echaba de menos a Clark, sus ocurrencias que la sacaban de quicio o que daban la nota en un mundo de lujo y superficialidad. Se apoyó en la barandilla disfrutando de sus recuerdos.

Justo enfrente, Clark la observaba desde una ventana. Ardiendo en deseos de cruzar la calle y besarla, pero sabiendo que su oportunidad ya había pasado. Dejó caer al suelo la única foto que tenía de Charlize y se alejó de la ventana.

Charlize miró al frente, como si hubiera sentido la presencia de Clark.

— ¡Es imposible! —dijo y se reunió con sus invitados.

Por la mañana, Martin estaba corriendo por el parque, seguido de sus guardaespaldas, podía sentir cómo el sudor resbalaba por todo su cuerpo. Con chándal no parecía un millonario, solo un corredor más. Uno de los guardaespaldas se acercó con el móvil en la mano.

—Señor una llamada, dicen que es muy urgente.

— ¿Sí? —respondió Martin tratando de recuperar la respiración.

—Tenemos a su hija, si avisa a las autoridades, no la volverá a ver con vida
—dijo aquella voz susurrante y metálica.

Martin quedó paralizado, el sudor se volvió frío, su hija secuestrada... Marcó

el número de Lauson y se llevó el teléfono a la oreja.

— ¡Lauson han secuestrado a Charlize!

Al otro lado del teléfono solo se escuchaba una respiración, Lauson era incapaz de pronunciar palabra.

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lauson.

—No lo sé, habrá que esperar y ver qué quieren —Respondió Martin mientras se secaba el sudor de la frente con la mano—. Me marcho a casa por si vuelven a llamar —dijo Martin muy alterado y con voz temblorosa.

Lauson colgó el teléfono y salió del despacho, subió por las escaleras, se detuvo y dio un puñetazo a la pared. Con todos los recursos de que disponía y no podía hacer nada para rescatar a Charlize.

Abrió la puerta que comunicaba con la planta superior y se dirigió hacia el despacho de Clark. Éste acababa de llegar, ni siquiera había soltado la gabardina cuando Lauson entró en el despacho y cerró la puerta.

—Tenemos que hablar —dijo Lauson.

—Pues tú dirás... —respondió Clark sentándose tras el escritorio.

—Sé que no confías en mí, ni en Martin, pero yo sí confío en ti, lo que te voy a contar no puede saberlo nadie.

Clark empezaba a preocuparse al ver el rostro serio de Lauson.

— ¡Han secuestrado a Charlize!

Clark sintió cómo una descarga eléctrica recorría toda su espalda, la ira amenazaba con nublar su mente.

— ¿Qué quieren? —preguntó Clark sin mirar a Lauson y con tono frío.

—Estamos esperando a que nos llamen —respondió Lauson.

La puerta del despacho se abrió y su secretaria entró corriendo.

— ¡Señor Madison tiene que ver esto! —dijo mientras cogía el mando de la televisión y la encendía.

Una reportera estaba dando una noticia, aparecía el coche de Charlize con las puertas abiertas y el chófer con una herida en la cabeza tratando de explicar lo que había sucedido. El secuestro había dejado de ser un secreto, ahora todo el mundo conocía la noticia.

—Señorita, déjenos solos, por favor —pidió Lauson amablemente a la secretaria.

Ésta obedeció y se marchó.

—Algo va mal Clark —dijo Lauson.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Clark.

—Cuando llamaron a Martin, le ordenaron que no avisara a las autoridades, alguien ha filtrado la noticia.

Clark pensó en su tío y recordó la grabación de su padre.

—Bien Lauson, tengo un plan, lo primero márchate. No quiero que mi tío te vea aquí y si te topas con él y te pregunta, procura decir algo como que te he amenazado o hemos discutido.

Lauson asintió con la cabeza y salió del despacho.

Minutos después entró Lester.

—Hijo he visto las noticias, no me lo puedo creer... Charlize secuestrada — dijo Lester llevándose las manos a la cabeza, fingiendo estar conmocionado con la noticia.

—Hijo lo siento, sé que la querías y el amor no desaparece de un día para otro. —Trató de consolarlo Lester.

Clark se giró hacia él.

—Después de lo que me hizo su padre, no quiero saber nada de ella, pero como ella muera, perderemos la única oportunidad de conservar la Madison Corp.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó confundido Lester.

—No eres el único con recursos, he hecho mis averiguaciones. Martin y Lauson tienen un plan para arrebatarnos la compañía.

— ¡Eso es imposible! —Dijo Lester perdiendo momentáneamente la compostura— Nosotros tenemos el sesenta por ciento de las acciones — respondió Lester con expresión triunfante.

—Por lo visto hay un resquicio legal por el cual Lauson podría recuperar mis acciones temporalmente —informó Clark— ¡Imagínate! Si recuperaran la compañía a sabiendas de que con el tiempo la volverían a perder... Podrían venderla por lo mínimo y dejarnos sin nada —dijo Clark observando con gusto la desesperación que empezaba a dibujarse en el semblante de Lester.

Lester se sentó pesadamente en el sillón, su plan se derrumbaba.

— ¿Por otro lado? Cabría una posibilidad de evitarlo, pero... Es inútil... Tal vez ya sea tarde...

— ¿Qué posibilidad? —preguntó Lester con los ojos muy abiertos.

—Si ya la han matado, no hay nada que hacer —dijo Clark demorando la respuesta a sabiendas de la angustia que esto generaría en su tío.

—Pero... ¿Qué se te ocurre que podríamos hacer si ella estuviera aún con vida? —insistió Lester.

Clark lo miró con gesto altivo.

—Charlize aún me quiere, lo veo en sus ojos cada vez que nos cruzamos. Solo tengo que fingir que yo también la quiero, mi suegro no me robaría las acciones. Yo les seguiría el juego contra ti, me uniría a ellos y en cuanto consiguiera los documentos con los que nos quieren atacar... ¡Boom!, los destruiría. ¿Quién sabe? Si hago un buen trabajo con Charlize, es posible que recupere el cuarenta por ciento de las acciones que nos robaron.

Lester se levantó y le aplaudió.

— ¡Magistral! Ni yo mismo hubiera podido planearlo mejor.

—Sí, pero recuerda que no sabemos si Charlize sigue con vida —respondió Clark.

—Es cierto —dijo Lester—. Tendremos que esperar y ver qué ocurre.

Lester caminó hacia la puerta.

—Por si acaso, sigue perfilando tu plan —respondió Lester deteniéndose junto a la puerta para dedicarle una última mirada.

Lester entró en su despacho, sacó el móvil del bolsillo del pantalón y llamó a Selena, ¿sería tarde?

— ¿Está viva? —preguntó Lester con un nudo en la garganta.

—Sí, pensaba liquidarla en unas horas —respondió Selena.

— ¡Ni se te ocurra tocarla, mantenla con vida hasta que yo te avise!

—Sí, Señor Madison —dijo Selena demostrando por su tono de voz un profundo malestar.

Capítulo 22

Lauson estaba aparcando frente a la casa de Martin cuando llegó Clark en su Camaro.

Se estrecharon las manos, por primera vez en mucho tiempo como amigos. Entraron en la mansión, donde un mayordomo los condujo hasta el despacho de Martin.

El padre de Charlize estaba destrozado, con una botella de whisky en la mano, recostado en un sillón, con los ojos sin vida. Lauson se sentó junto a Martin y le cogió la mano.

—Tranquilo viejo amigo, todo saldrá bien.

—Y eso... ¿Quién me lo asegura? ¿Cómo sé que no está ya muerta? — Susurró Martin entre lágrimas— ¡Mi niña! Puede que ya ni respire —dijo mientras estrellaba la botella contra la pared de enfrente.

—Tu hija está viva —replicó Clark—. Pronto sabré dónde la tienen retenida.

Martin se incorporó en el sillón, sin poder creer lo que escuchaba.

— ¡Debemos avisar al FBI! —gritó Martin.

—Matarían a Charlize antes de que consiguieran acercarse unos kilómetros a su paradero —respondió Clark cabizbajo.

Martin se levantó y agarró a Clark por la solapa de la gabardina, tirando de él

nervioso.

— ¿Y qué debemos hacer, esperar a que la maten? —gritó.

—Ellos no esperan que un hombre solo intente liberarla. —respondió Clark.

— ¿Y quién va a estar tan loco como para intentar rescatarla en solitario? —preguntó Martin.

—Alguien que no tenga nada que perder, alguien que haya sido entrenado para matar, alguien dispuesto a morir por Charlize.

Martin abrazó a Clark entre lágrimas.

— ¡Maldita sea Clark! ¿Por qué tengo que arriesgarme a perderos a los dos?

—Sin Charlize... Ya estoy muerto —dijo Clark—. Te juro que rescataré a Charlize aunque me cueste la vida.

Martin apretó el hombro de Clark, siempre pensó que era un buen chico, ahora podía comprobar que era fiel reflejo de su padre, el hombre más íntegro que había conocido en toda su vida.

Lejos de allí, Selena contemplaba a Charlize amordazada y atada a una silla.

—Así atadita no pareces tan poderosa ¿Verdad Charlize?

Selena le propinó un puñetazo que le abrió una pequeña brecha en el labio pero, aun así, Charlize seguía mirándola desafiante.

—No te preocupes. Es algo temporal, pronto me darán el visto bueno y podré cortarte ese bonito cuello— Selena olisqueó la cara de Charlize como si fuera un animal.

—Cómo voy a disfrutar quitándote la vida, pero... ¿Sabes qué es lo que me hace más feliz? Que veré a tu Clark llorar lágrimas de sangre.

Charlize se sorprendió al escuchar aquellas palabras. ¿Clark aún la quería?

— ¡Vayaaaa! La nenita no sabía que su amor aún perdía el culito por ella. Bueno, lo cierto es que ya da igual, no volverás a verlo. Primero te mataré a ti... Luego según acontezca, le tocará el turno a él. Romeo y Julieta deben morir.

Selena se alejó de la habitación riendo a carcajadas.

Charlize no entendía nada, si Clark la seguía amando... ¿Por qué la rechazaba?

Selena bajó las escaleras de la planta superior y revisó la seguridad.

Un tipo alto y calvo se le acercó.

—Todo listo Selena.

—Más te vale, no quiero sorpresas —respondió Selena—. Cuando la matemos, quemad la casa, que no quede ninguna prueba.

Entró en una salita y se tumbó en un sillón mientras comprobaba el estado de su pistola nueve milímetros.

Tadeo estaba en su despacho revisando su ordenador. Lester era un paranoico

de la seguridad, pero ésta era obra suya, por lo que se reservó algunas puertas por las que entrar en caso de necesidad.

Accionó un botón oculto bajo el escritorio, eso le proporcionaría quince minutos de libertad. Sabía que Lester había instalado una cámara, pero él tenía sus recursos, podía hackear el sistema, realizar una grabación y activarla después en un bucle indefinido.

Entró en los archivos privados de Lester, introdujo el nombre de Charlize, pero no obtuvo ningún resultado interesante, todo eran informes de empresa.

—Normal —pensó Tadeo—. Demasiado obvio.

Introdujo datos como paquete, alquileres recientes, objetivo, pero no consiguió ningún resultado. Empezaba a desesperarse, fue entonces cuando recordó una palabra que Lester solía repetir.

— ¡Vendetta!

Tecleó a toda prisa dentro de una ventana, y una sucesión de datos aparecieron ante sus ojos. Localizaciones, objetivos, fotos, allí estaba todo lo que necesitaba. Las contraseñas y nombres en clave que Lester había colocado por seguridad no servían para nada. Su programa actuaba como un buscador, escribías una palabra y mostraba cualquier resultado que la contuviera.

Clark estaba apoyado contra una librería cuando sonó su móvil, lo sacó y descolgó.

—Ya lo tengo. Es una casa a las afueras de Milforest, te paso la dirección en un mensaje.

—Gracias Tadeo.

—Clark, ten cuidado, aquí dice que tienen órdenes de eliminar al objetivo en cuanto reciban un código o clave.

—Tendré cuidado. Llama al teléfono que te di y diles que Alpha uno ordena activación a las veinticuatro horas.

—Lo haré Clark —respondió Tadeo sin entender una palabra.

Esperaron a que anocheciera para tener a su favor la oscuridad. Clark apenas si cenó algo, tomó una buena dosis de cafeína y se levantó de la mesa, cruzó un pasillo y salió de la mansión. Caminó hasta el coche y abrió el maletero, agarró dos macutos enormes y regresó dentro.

Una vez lejos de las miradas del personal de servicio, acompañado por Martin, entró en uno de los dormitorios. Abrió las cremalleras de los dos macutos y desplegó todo su contenido sobre la moqueta que cubría el suelo. Tiró la ropa y el chaleco antibalas a la derecha. El armamento y la munición los colocó a la izquierda, quería estar seguro de que no olvidaba nada. Se desnudó y empezó a vestirse con un traje negro de una sola pieza. Ajustó el chaleco antibalas y varias correas provistas de pequeños bolsillos que servirían para albergar cargadores. A la espalda en un soporte especial, ancló un machete de grandes dimensiones. El cinturón llevaba incorporada una pistolera a cada lado con unas cuerdas que se ataban a las piernas para impedir el movimiento de las pistolas, algo muy útil si tienes que correr para salvar tu vida.

Sacó de la funda un rifle de francotirador que revisó a conciencia. Reguló altura y distancia, limpió la mira e introdujo un cargador.

Soltó la correa y se colgó el rifle al hombro. Martin ordenó al servicio que se

fuera a la cocina, posición desde la cual les sería imposible ver a Clark abandonar la casa. Luego los tres salieron fuera, llegaba la hora de la despedida y el temor por un destino incierto.

Lauson miró a Clark con ojos llenos de orgullo.

—Clark quiero que sepas que Rob no llevaba tu sangre, pero te quería como a un hijo —dijo Lauson.

—Lo sé —respondió Clark lanzándole la grabadora con la cinta de su padre.

Lauson miró la grabadora sin comprender, pero guardó silencio.

Martin lo abrazó con fuerza.

— ¡Regresad los dos! Es una orden.

Clark asintió con la cabeza, abrió la puerta del coche y se dejó caer sobre el asiento del conductor, arrancó el motor y se alejó de la mansión.

Capítulo 23

Tadeo seguía en la oficina registrando las entrañas del ordenador de Lester, allí había un filón. Ya disponía de información suficiente como para acabar con él, pero quedó atónito cuando encontró un archivo sobre los padres de Clark. Conocía la ruta exacta por donde pasarían el día de su muerte y había recibos bancarios que justificaban pagos poco frecuentes, tanto por cantidad como por concepto. Estaba iniciando la copia de archivos cuando escuchó a Lester hablar en el pasillo.

— ¡Mierda!

La copia no se había completado y tenía demasiada información confidencial en su pantalla, hasta un niño se daría cuenta de que lo estaban espiando. La puerta se abrió y Lester entró. Tadeo se esforzó por mostrarse tranquilo, pero le costaba. A diferencia de Clark o Lester, él no era ningún tipo duro.

— ¡Vaya Tadeo! Trabajando hasta tarde, como los buenos.

—Ya me marchaba, son solo algunas anotaciones sobre la Transad Company, hay algunos puntos que no terminan de convencerme —dijo Tadeo minimizando las pantallas más comprometedoras y maximizando una pantalla que mostraba un informe.

— ¿Qué puntos? —preguntó Lester.

—Sus acciones han subido rápidamente, pero no veo ninguna medida que justifique ese movimiento bursátil. Creo que ellos mismos realizaron la compra de forma encubierta.

— ¿Tienes pruebas? —preguntó Lester.

—Sí, algunos gráficos.

Lester bordeó la mesa hasta colocarse tras Tadeo para mirar la pantalla, justo unos segundos después de que la copia terminara y Tadeo pulsara una tecla que eliminaba todos los datos de la pantalla. Maximizó una carpeta con gráficos y se la mostró a Lester.

— ¡Ves! Estos gráficos no concuerdan. Siempre realizaron las compras a una misma hora y el mercado no mostraba ningún signo alcista.

—Tienes razón, paraliza la compra. Buen trabajo Tadeo. —dijo Lester dándole una palmada en el hombro y acto seguido se alejó de él caminando sin prisa hacia la puerta.

Tadeo sacó un pañuelo y se secó el sudor. Había faltado poco para acabar con unos zapatos de cemento en mitad del Océano.

Guardó el pendrive en su chaqueta y se apresuró en abandonar la oficina.

Martin y Lauson estaban muy nerviosos, de buena gana habrían ahogado sus penas en alcohol, pero tenían que estar pendientes por si Clark necesitaba ayuda. Lauson montó un operativo de apoyo en caso de que Clark solicitara refuerzos. Sus hombres se mantenían a la espera de órdenes, en uno de los

desvíos de la autopista cercana a las coordenadas donde Charlize estaba retenida.

Los dos hombres estaban sentados en el despacho a oscuras, tratando de calmarse como podían.

Clark condujo por carreteras secundarias la mayor parte del camino, la autopista estaba llena de patrullas y con el armamento que portaba, si lo cazaban iría directo a comisaria. No dejaba de pensar en Charlize, estaba seguro de que su tío la habría mantenido con vida gracias a su estratagema, pero... ¿La habrían maltratado?

Una cosa tenía clara, no haría prisioneros.

Una vez en casa, Tadeo revisó el pendrive. Lester era todo un depravado, había realizado todo tipo de fotos morbosas, recreándose en la muerte de su hermano y cuñada. ¿Cómo alguien podía ser tan estúpido como para conservar unas pruebas tan incriminatorias? Pero Lester era demasiado soberbio, seguramente pensó que nadie descubriría jamás que él estaba tras la muerte de su hermano.

Decidió no contar lo que había descubierto a Clark para no desconcentrarlo, ya tenía bastante, pero continuó investigando sobre el caso Charlize por si encontraba algo que le pudiera servir de ayuda.

Charlize se sentía hundida, sin poder hacer nada para salvar su vida o la de su amado. ¿Ese sería su fin? ¿Morir a manos de una psicópata?

Selena entró en el cuarto contiguo al que tenía retenida a Charlize y cerró la

puerta con llave. El resto de hombres estaban en su puesto, en alerta, como de costumbre.

En el desvío de la autopista, dentro de una furgoneta, cuatro hombres revisaban sus armas, pendientes de recibir la orden de actuar.

Clark tomó la autopista, era el último tramo de camino que le quedaba por recorrer y resultaba agradable circular por un firme suave, en contraste con las duras y gastadas carreteras. De reojo miró su rifle de francotirador. Aquella noche moriría el inocente Clark, sus manos se cubrirían de sangre y nunca más volvería a ser el mismo ¿Sería capaz de vivir sabiendo que era un asesino? No tenía alternativa, matar o dejar morir a su amada. Se frotó los ojos y aceleró, su salida pronto estaría a la vista.

Martin se llevó las manos a la cabeza, se levantó y comenzó a andar en círculos por el despacho. Lauson se reclinó en el sofá con el móvil en la mano, no se atrevía a soltarlo por si tenía que dar la orden de apoyo.

Tadeo llamó al teléfono que Clark le indicó y traspasó su mensaje. Se tumbó en la cama y pasó la mano por el lado que años atrás ocupaba su mujer, la echaba de menos.

Fuera de la casa, los hombres de Selena patrullaban sin descanso. Estaban fuertemente armados y preparados para disparar primero y preguntar después.

La noche era oscura para aquella época del año y la espesa arboleda aportaba una mala visibilidad.

Clark tomó el desvío y continuó por una carretera estrecha y solitaria. Redujo la velocidad para que el sonido del motor no alertara de su presencia. Un par de kilómetros más tarde, giró y se introdujo por un angosto y mal cuidado camino rural. La casa quedaba desde allí a unos dos kilómetros a pie, aprovechó un claro en el encrespado terreno y abandonó el camino. Luego de aparcar entre la maleza, empezó a camuflar el vehículo, sacó una lona con estampados militares de camuflaje y cubrió el coche. Arrancó una rama y con paciencia borró las huellas de neumáticos del camino. De regreso al coche, cargó al hombro el rifle y revisó el armamento. Conectó el móvil en modo vibración. Estaba seguro de rescatar a Charlize, pero no de salir con vida. Si lo herían, avisaría a Lauson para que su equipo la sacara de la casa. Se colocó un pasamontañas y marchó campo a través en dirección a la casa.

La suerte estaba echada...

Capítulo 24

Clark corrió hasta llegar a cien metros de la casa. Detrás de un árbol, agarró el rifle, le colocó el silenciador y lo dejó en el suelo. Desenfundó las dos glock 9 mm y enroscó sendos silenciadores. La clave era no ser detectado durante el mayor tiempo posible. Enfundó las pistolas y se tumbó en el suelo. Desde aquella posición pudo ver a un vigía en una terraza de la planta alta, en el lado opuesto otro tipo patrullaba el costado de la casa. Justo en la entrada otro de ellos fumaba un cigarro. Quitó el seguro, apuntó al vigía de la terraza, inspiró y le disparó en la cabeza mientras espiraba. Con sigilo cambió de posición, no escucharían el disparo, pero sí podían ver el fognazo. Apoyó el arma sobre una roca y apuntó al tipo que patrullaba, esperó a que se alejara lo máximo posible de la casa dentro de su ruta y lo abatió sin piedad. Corrió hasta ocupar una posición más cercana a la puerta de la casa. Aquel tipo parecía haber escuchado algo, tiró el cigarro al suelo y agarró su mp5, pero antes de que diera un paso, Clark lo dejó seco. Rodeando la casa entre la arboleda, apuntaba con su rifle en todas direcciones mirando a través de la mira telescópica tratando de descubrir más vigías, pero la seguridad externa parecía inexistente.

Dejó el rifle en el suelo, ya no le serviría. Ahora tocaba el cuerpo a cuerpo, colocó una carga explosiva sobre el arma y corrió hacia la casa donde fue colocando más cargas en puntos estratégicos que asegurarían la demolición total del edificio.

Con cuidado, empujó la puerta de la casa que para su sorpresa estaba abierta. Desenfundó las pistolas y con los brazos en cruz se internó en ella.

La puerta debía tener algún sensor porque nada más entrar en el enorme hall de la casa, de izquierda a derecha salieron dos tipos armados que Clark abatió sin pestañear.

Un tipo grande bajaba las escaleras. Clark, rodilla en tierra, apuntó con la mano derecha hacia la escalera mientras que con la mano izquierda, sin mirar, apuntó tras de sí. Dos disparos, dos muertos. Se levantó y contempló el cadáver del tipo que lo había seguido desde el exterior.

Un disparo pasó rozando su cara, unos milímetros más cerca y no lo contaba. Se tiró al suelo y rodó hasta detrás de un recodo de la escalera. Desde la entrada, un tipo disparaba con un ak45 mientras otro desde la puerta de lo que parecía ser un salón, le descargaba con un mp5.

Clark no tenía tiempo, el efecto sorpresa era historia y ante aquel ataque podían ejecutar a Charlize como represalia. Asomó la cabeza y una ráfaga de balas acudieron para saludarlo.

— ¡Mierda! —gritó.

No tenía alternativa o salía fuera y acababa con ellos o todo habría acabado para Charlize.

— ¡Nadie vive eternamente! —pensó Clark saltando fuera de su refugio tras la escalera. Mientras caía al suelo, disparó en el pecho al tipo de la puerta. Las balas parecían perfilar su cuerpo, pudo sentir cómo alguna chocaba contra su chaleco. El dolor era insufrible, pero debía aguantar. Cayó junto a una cómoda que volcó a modo de barricada. Aquel tipo parecía tener munición para toda una guerra. No dejaba de dispararle. Clark observó que

entre él y la puerta desde la que disparaba aquel matón no había ningún obstáculo en el suelo. Se colocó tumbando en el suelo con los pies encogidos contra la cómoda. Dejó de disparar y esperó a que se asomara. Cuando lo hizo, Clark empujó con los pies la cómoda provocando que ésta se estrellara contra la puerta. Se encorvó y colocando las manos tras su cabeza, apoyadas en el suelo, se flexionó hasta que con un movimiento algo circense se puso en pie y corrió hacia la puerta. Cuando aquel tipo sacó la cabeza, Clark lo encañonó.

— ¡Hasta nunca!

El disparo acabó con él de forma instantánea.

Cuando revisó la fachada de la casa con la mira del rifle, pudo ver que solo una habitación de la planta alta estaba iluminada. Lo que le daba a entender dos cosas, allí estaba Charlize y querían guiarlo hacia ella. Sabía que era una trampa, pero ello, no implicaba caer en ella.

Lentamente, escalón a escalón, subió la escalera. La planta de arriba estaba en silencio, registró las habitaciones, pero no encontró resistencia alguna. Ya solo quedaba una habitación, por debajo de la puerta se filtraba algo de luz. Enfundó una de las pistolas y agarró el pomo de la puerta.

Un fuerte dolor recorrió todo su cuerpo, cuando dos puños salidos de la nada le golpearon salvajemente en los hombros, como si fueran dos mazas. Las manos le temblaron y el arma cayó al suelo. Aquel tipo lo agarró del cuello dispuesto a estrangularlo. Clark intentó librarse del abrazo de aquella bestia humana que lo estaba ahogando, tiró de sus manos, incluso clavó sus dientes en su carne, pero no conseguía liberarse. Finalmente bajó los brazos, aguantó la asfixia, desenfundó su otra pistola y apuntó contra el estómago del tipo. Varios disparos hicieron falta para hacerlo caer. Cogió el arma del suelo y

abrió la puerta.

Nada más entrar, cayó de bruces al suelo. En el interior un hombre extremadamente corpulento le propinó un fuerte puñetazo. Aquel tipo agarró su mp5, pero Clark se llevó la mano al hombro, agarró el machete y se lo lanzó a la cabeza.

Charlize contemplaba aquella escena dantesca con horror, el tipo del pasamontañas colocó su bota en el pecho del tipo muerto, tiró del machete que estaba incrustado en su cráneo y lo limpió frotándolo contra la ropa del cadáver.

Clark, machete en mano, caminó hacia Charlize que, tras su mordaza, gritaba y lloraba creyendo que había llegado su hora, pero quedó sorprendida cuando aquel tipo cortó sus ataduras y le quitó la mordaza.

Clark se quitó el pasamontañas, dejando ver su rostro a la asustada Charlize. Ella se levantó y lo abrazó entre lágrimas. Lo besó con desesperación, acariciándole la cara con nerviosismo y algo fuera de control.

Clark sabía que corrían peligro mientras estuvieran en la casa. Durante su registro de aquel edificio, no encontró a nadie, pero varios tipos surgieron de la nada, lo que dejaba claro que existían escondites secretos desde donde podían atacarles más agentes de su tío.

Pero la pasión pudo a la razón, después de tanto tiempo de creerla perdida para siempre, ahora Charlize estaba allí junto a él, abrazándolo, besándolo.

Clark la apartó, el móvil estaba vibrando y eso le provocaba espasmos de lo más dolorosos en sus costillas rotas. Sacó el móvil del bolsillo interior y descolgó.

— ¡Clark sal de ahí! ¡Es una trampa! —gritó Tadeo.

—Lo sé —respondió Clark—. Charlize ya está a salvo.

—No lo entiendes Clark, Charlize no era el objetivo, nunca lo fue, el objetivo siempre fuiste tú, desde el principio.

Clark dejó caer el móvil cuando escuchó amartillar una pistola tras él. Apenas si tuvo tiempo de girarse y agarrar el arma cuando dos disparos acertaron en su pecho.

Capítulo 25

Selena sonreía, estaba disfrutando el momento.

—No debiste rechazarme, eso me ofendió —dijo Selena mirando el cadáver de Clark—. Bueno, pequeña, he de reconocer que tu galán casi lo consigue, reconozco que lo subestimé.

Se acercó a Charlize apuntándole a la cabeza, aquella noche ella sería algo así como el veneno que acabó con las vidas de Romeo y Julieta.

—Bueno cariño. Es hora de que baje el telón de esta historia, hubiera preferido matarte de otra forma, pero gracias a tu amorcito, será mejor que me marche a toda prisa.

Tres disparos sacudieron el cuerpo de Selena, que miró con ojos de sorpresa a Clark.

— ¡Maldita zorra! Has vuelto a subestimarme.

Selena cayó al suelo, inerte. Clark se levantó como pudo, recogió el móvil y llamó a Lauson.

—Lauson, manda al equipo —dijo Clark casi susurrando.

— ¿Estáis bien? —preguntó Lauson muy preocupado.

—Charlize está bien.

Clark tomó del brazo a Charlize y pistola en mano, salieron al pasillo. Bajaron las escaleras con sigilo, pendiente del menor ruido, pero no quedaba nadie con vida en la casa.

Clark agarró uno a uno a los tipos que había matado en el exterior y los introdujo en la casa. Caminó hacia Charlize y juntos se alejaron de allí varios cientos de metros. Clark se dio la vuelta, miró la casa por última vez, sacó el detonador de uno de los bolsillos de su chaleco y lo accionó. Primero se escuchó una pequeña explosión en el bosque que destrozó el rifle, luego una serie de explosiones en cadena provocaron la total demolición de la casa, cuyos restos ardientes iluminaron la oscura noche.

Clark podía notar cómo las fuerzas le fallaban, la sangre cubría su cara y resbalaba por su pierna. Selena debió utilizar balas de punta hueca porque el chaleco no consiguió frenar una de ellas. Charlize notó que empezaba a andar de forma irregular y trató de sostenerlo. La vista se le estaba nublando, pero se resistía a dejarla allí sola.

Por fin unos minutos después, llegó la furgoneta con el equipo de Lauson. Un agente ayudó a entrar a Charlize, mientras otros dos agarraron a Clark, que estaba a punto de desplomarse. Una vez dentro, el conductor aceleró y se alejaron por el camino. A mitad de trayecto, siguiendo las órdenes de Clark, uno de ellos se bajó y se hizo cargo del Camaro.

Lauson como medida preventiva, incluyó un médico en el equipo, que nada más ver el estado de Clark, abrió su maletín, cogió unas tijeras especiales, le retiró el chaleco y cortó la ropa para ver el alcance de las heridas. En cuanto pudo evaluar la situación, comprendió que si tardaban mucho en llegar al hospital, lo más probable es que muriera desangrado.

El agente que estaba al mando del equipo, avisó a Lauson del estado crítico

en el que se encontraba Clark. Lauson ordenó que lo llevaran a una clínica privada.

Cuando llegaron a la clínica, el equipo médico lo subió a una camilla y se lo llevó apresuradamente a quirófano.

Veinte minutos después Martin y Lauson llegaron a la clínica. Martin besó a su hija y la abrazó con fuerza.

— ¡Papá, Clark! —dijo Charlize bajando la cabeza.

Martin levantó la barbilla de Charlize con delicadeza.

—Clark es un luchador, saldrá de ésta, te lo prometo.

Charlize apoyó la cabeza contra el pecho de su padre, quería creer eso, pero en la furgoneta vio cómo el médico hacía un gesto negativo a uno de los agentes de Lauson.

Lauson los acompañó a una sala de espera privada cerca de los quirófanos. Charlize se sentó en un enorme butacón y presa del estrés, se desmayó.

Cuatro horas más tarde uno de los cirujanos entró en la sala. Martin despertó a Charlize. Lauson que no fue capaz de sentarse en todo ese tiempo, corrió hacia su encuentro.

— ¿Cómo está doctor? —preguntó Lauson nervioso.

—Sus heridas eran muy graves, hemos hecho todo lo posible.

Charlize empezó a llorar desconsolada.

El cirujano se acercó a Charlize, se agachó y le cogió las manos.

—Señorita, está débil, pero sobrevivirá.

Charlize dejó de llorar y abrazó al cirujano, ya sin poder ocultar su alegría.

Lauson resopló y Martin por fin sonrió, consciente de que la vida de su hija volvería a llenarse de felicidad.

A la mañana siguiente Clark, estaba en la unidad de cuidados intensivos, tenía los ojos cerrados, varios tubos y cables recorrían su cuerpo, mientras una mascarilla insuflaba oxígeno a sus pulmones. Para Charlize ver a Clark en ese estado, resultaba demoledor.

Tomó su mano y le besó en la mejilla.

—Te juro que cuando salgas de aquí, no permitiré que te alejes de mí nunca más, serás mío para siempre.

Clark parecía inconsciente, movía los párpados de forma involuntaria, los médicos les avisaron que podría tardar días en despertar.

Charlize no podía más, el secuestro y verlo así era demasiado, las lágrimas brotaron de sus ojos, cayendo sobre el rostro de Clark. Se apartó y se sentó en un pequeño banquillo que había junto a la cama, no se iría de allí, dijeran lo que dijeran los médicos o su padre, necesitaba estar junto a él.

Recordó cuando entró en la habitación y la rescató, su beso intenso y liberador, sus ojos al ver cómo Selena le disparaba. Ahora comprendía sus miradas tristes, cuando él creía que ella no lo observaba. Todo ese tiempo estuvo fingiendo no amarla para protegerla. No podía imaginar cuánto debía haber sufrido durante todo ese tiempo.

Un amor que empezó como un romance pasajero durante unas vacaciones, se había convertido en un amor profundo e irrefrenable.

—Clark, te necesito —dijo Charlize susurrándole al oído—. Pronto estarás

conmigo en mi ático, donde te cuidaré y te colmaré de atenciones. Estoy deseando ver tus bellos ojos mirándome de nuevo. Amarte. Clark... Te quiero con toda mi alma.

Una enfermera entró en la habitación y dejó una carpeta metálica con unas hojas encima de la cama.

—Lo siento señora, pero él no puede oírle.

Charlize asintió con la cabeza.

La enfermera revisó los cables y miró los monitores, cogió la carpeta y se percató de que estaba del revés.

—Señorita creo que debería ver esto —dijo la enfermera mostrándole el dorso de la carpeta.

Clark usando sus sudorosas manos, había trazado con un dedo un corazón atravesado por una flecha, estaba apenas visible.

Las dos mujeres miraron a Clark, pero éste volvía a estar sin sentido.

Capítulo 26

Seis meses después...

Clark estaba ya totalmente repuesto. Aunque se hacía el remolón con tal de no ir a la oficina, una actitud similar a los niños que no quieren ir al colegio.

Lester había desaparecido sin dejar huella, pero seguía constituyendo una amenaza para ellos, por lo que debían estar alerta.

Cerró la puerta de la terraza del ático y se sentó en un sillón para esperar a Charlize, la paciencia no era su fuerte, por lo que a los pocos minutos ya estaba de pie, deambulando por el salón, sin rumbo fijo, ensimismado en sus pensamientos. Miró el reloj, Charlize debía estar entrando en el parking del edificio. Corrió hasta el sillón y abrió el periódico tratando de dar una imagen de indiferencia. Pasaron más de quince minutos hasta que escuchó introducir la llave en la puerta. Charlize parecía cansada, dejó las llaves en un cuenco de madera que tenían en la entrada y caminó pesadamente hasta el salón. Soltó el bolso en el sofá y se sentó en las rodillas de Clark. Éste la besó mientras pasaba una mano por su espalda.

— ¿Qué tal el día? —preguntó Clark.

— ¡Uf! Japón nos exige unos precios que no podemos dar —contestó Charlize retirándose el flequillo de la frente— ¿Y tú qué has hecho en todo el día?

—Nada, el vago, descansar, ver la tele y leer, nada en especial —mintió Clark—. Por cierto, tenemos un problema en la terraza —informó Clark con

gesto preocupado—. Creo que se ha roto una tubería, está todo inundado.

Charlize se levantó y caminó hasta la puerta de la terraza.

—Mira que le dije al vecino que sus tuberías estaban a punto de fastidiarse...

Pero no pudo terminar la frase, en cuanto abrió la puerta y vio la terraza, se quedó sin palabras. Estaba decorada con flores auténticas de todo tipo, parecía como si estuviera en mitad de una pradera en plena primavera. Clark la siguió de cerca, accionó un botón y de entre las flores salieron un centenar de mariposas que permanecían ocultas en unas diminutas cajitas. Charlize se giró y vio como Clark estaba de rodillas con un anillo en la mano.

—Charlize... ¿Te gustaría, casarte conmigo? —preguntó Clark con voz temblorosa.

Charlize no podía creer que alguien capaz de rescatarla del mismísimo infierno, pudiera ser al mismo tiempo una persona tan sensible y tierna.

Charlize bajó la cabeza con expresión seria.

—No sé Clark... Tal vez deberíamos pensarlo... No hace ni un año que nos conocemos...

Clark ya estaba empezando a llevarse la mano con el anillo al bolsillo cuando Charlize se agachó, rodeó su cuello con sus brazos y le dijo:

— ¡Serás tontito, claro que quiero casarme contigo! ¡Hoy mismo lo haría! —respondió Charlize.

—Hoy no, pero... ¿Qué tal este sábado? —respondió Clark sonriendo.

—Veo que no pierdes el tiempo —dijo Charlize.

—Ya me conoces. ¿Para qué esperar si ya he encontrado a la mujer perfecta?

Se besaron mientras se dejaban caer entre las flores, acariciando sus cuerpos, rebosando pasión contenida.

—Podríamos celebrar la ceremonia en la mansión de mi padre. —Propuso Charlize.

— ¿Qué tal en Hawái? Donde todo empezó.

Charlize sonrió.

—No estaría mal... —respondió Charlize, mientras se levantaba.

— ¡A qué esperas!

— ¿Qué pasa?

— ¿Me vas a poner el anillo ya o tengo que mandar una solicitud?

Clark se arrodilló nuevamente e introdujo el anillo en su dedo, sin dejar de sonreír.

—Bueno, pues se acabó la tranquilidad, llamaré a Helen para que organice todo. ¡Dios, en solo una semana! Se va a poner histérica. Bueno, ¡que le den! para eso me va a cobrar una auténtica fortuna.

Clark se quedó allí mirando como Charlize entraba en el ático, agarraba el teléfono y llamaba a todo el mundo con una sonrisa en la boca.

Por la noche Lauson y su mujer, Martin y Tadeo se presentaron sin ser invitados. El griterío y la celebración se les fueron de las manos. Clark y Martin volvieron a pillar una buena borrachera, pero Charlize no se enfadó,

esta vez estaba justificada.

La semana pasó volando y antes de que se dieran cuenta ya estaban en Hawái. Charlize ajustándose el traje de novia y Clark esperando cerca del altar, ultimando los detalles y conversando con los invitados. Le costó, pero superó su fobia social. Ahora se mostraba más abierto y confiado, no en vano, ya no era un pobre diablo infiltrado entre millonarios, ahora él era uno de ellos.

Su secretaria se acercó corriendo, estaba bastante agobiada. Clark la cazó al vuelo. Melinda rondaba los cincuenta años, pero aún conservaba la figura y unos brillantes ojos verdes.

—Señor Madison. ¿Por qué me ha metido en este lío?

—Porque necesitaba una madrina —respondió Clark sonriendo.

—Pero yo solo soy su secretaria. —respondió Melinda.

—Primero, se acabó lo de Sr. Madison, Clark a secas y tuteándome. Segundo, eres la única amiga que tengo. Nunca olvidaré cómo te preocupabas por mí, tus mimos injustificados y el cariño que me brindabas. Sé que no lo demostré, pero siempre te vi como mi hermana mayor.

Melinda se puso colorada, no estaba acostumbrada a recibir ese trato por parte de los jefes, aunque ella sentía lo mismo, nunca lo vio como a un jefe sino más bien como un niño encerrado en un mundo lleno de lobos.

— ¡Ya vale! Solo falta que me hagas llorar con ñoñerías —dijo Melinda alejándose de él mientras sacaba un pañuelo.

Clark caminó hacia Tadeo que parecía algo triste. Le pasó la mano por el hombro y le pegó un buen estrujón. A Tadeo se le iluminó la cara ante aquella muestra de cariño, demasiados años solo y aguantando humillaciones.

—Tadeo veo que has venido solo.

—Ya sabes Clark que... Solo hay una persona que me gustaría que me acompañara en este día.

— ¿Cómo está tu mujer?

—Clark no bromees con eso, sabes que no sé nada de ella desde que desapareció del hospital.

—Es cierto. Fui yo quien ordenó que la sacaran de allí, ¿ya has olvidado la llamada que te pedí que hicieras?

Tadeo lo miró confundido.

—Si la hubiera sacado antes de iniciar el rescate, mi tío habría sospechado. Por eso sincronicé la hora. Por cierto, tu mujer se llama Martina ¿Verdad?

—Así es Clark.

Clark hizo un gesto a un agente de seguridad que se giró y tocándose el auricular que llevaba en la oreja, pareció dar una orden.

Minutos después aparecía Martina cogida del brazo de un escolta, su aspecto revelaba un estado de debilidad, le costaba caminar, pero en cuanto vio a Tadeo, se le iluminó la cara y sus ojos rebosaron alegría.

Tadeo agarró a Clark de los brazos.

—Pero... ¿Cómo es posible? —preguntó sin poder creer lo que veían sus

ojos.

—Mi tío te engañó, ordené al equipo médico que le realizaran un examen exhaustivo. Tu mujer no estaba enferma y el medicamento que le administraba no era para curarla o mantenerla con vida, aquel medicamento le inducía el coma.

—Pero... ¿Por qué?

—Para tenerte controlado y asegurar tu lealtad.

— ¡No me lo puedo creer! —dijo Tadeo.

— ¡Vamos estúpido! Deja de perder el tiempo hablando conmigo y ve con ella. —Le instó Clark.

Verlos allí abrazándose y besándose después de lo que les había hecho pasar su tío, era muy reconfortante, pero no tuvo mucho tiempo para recrearse. Melinda lo agarró del brazo y lo llevó en volandas hasta el altar.

Los nervios ya se dejaban notar. Charlize tardaba, el sacerdote preparaba sus útiles, los altavoces emitieron un pitido apenas audible y se escuchó la marcha nupcial. Los invitados se apresuraron a ocupar sus asientos. Lauson y Tadeo con sus esposas, se sentaron en primera fila como invitados de honor.

Martin y Charlize, aparecieron en escena caminando sin prisa por el pasillo de alfombra roja que habían dispuesto para la ceremonia.

Si los ángeles existieran debían tener un aspecto como el de Charlize, pensó Clark. Parecía una princesa que se hubiera escapado de un cuento de hadas. Con su bello traje blanco y su velo cubriéndole la cara. Le costaba respirar, no podía creer que fuera a casarse con ella, no entendía cómo el destino se había confabulado de esa forma para que dos personas tan distintas acabaran

enamorándose.

Cuando Charlize y Martin se colocaron junto a él, Charlize estaba radiante, destilaba felicidad por cada poro de su piel. Clark la miraba aún dudoso de que todo estuviera ocurriendo realmente, pero algo dentro de él le hacía sentirse triste. Charlize se percató.

— ¿Qué te ocurre Clark?

Clark la miró, le costaba responder. Cuando reunió fuerzas lo hizo de forma vacilante.

—Toda tu familia está aquí, me hubiera gustado que mi tío Rob y mis padres hubieran asistido, pero la vida me los arrebató —contestó Clark.

—No puedo hacer que vuelvan, pero sí que estén presentes —dijo Charlize mientras con la mano hacía una señal a uno de los empleados del hotel que tiró de un cordón dorado que colgaba del techo.

A unos metros de Clark, se extendió un telón que bajó deslizándose bajo la fuerza de su propio peso.

Clark miró a Charlize sonriendo. Era un fotomontaje en el que aparecía su tío Rob vestido de etiqueta y sus padres elegantemente vestidos, cogidos de la mano y sonriendo.

Charlize le devolvió la sonrisa.

—Ahora sí estoy listo —dijo Clark—. Te quiero Charlize.

—Yo también te quiero Clark.

El sacerdote se les acercó y comenzó la ceremonia que los uniría para siempre.

Capítulo 27

Ya entrada la madrugada Charlize y Clark se despidieron de los invitados. Cogidos de la mano, entraron en el vestíbulo del hotel y subieron en el ascensor hasta la planta donde estaba su suite, la suite en la que comenzó su historia de amor.

Clark abrió la puerta con la tarjeta y cogió en brazos a Charlize. Cerró la puerta de una patada y corrió hacia el dormitorio donde se desnudaron el uno al otro. Clark besó sus labios mientras las puntas de sus lenguas se encontraban. Charlize empujó a Clark sobre la cama y se colocó sobre él, sintiendo su vigoroso cuerpo y sus brazos que la atraían con deseo. Charlize besó el cuerpo de Clark hasta que éste reclamó su boca mientras sus manos, buscaban acariciar sus pechos. Dejó escapar un pequeño gemido cuando él se apartó de sus labios, la excitación llegó a su clímax y Clark la hizo suya.

La luna los contempló como único testigo de su amor.

Tres horas más tarde Clark creyó escuchar algo, abrió los ojos y sintió un escalofrío al ver a su tío sentado en el butacón que había frente a la cama con una pistola en la mano.

— ¡Hola Clark! Veo que la vida te está tratando bien.

— ¡Lester! —gritó Clark.

—Me has quitado lo que más me importaba. La Madison Corp. nunca volverá a ser mía —Lester se rascó la cabeza con la pistola en una actitud poco cuerda—. Pero no pasa nada, yo te quitaré lo que más te importa y así estaremos en paz —dijo apuntando con el arma a Charlize.

Clark la miró horrorizado, no tuvo tiempo de interponerse entre ella y la bala. Un disparo y el pecho de Charlize, empezó a sangrar. Ella, despertada de la forma más salvaje que se podía imaginar, se llevó las manos al corazón sin comprender qué estaba pasando, buscando desesperadamente los ojos de Clark. Lester con la corbata aflojada y los cuellos de la camisa descolocados, observaba la escena con placer. Clark trató de hacer presión sobre el pecho de Charlize en un intento de taponar la herida. Charlize lloraba impotente, viendo cómo su sueño de una vida juntos desaparecía para siempre.

—Te quiero Clark —susurró Charlize mientras cerraba los ojos.

Clark miró a su tío, se levantó de la cama y caminó hacia él. Lester levantó el arma, listo para dispararle.

—Hora de despedirse Clark.

Clark despertó presa del terror, todo su cuerpo estaba cubierto por el sudor. Se levantó y dejó el dormitorio, necesitaba una ducha.

El agua fría relajó su cuerpo y aplacó un poco su nerviosismo. Salió de la ducha, se secó y regresó a la cama. Se acurrucó junto a Charlize, la abrazó y la besó en la mejilla con ternura.

Lauson sentado en un sillón de su suite, miraba fijamente una reproducción

de un cuadro de Velázquez que estaba colgado en la pared frente a él. En ese momento sonó el timbre de su móvil. Lo cogió y descolgó.

—Delta uno.

—Informe —dijo Lauson que ya esperaba esa llamada.

—La paloma está en la jaula —contestó su agente.

—Operación aprobada. —Informó Lauson.

Colgó y marcó otro número.

— ¿Sí?

—Hola Lester.

— ¿Lauson?

Lester quedó paralizado al escuchar la voz de Lauson.

Cuando se enteró de que Charlize había sido liberada, le quedó claro que tenía un topo. Solo dos personas tenían acceso a niveles confidenciales de información, Tadeo y Selena. Dado que Selena estaba muerta, el traidor estaba claro. Después de un intensivo análisis de sus archivos de ordenador, descubrió que varias carpetas de contenido sumamente comprometedor habían sido copiadas. Por eso tomó un avión a Singapur, si alguien trataba de llevarlo ante la justicia, nadie podría localizarlo allí, al menos eso creía él.

— ¿Cómo me has encontrado?

—Nunca te perdí —respondió Lauson con frialdad.

Lester se secó el sudor que empezaba a correrle por la frente. La limusina circulaba por las calles desiertas de Singapur, mientras en su interior, las emociones de odio y miedo corrompían el ambiente.

— ¿Qué quieres?

—Corbin y July te envían saludos.

La limusina frenó bruscamente en mitad de un viejo y destartado puente. Los seguros se echaron bloqueando las puertas. Lester golpeó la ventanilla del conductor, pero éste lo ignoró. Trató de abrir las puertas o romper los cristales, pero éstos eran blindados. Se escuchó un pitido que ganaba intensidad conforme pasaban los minutos.

El chófer abrió la puerta, tiró su gorra al río y se alejó de la limusina.

Lester no tardó en entender el mensaje de Lauson. Abrió la puerta del pequeño mueble bar, cogió una botella de champán que descorchó. Tomó una copa y la llenó. Arrojó la botella al suelo de la limusina y dio un sorbo a la copa. En el mismo momento en que el pitido enmudeció, la limusina explotó, convirtiéndose en un amasijo de fuego y metal deformado.

Lauson dejó el móvil en la mesita del salón.

Cuando Lester mató a su gran amigo Corbin, lo pilló por sorpresa, pero Lauson no era una persona a la que se le pudiera sorprender dos veces con la misma jugada. No iba a permitir que nadie hiciera daño a su pareja favorita.

— ¡Ahora ya podéis vivir en paz y disfrutar de una vida colmada de felicidad! —dijo Lauson.

—La vida que os merecéis.

Capítulo 28

Por la mañana Charlize se desperezó y se levantó de la cama. Como una cría corrió hacia el lado de Clark y lo zarandeó.

— ¡Despierta! No pienso pasarme mi luna de miel metida en una suite durmiendo.

— ¡Aaah! Qué pesada... ¡Déjame dormir un poco más!

—Ni hablar. Hoy quiero dar una vuelta por la isla y comprar de todo para nuestra nueva casa.

— ¿Nueva casa?

—Claro, esa que tú elegiste.

— ¿Que yo elegí? Yo ni siquiera he buscado casa —contestó Clark incorporándose en la cama con los ojos medio cerrados.

—Bueno la elegí yo, pero ya verás cómo te gusta. ¡Vamos levántate ya! —gritó Charlize que parecía llena de energía.

— ¡Vale, vale! —gritó Clark mientras se levantaba. Bueno, pero esta noche nos vamos a cenar los dos solos.

—No va a poder ser —atajó Charlize.

—Esta noche vamos a cenar en el club con mi padre y su novia.

— ¿Tú padre tiene novia? ¿La conozco? —preguntó Clark incrédulo.

—Y tanto que la conoces. Es Melinda, tu secretaria.

Clark sonrió y al final acabó riendo a carcajadas.

—Menudo bribón. Ya me di cuenta cuando estábamos en el altar que no dejaba de mirarla y durante el almuerzo la seguía a todos lados como un auténtico plasta.

Charlize cogió de la mano a Clark y lo llevó hasta el salón donde le pidió que se sentara junto a ella en el sofá. Estaba seria, lo que le extrañó y preocupó a la vez.

— ¿Qué ocurre Charlize? No me asustes.

—Clark me temo que nos vamos a enfrentar a algo, aún más complicado que todo lo que nos ha pasado en este año.

Clark temblaba solo de pensar que algo así pudiera pasar.

— ¿Más importante qué lo que nos ha pasado?

—Mucho más.

—Está bien, no te preocupes, hablaré con Lauson y reforzaremos la seguridad.

—Ni Lauson ni sus agentes pueden ayudarnos en esto.

Clark quedó sin habla. La miraba aterrorizado, ¿qué podría ser lo que iba a pasar?

—Clark... Estoy embarazada.

Clark respiró.

— ¿Desde cuándo lo sabes?

—Un mes.

— ¿Un mes? ¿Y no has podido contármelo en todo ese tiempo?

Charlize esbozó una sonrisa maliciosa.

— ¡Soy mala! —dijo guiñándole un ojo.

Clark la cogió en brazos y la besó. Jamás en su vida pudo imaginar que en menos de un año su vida pudiera cambiar de esa manera. No solo estaba casado con la mujer que amaba, sino que además iba a ser padre.

Dejó a Charlize en el suelo y cogidos de la mano, caminaron hasta la terraza desde donde contemplaron la belleza de Hawái, el lugar que cambió sus vidas para siempre.

Fin